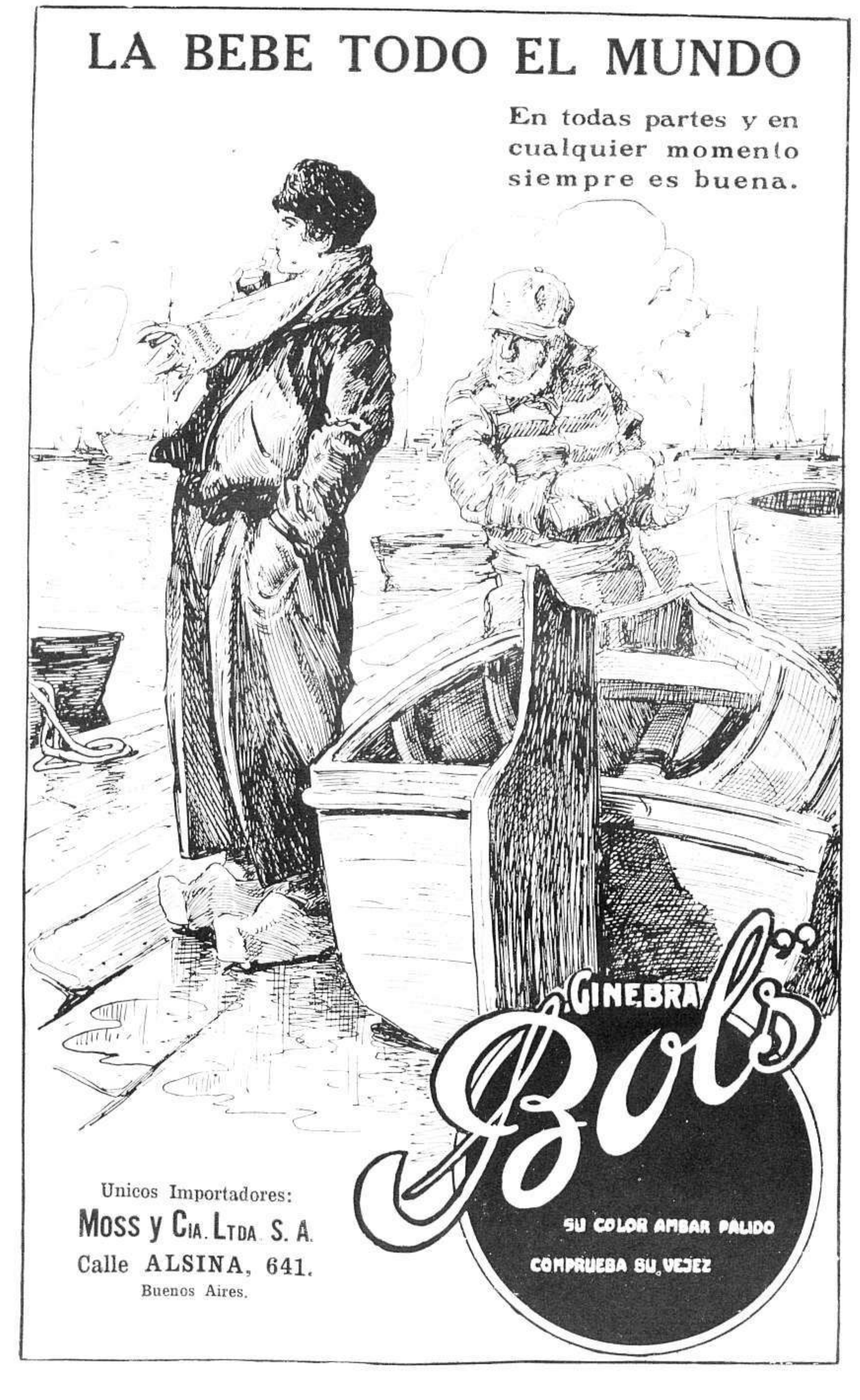
CARAS Y CARETAS

EDUARDO ALVAREZ

DIBUJOS PREHISTORICOS

ENCONTRADOS EN UNA CAVERNA DE LA CASA ROSADA

1. El cazador de hormigas (Gallardo)
2. El jefe de la tribu (Alvear)
3. La nariz de los sacrificios (Noel)
4. El Idolo (Irigoyen)
5. El balancín de Roca (Roca)
6. El forjador de rayos (Justo)
7. Un Bravo
8. Un botón antediluviano (Fernández)
9. Un troglodita (Cantilo)
10. El navegante (Le Bretón)
11. El primer jugador de lotería del mundo (Molina)
12. El Gallo simbólico


LA BEBE TODO EL MUNDO
En todas partes y en cualquier momento siempre es buena.
GINEBRA
"Bols"
SU COLOR AMBAR PALIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
Unicos Importadores:
MOSS Y CIA. LTDA. S. A.
Calle ALSINA, 641.
Buenos Aires.

DIVAGACIONES DE UN CONFINADO

POR MIGUEL DE UNAMUNO

EL GOFIO

Se llama gofio en estas islas Canarias a la harina de trigo, de millo o maíz o de cebada cuyos granos se tostaron previamente y que han sido molidos en uno de estos molinos de viento que nos recuerdan a los gigantes contra que peleó Don Quijote. Y el gofio es la principal base de alimentación del pueblo, de la clase menos favorecida de la fortuna, de estas islas. La gente pobre de esta isla vive de gofio, papas y pescado seco. Gofio y sancocho es su alimento

Parece que ya los antiguos guanches, los aborígenes de estas islas — probablemente berberiscos — se alimentaban ya de gofio, de harina de grano tostado antes de la molienda. Es, pues, un alimento prehistórico. No en el sentido de la prehistoria de antes de la invención del fuego — ya que con la invención del fuego dicen que comienza la civilización, la historia — pues que para tostar el trigo o la cebada hace falta encender fuego, pero sí en el sentido de la prehistoria que precedió al pan. Porque la vida del pan es la levadura, es el yeldo. Y tan inseparables se han hecho los dos conceptos de pan y de trigo, que en Castilla al trigo le llaman pan y un labrador dice que el sol abrasa los panes o que los panes necesitan de agua.

El yeldo, la levadura, la fermentación, es el signo y símbolo de la civilización, de la historia. La masa se yelda, se hincha, fermenta, y hace el pan mollar, el pan histórico, el pan civilizado, de que nos alimentamos. Aquí se alimentan de gofio, o que lo echan en la leche o en el caldo, — aunque esto es ya cosa de señoritos, de civilizados, que toman, como golosina, el gofio — o más bien hacen con él y con un poco de agua salada una pella y así se la comen. Y esta pella de gofio y agua salada es un esqueleto de pan, es la osatura del pan.

¡Esqueleto de pan! Símbolo también de esta tierra fuerteventurosa, esquelética, con las corcovas de sus montañas. El gofio, el esqueleto de pan, es hermano de la aulaga, de esa mata esquelética de que se alimenta el camello.

Dicen que el gofio es pesado, que es difícil de digerir. A mí no se me ha indigestado y aquí lo como, bien que diluído en caldo. Es, por otra parte, alimento que se recomienda para los niños; y los ingleses y norteamericanos se han dado a imitar el gofio poniéndole otra etiqueta y atribuyéndose, industrialmente, su invención. Pero siempre es indigesto para los estómagos estragados por la cocina civilizada el digerir entrañas de la tierra, el digerir esqueletos. Y nada, sin embargo, más substancioso que los huesos. Es el gofio el que ha debido dar a estos majoreros, a los fuerteventurosos hijos de la isla, el estoicismo que según el doctor Chil y Naranjo les distingue y distinguía ya a los guanches de esta tierra. Porque el gofio es el alimento de la austera resignación, de la resignada austeridad.

El otro día entré una vez más en un molino de gofio. Entré con unos buenos amigos franceses que habían venido a confortar y alegrar mi libertad íntima, la santa libertad de que gozo en este confinamiento. La vieja muela de piedra, de entrañas de la tierra, iba moliendo, movida por el viento, el grano de trigo y maíz mezclados. Y luego venía el cerner la harina primera para preparar la soma. Un grato olor aromaba la pequeña estancia del molino.

Por la noche los franceses, cocineros de afición como es entre ellos frecuente, nos hicieron un pastel con gofio, huevos, mantequilla y algo de coñac, echando encima, después de bien tostado — un segundo tueste, — miel. (La lectora que se procure gofio puede tomar esto por una receta culinaria, aunque bien imperfecta, sin duda.) La miel aquí puede ser de abejas, pero puede ser también de palma, de esa miel que se saca del cogollo de la palmera y que es, a su modo, un esqueleto de miel.

Hay quien ha intentado trazar la psicología de cada pueblo refiriéndose a la alimentación predominante en él. Así ha podido decirse que había pueblos de grasa y cerveza y pueblos de aceite y vino. Y nadie ignora la importancia étnica que se le atribuye al garbanzo, en Castilla. El que sea capaz de digerir garbanzos tostados con cal viva puede decirse que posee la más genuina casticidad madrileña. «¡Dime lo que comes y te diré quién eres!».

¿Ha hecho el gofio a los majoreros o han hecho los majoreros al gofio? Las dos cosas. Y a las dos les ha hecho esta fuerteventurosa Fuerteventura. Es esta tierra esquelética, escueta, hija de la entrañas fogosas de la tierra, es esta isla de desnudez la que ha hecho el gofio, como ha hecho la aulaga, y ha hecho el hombre que tuesta el grano y se lo come. ¿Y cómo se les ocurrió tostarlo? ¿No sería acaso que lo tostó primero el fuego de algún volcán? En la isla de Lanzarote, hermana de ésta, hay lo que llaman la montaña del fuego, en la que a cierta profundidad del suelo se cuece un huevo.

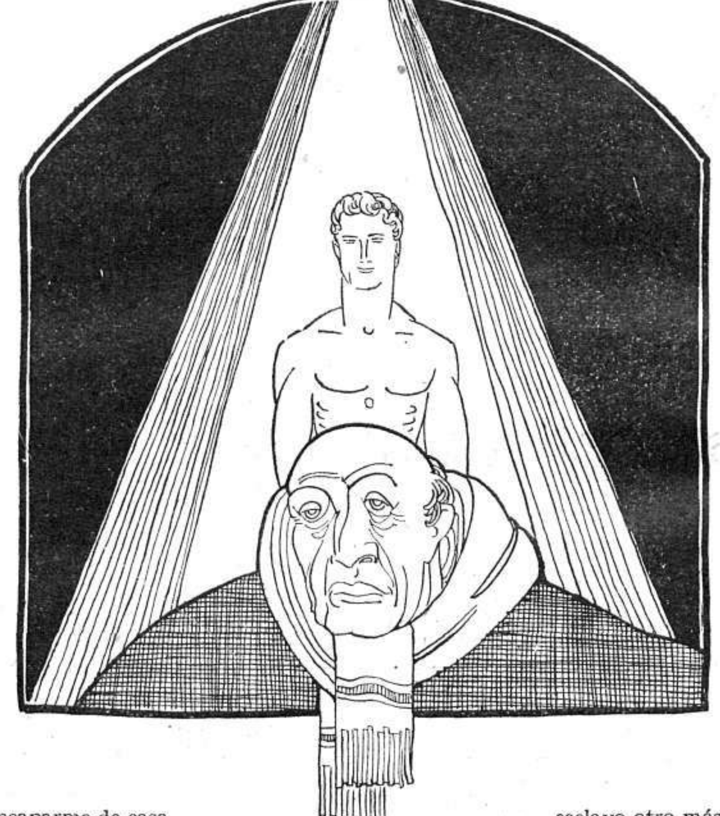
Y ¿no sería una tierra así, de un volcán que se iba extinguiendo, de las ruinas de un volcán, de lo que aquí llaman una caldera, lo que tostara primero la mies del trigo o de la cebada? Todo ello cuando apenas si alboreaba aquí la historia.

Y así nacería el pan prehistórico, el esqueleto de pan.



DEL GRAN CONCURSO LITERARIO DE CARAS Y CARETAS

MEMORIAS DE UN REJUVENECIDO



PEDRO GUZMAN HERNANDEZ

Tendría yo, cuando vine a la Argentina, entre diez y doce años. Menos de diez no debí tener, porque en cuanto llegué, un comerciante de tierra adentro, que no entendía de números, me tomó a su servicio para que le ayudase a despachar y le llevase las cuentas; y más de doce tampoco, porque con las ganas que yo tenía de venir a América y lo emprendedor que siempre fuí no es de presumir que esperase a tanto para escaparme de casa. Porque, la verdad sea dicha, yo vine escapado. No me avergüenzo de recordarlo en estas memorias, porque, al fin y al cabo, yo era chico, y son muchos los grandes que han hecho otro tanto.

Yo no tenía padres, o, si los tenía, ellos no me tenían a mí. De las gentes con quienes estaba, tal vez parientes por las zurras con que para mi bien me regalaban y que yo estaba obligado a considerar como pruebas de singular afecto, no volví nunca más a preguntar noticias. Y como tengo por cierto que ellos tampoco han hecho nada por saber de mí, estamos en paz por ese lado. En lo tocante a bienes terrenos, les quedé debiendo un pantalón y una camisa. El pantalón, que había sido negro, estaba casi blanco; y la camisa, que había sido blanca, estaba casi negra. Hasta en las prendas de ropa, pensaba yo, se deja ver el espíritu de contradicción.

Por instinto he sido honrado desde pequeñuelo; y de las dos camisas que tenía, elegí para largarme, la más vieja. El pantalón era único; pero de cuantos pudiera haber tenido, ninguno podría haber sido más viejo, lo que hizo que durante el viaje pudiese dormir tranquilo y sin remordimientos de conciencia.

¡Qué lejos está ya todo eso! Hace que desembarqué cincuenta y dos años largos... Dura y fría ha sido la vida desde entonces; mas, en lo que se refiere a ganar dinero, que fué hasta hace poco mi principal anhelo y mi casi exclusiva preocupación, no puedo quejarme de ella. Reuní más de lo que apetecía y libre ya, por verlo colmado, de ese deseo, en vez del goce y de la tranquilidad que esperaba, hízome su esclavo otro más difícil de satisfacer. Empezaron a agobiarme los años con insoportable pesadumbre y, engolosinado con algunos relatos que leí, traté, creyéndolo hacedero, de librarme, hasta donde fuera posible, de ese peso. Tan resuelto o tan atolondrado en la ancianidad como en la infancia, me escapé de viejo a la juventud, como de niño me escapé a América. Quiero narrar esta escapada, porque creo que vale la pena.

II

No he de contar por lo menudo cómo logré reunir una crecida fortuna; y eso que buena falta haría para que los señores de la ciudad aprendieran a no desbarrar tanto cuando hablan de los que se enriquecen en el campo y les piden o les quitan buena parte de lo que llaman «el mayor valor que las tierras lejanas adquieren por el esfuerzo de la comunidad»: esfuerzo que para ellos, los que piden, se reduce a una simple acción a distancia, una especie de catálisis de largo alcance, por lo lucrativa y sin riesgos, soberanamente cómoda. En ir

y luchar mientras se alienta, es donde está el mayor valor. Yo y otros como yo, haciendo de comerciantes unas veces, de ganaderos o de gañanes otras, pero viviendo siempre mal, sin familia, sin médico, sin comodidades, sin probar el pan durante años y echando el alma a diario, nos hicimos dueños de algunas leguas de campo, que hoy, después de medio siglo, representan para nosotros sumas fantásticas, que dicen que no son nuestras. ¡Quien da valor a esas tierras, es el tren, exclaman, que es de todos! ¡Buenas y gordas! El tren, que tampoco es de todos, fué por nosotros, y no tanto a ayudarnos como a vivir de nuestra ayuda. Me subleva esa manera de pensar y me desvía de mi narración. Ni tengo ya fortuna ni el no tenerla me importa un bledo. Pero, me saca de quicio el que se juzgue tan de ligero; y el que los que nada hacen y triunfan y se divierten, pasando vida regalona y muelle, se crean hasta cuando mozos con derecho a lo que otros alcanzan a poseer cuando viejos, pasando antes para conseguirlo, cuando salen con vida del empeño, por todos los trabajos, todas las penurias y todas las miserias imaginables.

III

Cuando hace poco más de seis meses resolví dar fin a mi vida de trabajo, había dejado ya bastante atrás la sesentena. Harto tarde parecíame para disfrutar honestamente lo adquirido; pero así y todo dábame por contento. Era de complexión robusta, sano de cuerpo y de espíritu, de alegre humor, moderado en el deseo de goces y juicioso en la elección de los que con mi edad podían mejor armonizarse. Tenía, pues, por delante, un porvenir, dentro de lo relativo, digno de ser envidiado por muchos jóvenes. Es decir, creí tenerlo; pero me equivoqué de medio a medio; porque en todo había pensado menos en que pudiera enamorarme, como había oído decir que se enamoraban otros, y eso fué precisamente lo que aconteció.

Yo no sé cómo estamos hechos ni cómo pueden pasar esas cosas. Mientras fuí joven, sentí más de una vez, al contemplar la soberana belleza de algunas caras femeninas, una especie de deslumbramiento, durante el cual el árido y egoista mundo de los negocios, al que estaba entregado en cuerpo y alma, parecía esfumarse para dar lugar a otro suavísimo y florido, todo altruísmo y generosidad; pero estos arrechuchos duraban poco y nunca me quitaron el apetito ni el sueño.

No es que no tuviera corazón; pero gloriábame de tenerlo sometido a la voluntad y todo lo bien educado que era menester para que no se desmandase y diera en hacer locuras. El amar apasionadamente era sólo asunto de novelas y ocupación de mozuelos desocupados. En los hombres de negocios, el enamorarse era torpeza y en los ya entrados en años era además ridiculez y vergüenza. Yo, fuera del comercio, sabía poco y ese poco sabía que lo sabía mal; pero lo que de amores se me alcanzaba, parecíame bastante y creía saberlo tan bien como el que más. Quizás, lector, eso te pase también a ti. Bueno, pues por si acaso, desconfía.

Mi propósito al escribir estas memorias es no callar ninguno de los detalles directamente relacionados con mi extraña situación actual; y por eso no puedo menos de confesar que, a pesar de mis años, de mi juicio y de mis ideas, a poco de haber liquidado mis asuntos comerciales y de haberme venido a vivir a Buenos Aires, me enamoré al estilo romántico, con ímpetus, terquedades, celos y hasta timideces de apasionado adolescente. ¡Y esto a mis años que, como ya lo he dicho, pasaban por mi mal de los sesenta!

Cierto es que alguna disculpa había; porque mi ídolo era de la más divina belleza que cabe concebir en lo terreno. Parece mentira que en los pocos años, pues apenas contaba diez y ocho, hubiera tenido tiempo bastante ni aun ayudada por todas las hadas buenas, para reunir en sí tantas perfecciones, sobre todo si se tiene en cuenta que no es lo perfecto lo que siempre se encuentra más a mano. Pues es de notar que tanto como sus naturales encantos brillaban en ella otros adquiridos, completándose todos mutuamente y formando el conjunto más delicioso y armónico que jamás haya podido forjar la fantasía, no ya de un comerciante, sino la del poeta más poeta entre los nacidos y por nacer.

Así, si eran por don natural frescos y rojos sus labios y grandes y rasgados y negrísimos sus ojos, lo dulce o lo travieso del reir y lo cándido o lo pícaro del mirar, según los casos, hubieran bastado por sí solos para llevar la turbación y el hechizo a los corazones más recalcitrantes y ariscos. El mío se rindió al punto; pero considerando la diferencia de edades y temeroso de que pudiera mi súbita y extemporánea pasión ser objeto de burlas crueles, puse tan cuidadoso celo en ocultar mis sentimientos, que llegué a creer que nadie había logrado adivinarlos. Pero lo que sufrí es indecible.

IV

Mi disimulo y mi silencio fueron tanto más heroicos cuanto que la dueña de mis pensamientos y yo vivíamos en la misma casa. Era ella, mi amada, hija de una señora viuda, rica antes y luego venida a menos, que en trance de tener que ganarse la vida, habíase decidido por recibir como pensionistas a algunos caballeros «distinguidos», uno de los cuales era yo.

Aurora, que así se llamaba mi adorado tormento, era la luz, la vida y la alegría de la casa. El que fuera hija de una viuda venida a menos, podrá hacer que quienes tengan humos aristocráticos y desdeñen a los humildes, consideren hiperbólicas mis alabanzas y fuera de lugar tantos elogios; pero eso no amengua un ápice su extraordinaria hermosura, ni quita un punto de verdad a mis afirmaciones.

Aurora, repito, era la luz, la vida y la alegría de la casa. Amable con todos los pensionistas, que entonces éramos cinco, aunque sin mostrar para con ninguno visibles preferencias, correspondía con afecto casi filial (demasiado filial me parecía a mí) al cariño casi también paternal en el que yo envolvía y ahogaba, ocultándola como pecado nefando, mi amorosa congoja.

Por entonces leí y oí comentar, con el asombro natural ante novedades de ese calibre, los ensayos de rejuvenecimiento que venían haciéndose en Europa. Declaro lealmente que al principio me interesaron mucho por el provecho que pudiera sacar de ellos. Mi ignorancia hízome entrever la posibilidad de volver por ese camino hasta encontrar de nuevo a la juventud lejana, que era lo mismo que encontrar la dicha; y me apliqué a conocer cuanto de serio y utilizable pudiera haber en los zarandeados ensayos. Indagué, leí y estudié con todo el entusiasmo y el ahinco de que es capaz quien cree que de ello depende su ventura. Y, al final, me convencí de que por el camino en cuestión no iría a ninguna parte.

V

Dos de mis compañeros de hospedaje han representado un considerable papel en los sucesos que aun debo narrar, y es ya ocasión que diga algo de ellos.

Llamábase Nielsen uno y Ardizi el otro y unía a ambos muy estrecha amistad, a pesar de que, en lo físico y en lo que podía verse de lo moral, eran totalmente desemejantes. Blanco el primero, un tanto entrado en años, de azules ojos, cabellos rubios, tan claros que parecían blancos, melancólico, calmoso y frío, era la viva antítesis del segundo: mozo de hasta veinticinco años, ojos y cabello obscuros, ardiente temperamento, tez morena, genio alegre y desatada verba. Por sus apellidos, por su aspecto y por el dejo con que pronunciaban algunos vocablos de nuestro idioma, que, salvo ese detalle, hablaban con corrección y soltura, había yo deducido que debía ser dinamarqués o todavía más del norte de Europa el rubio; e italiano el moreno, aunque éste, a ratos, parecíame más bien andaluz. Ellos, por su parte, no dijeron nunca su verdadera nacionalidad, por lo cual hemos de atenernos en este punto a mis conjeturas.



Conocíase que estaban habituados a tener mucho dinero, aunque bien a la vista estaba que entonces tenían muy poco. Atendía cada uno un modesto empleo en el Ministerio de Agricultura, y esto era cuanto de ellos se sabía. Yo suplía con sospechas la falta de noticias: se me ocurría que lo estrecho de su amistad ocultaba algún misterio. A pesar de la impecable corrección de Nielsen, del carácter franco y regocijado de Ardizi y de la indudable cultura y el aire señoril de ambos, llegué hasta a recelar que estuvieran asociados para cometer estafas; pero no pude menos de reconocer que éstas no eran sino cavilosidades de comerciante desconfiado y que no había ningún motivo serio que justificase tan temerarios juicios.

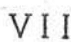
VI

Usted — me espetó un día Ardizi, sin más preámbulos — está lo que se dice chiflado por Aurorita. ¡No me venga con aspavientos! — añadió, al ver que trataba de interrumpirlo: — ¡Eso lo sabemos aquí todos! Por otra parte, si le hablo de esto, es para bien suyo. Se trata de una idea de Nielsen: un negocio, si usted prefiere este lenguaje, en el que todos podríamos salir ganando. A usted le sobra el dinero, tanto como a Nielsen y a mí nos falta. Usted quisiera vivir todavía muchos años y lamenta sobre todo no poder volver a los veinticinco. En cambio, yo que los tengo, he estado ya una porción de veces a dos dedos de pegarme un tiro. Esta mi despreocupación y mi alegría son tan ficticias como las suyas, sólo que yo sé fingirlas mejor. La juventud sin dinero, siguió, me hace pasar tan malos ratos como a usted el amor sin juventud. Oyéndome esto, acaba de decirme Nielsen: — «¿Cambiarías tus años por los suyos? — Por los suyos y por su fortuna, sí, le contesté sin vacilar. — Pues si a él le conviniera también el cambio, lo intentaremos, repuso. Creo poder quitar a una persona los años que le estorben, siempre que haya otra que se resigne a cargar con ellos como propios. — ¿Es posible? le pregunté, admirado. — ¡Lo es! — Nielsen no habla en balde, me respondió. — No le pedí más detalles, porque no los necesito, hasta saber lo que usted piensa de esto. Y ahora, pregunto a mi vez: ¿Cambiaría usted sus años por los míos?...

— De bonísima gana — le contesté riendo — y sólo siento que esas bromas no puedan tornarse veras...

— Entonces no hay más que hablar. Ahora queda el asunto en manos de Nielsen y él sabrá lo que ha de hacer. Por mi parte que haga lo que quiera: tiene carta blanca. Y si no hace nada: ¡pum!

Y levantando hasta la sien su mano derecha, en actitud de dispararse un pistoletazo, salió a escape de mi cuarto, sin escuchar mis razones y dejándome con las suyas todo confuso y turulato.



VII

No dormí bien aquella noche. Es evidente, pensaba, que Ardizi, espíritu fisgón, ha tratado de chancearse. Eso no está bien; pero es mozo y hay que perdonárselo. ¡Con tal de que no me afrente en público y no haga también a Aurora víctima de tales burlas!

Después, mis ideas tomaban otro rumbo. ¿Me habrían él y Nielsen creído tan tonto como para dejarme desplumar con ese cuento? ¡A buena parte iban! Y me reía entre las sábanas, como un chiquillo, del chasco que les esperaba. Luego, tornaban a Aurora mis pensamientos y, en vez de reir como un chiquillo, lloraba como lo que era, como un pobre viejo enamorado, que comprende lo absurdo de su pasión y que cuanto más quisiera dominarla más la siente adueñarse de su alma.

Tras de la risa y el llanto, terminé al fin por dormirme; pero aun después de dormido siguieron atormentándome las mismas preocupaciomnes que, libres del freno de la razón, lleváronme por los mundos de la quimera, haciéndome héroe de sucesos des-

aforados. Soñé que, rejuvenecido por las artes de un mago, parecidísimo a Nielsen, pero con luengas barbas que éste no tenía, habíame transformado en apuesto doncel, y que después de matar en duelo a un rival odioso, que me disputaba el amor de Aurora, rival en quien, al batirme, reconocí al propio Ardizi, me casaba con mi amada, a la que llevé en seguida a mi vieja casa de negocio de la campaña. Cerca de ella, esperábanme mis ganados, miles de vacas y ovejas que me miraban asombradas, se hacían guiños y, riéndose, unas disimuladamente y otras con todo descaro, salían después a la carrera campo adentro. Al llegar, nueva sorpresa: en vez del dependiente, que durante mis ausencias hacía mis veces, salió a recibirnos, haciendo mil garatusas, el mismísimo Ardizi, que había resucitado. Aparecer él y verme yo viejo otra vez y además achacoso y temblón, fué todo uno. Aurora, más bella que nunca, se reía de mi confusión y de mi espanto. Creí morirme de deseperación y, viéndome vacilar y a punto de caer, Nielsen, que salió de no sé dónde, corrió a sostenerme. No tenía ya barbas, pero llevaba sobre la frente dos cuernitos muy cucos y lucía una cola desmesurada y diabólica, como las de guardarropía, que había visto usar en Carnaval a algunos Mefistófeles. Hice un violento esfuerzo para alejarme de él y me desperté. Miré azorado en derredor, y Aurora y Ardizi habían desaparecido; pero Nielsen, esta vez tal como era, sin barbas, sin cuernos y sin cola, estaba allí.

VIII

Señor;—díjome, inclinándose con deferente ademán, y con la mano todavía en el pestillo de la puerta, a medio abrir—me he permitido venir a su cuarto, creyéndolo despierto y usted tal vez dormía aún. Es por el asunto de Ardizi; pero por mi parte no hay ninguna prisa.

—¡El asunto de Ardizi! Sí, me acuerdo—pude articular apenas.

Siguió un largo silencio. Viendo que yo callaba, dijo por fin:

—Se hará cuánto usted quiera.

—¿Se hará qué?

—Su transformación, su trastrueque, su rejuvenecimiento, como usted prefiera llamarlo.

Hablaba fríamente, con su aire melancólico, sin asomos de mofa.

—Pero yo no he tomado eso en serio—repuse.—He leído lo que se viene escribiendo acerca del remozamiento de los viejos, hasta le diré que lo he estudiado, mas no creo en la eficacia del sistema y, por lo mismo, no estoy dispuesto a que se ensayen en mí tamañas novedades.

—Piensa usted muy cuerdamente, porque, en efecto, eso que llama usted novedades y que en realidad no lo son, no devuelven la juventud, sino que cuando más pueden dar, y eso por poco tiempo, la ilusión de que la vejez se ha ido. Viene a ser lo mismo que usar peluca o teñirse el pelo, y eso no es juventud, sino vejez mal disfrazada. Mire, señor, mucho sería sostener el cuerpo, llegado a una edad cualquiera, en el mismo estado. Equivaldría a suprimir sobre el organismo la acción del tiempo. ¿No le parece absurdo tal empeño? Pues, si se lo parece, ¿no habrá de parecérselo doblemente el intento de evitar, no ya lo que debe pasar, sino hasta lo que ya ha pasado? Un cuerpo remendado será siempre, pese a quien pese, un cuerpo dos veces viejo.

El simple buen sentido, y eso que el buen sentido no hacía falta tratándose de artes mágicas, impulsó a Medea, cuando se le pidió que rejuveneciese a Pelias, a aconsejar, no retoques que resultarían inútiles, sino el recurso heroico de hacerle cuerpo nuevo, dando al fuego por inservible el que, estupenda taumaturga como era, sabía que no era ya aprovechable.

Algo parecido, pero usando métodos más suaves, es precisamente lo que yo aconsejo. En cuanto al buen éxito, creo poder garantirlo desde ahora.

Calló él y yo nada dije. El asombro teníame mudo y como alelado. O aquel hombre estaba loco de remate o yo seguía soñando mientras me creía despierto. Debió comprender por mi azorado mirar lo que pensaba y añadió:

—Un poco de paciencia y verá usted que si la sorpresa está justificada, la desconfianza no lo está.

No sé si usted habrá oído hablar de un extraordinario suceso acaecido en esta capital días pasados.

El raro acontecimiento ha sido publicado; pero, para unos ha pasado inadvertido, otros lo han considerado como narración fantástica, y creo que nadie, a no ser yo, ha sabido apreciarlo en toda su transcendental importancia.

Me refiero a lo ocurrido al joven Lorenzo Martínez... ¿Lo sabe usted?

—No sé ni una palabra, respondí.

—Entonces se lo referiré brevemente. Durante una sesión de espiritismo, una «médium» invocó, para que se encarnase en ella, el espíritu de un joven, a quien, por error, se creía muerto. La extraña encarnación se produjo y, mientras todavía duraba, el cuerpo del joven fué destruído por un incendio. Y, ¿sabe usted lo que ocurrió? Pues que el espíritu del muerto, se quedó definitivamente en la corporal en oltura de la médium» y allí sigue todavía. Ténenla por loca desde entonces, pero no hay tal. Yo la conocía de antes, he hablado después con ella, conocí también al muerto y puedo asegurarle que las cosas han pasado como se las refiero. El cuerpo es el de la «médium»; el espíritu, el del joven desaparecido.

Esta transformación nos parece estupenda, no por que en realidad lo sea, sino porque hasta ahora no la conocíamos.

Bien mirada, no lo es más que cualquiera de los portentosos descubrimientos que a nadie conmueven ya, después de haber sido tenidos por imposibles; y, sobre todo, es tan natural y legítima como cualquiera otra de las manifestaciones espiritistas, comprobadas y repetidas a diario desde tiempo inmemorial. No hay más que un hecho nuevo: el «fijado» del espíritu, usando un término fotográfico, ya que tratándose de un hecho nuevo, no hay todavía para él vocablo adecuado

Durante siglos se conocieron las imágenes producidas por los espejos o por las lentes. Se veían, se tocaban; pero el fenómeno, suprimidos el espejo o la lente, no persistía. Faltaba aprisionar la imagen. Otros lo hicieron. Faltaba ahora aprisionar, retener el espíritu.

La casualidad me ha enseñado el camino y estoy seguro de que yo puedo hacerlo. Nada se opone, señor, a que su espíritu se traslade a un cuerpo más joven y haga de él su propio cuerpo. Sus deseos, sus afectos, sus pensamientos, seguirán siendo los mismos. De la vejez, en cambio, no quedará rastro alguno.

—Pero,—exclamé, horrorizado—suponiendo que pudieran tomarse en serio esas afirmaciones insensatas, ¿me cree usted capaz de quitar a alguien la vida para mejorar la mía?

—No se trata de quitar la vida a nadie—me contestó sosegadamente—sino de un cambio, usted diría un negocio, libremente concertado entre dos personas, usted y Ardizi, que pueden contratar libremente. Usted cree salir ganando; él también. Cada uno sabrá porqué. En cuanto a mí, quedo a la espera de lo que ustedes resuelvan.

IX

Rico tipo, este Nielsen, — quedéme pensando, cuando me dejó solo. Esto tiene todas las trazas de un conato de estafa, porque como broma sería demasiado tonta y no tendría objeto. ¿Y si dejase rodar la bola hasta ver en dónde para? Riesgo para mí, no puede haberlo; pues que no soy ningún nene y, entretanto la aventura me servirá de distracción e impedirá tal vez que el continuo pensar en Aurora acabe por trastornarme del todo.

Al acordarme de Aurora, a quien el extraño relato de Nielsen me había hecho olvidar durante algunos minutos cambiaron repentinamente de rumbo mis ideas. Es lo que me pasaba siempre. A pesar de todo, se me ocurrió entonces, bien pudiera haber algo de cierto. Se han visto, como dice Nielsen, tantas cosas extraordinarias que pasaron a ser corrientes después de parecer absurdas. Recordé muchos pasajes que había leído y venían a cuento — pues desde que me retiré de los negocios habíame transformado en un lector formidable — y decíame al recordarlos:

No se trata en este caso de vender el alma a Satanás, como en la leyenda del doctor Fausto, ni de alcanzar, por modo milagroso, la juventud y la inmortalidad, como el Adán, de Espronceda, ni de dejar que me embotellen hecho picadillo, como el pobre y calumniado marqués de Villena. Las cuestiones de espiritismo siempre me parecieron obra de farsantes o de mentecatos; pero ¡vaya uno a saber! Son tantas las personas de las ciudades, al parecer cuerdas y hasta con olor de sabiduría que creen a ojos cerrados en sus misterios y se entregan con fervor a la práctica de sus ritos, que no puede menos de parecer irreverente atrevimiento en un humilde comerciante de campaña, el negarlos en redondo o el discurrir sobre ellas para ponerlos en duda.

Todo el día lo pasé en estos y otros análogos razonamientos. A ratos me desalentaba y me parecía mentira el verme preocupado por tales majaderías; pero veía pasar a Aurora, oía su voz, sentía abrasárseme el pecho con la llama de un amor que, no por honesto y tardío, quemaba menos que el irreflexivo y ardiente de los primeros años; y creía lo increíble, la razón se me iba, y sólo me quedaba un deseo loco, avasallador, vehementísimo, de que las promesas de Nielsen fueran ciertas y de poder por cualquier medio arrojar lejos de mí la carga inaguantable de los años sobrantes.

Resultado: hablé nuevamente con Ardizi y fuimos juntos al cuarto de Nielsen para sellar ante él nuestro pacto. Allá se quedaron ambos. Yo salí en seguida. Me sentía mal y deseaba acostarme. Las sienes me latían con desusada violencia. Me tomé el pulso y conté ciento veinte pulsaciones, el doble de las que de ordinario tenía. Quise llamar para que fueran a buscar un médico y no pude. Debí desmayarme, porque ahí se apagan bruscamente mis recuerdos de aquel día.

X

En las primeras horas del siguiente día, fueron a mi habitación Ardizi y Nielsen. No se hizo ninguna alusión a nuestro convenio. Les dije que me sentía algo fatigado; pero que seguramente podría levantarme. Nielsen, que entendía de todo, me tomó la temperatura y afirmó que, aunque había algo de fiebre, bastarían para hacerla desaparecer, diez centavos de aspirina. De todos modos, añadió, bueno es que que se quede en cama. Yo tengo un amigo médico y he de traerlo para que esté usted más tranquilo. Salió y a poco volvió con el galeno. Me pareció demasiado joven; pero no desconfié de que fuera médico. Luego he sospechado que acaso no lo era, y que su única misión fué servir de auxiliar a Nielsen. Por de pronto, adelantó que debería guardar cama durante cuatro o seis días y escribió unas líneas en un papel que guardó Nielsen.

— Voy hasta la botica a hacer preparar la receta — dijo éste, y ambos salieron juntos.

Ardizi declaró que no iría a la oficina y que desempeñaría tan a las mil maravillas cerca de mí, su papel de enfermero, que cuando sanase iban a darme ganas de enfermarme de nuevo. Fueron, en efecto tantas y tan oportunas sus finas atenciones y su buen humor y aparente despreocupación tan agradables y comunicativos, que el tiempo de mi forzado encierro transcurrió en un soplo, sin que apenas pudiera meditar en el grave asunto de mi remozamiento, ni pensar en nada serio.

Aurora iba a veces a verme y lo mismo la viuda, mostrándose ambas muy amables. Cuando Aurora entraba en mi cuarto, aunque estábamos en pleno invierno, parecía que entraba la primavera. Mi corazón se arrobaba. Contemplábala extático y mudo y mis ojos debían expresar tan inmensa ternura y gratitud tan infinita que no pudo menos de conocerlo. No debió desagradarle, porque, en vez de retraerse, sus visitas se hicieron más frecuentes. Pero, uno de los demonios, que tienen a su cargo el amargar la dicha de los enamorados, díjome entonces insidiosamente al oído: »¿No vendrá más bien porque está Ardizi contigo?»...

Y mis manos se crisparon, mi corazón cesó de latir y púseme tan pálido y angustiado que Ardizi salió corriendo a buscar el médico.

XI

Después he comprendido que durante aquellos días no estuve realmente enfermo. Convenía, para los planes de Nielsen, que me quedase en cama, que tomase las drogas que él estimase ne-

cesarias, y que Arzidi estuviera junto a mí; y aprovechó una pasajera indisposición, que a no haberse producido tan a tiempo, hubiera él inventado para justificar sin más explicaciones las visitas de su compinche y facilitar el «tratamiento» a que, sin yo saberlo, Ardizi y yo estábamos sometidos

Sufrí algunos desvanecimientos, probablemente provocados, que degeneraban en sopor profundísimo y me sumían por largo rato en la más ansoluta inconsciencia. Antes y después de estos adormecimientos, Nielsen y el médico iban y venían, cuchicheaban, me miraban a veces intensa y extrañamente; y, más de una, mi secreta desconfianza, que de cuando en cuando daba señales de vida y se exasperaba con aquellos misterios, estuvo a pique de echarlo todo a rodar, despidiéndolos con malos modos y declarándome curado como por encanto.



Pero, un poco mi timidez y el temor al escándalo, otro poco por la loca esperanza, hija del más loco deseo de tornarme mozo, y mucho porque el que está enamorado, como yo lo estaba, suele huir de lo razonable y no hace nada a derechas, opté por seguir callando y esperar pacientemente lo que resultase.

Me tranquilizaba, en medio de todo, el que yo no había firmado papel alguno que pudiera comprometerme, ni menos poner en peligro ninguna parte, por pequeña que fuese, de mis cuantiosos bienes; y aunque estaba dispuesto a cumplir mi palabra, es decir, a entregar mi fortuna a cambio de una real y florida juventud, como la entrega se haría contra el recibo, a mi entera satisfacción, de la juventud susodicha, no me asustaba el compromiso lo más mínimo; pues claro está, que antes ansiaba que temía encontrarme en el trance de tener que cumplirlo.

XII

Y como todo llega, llegó también ese trance! Una mañana, tras prolongado letargo, abrí los ojos y, en vez de encontrarme en el lecho, me hallé sentado cerca de él, en el sillón en que Ardizi habíase quedado para velar mi sueño. Miré azorado hacia la cama y ¡cosa inaudita y sobre todas increíble y espeluznante! me vi también en ella, plácidamente dormido, aunque algo más avejentado que como en el espejo me veía cuando en él me miraba despierto.

Salté del sillón con agilidad sorprendente y el prójimo que en la cama estaba y me parecía ser yo mismo abrió a su vez los ojos, dando señales de inenarrable asombro. Los dos nos contemplamos atónitos y ninguno osaba pronunciar una palabra.

En esto, se abrió la puerta y apareció Nielsen. Llegó alborotado y anhelante, sin preocuparse de disimular la emoción que lo embargaba. Jamás lo había visto así.

Nos miró ávidamente y al contemplar la estupefacción que nuestros semblantes reflejaban, serenóse de pronto el suyo y volvió a ser el frío Nielsen de siempre.

— Joven Ardizi — dijo, dirigiéndose a mí, que seguía de pie, rígido como una estatua, — ¿tendría usted la bondad de acompañarme a mi cuarto? Y usted, don Gumersindo — añadió, volviéndose al de la cama, — puede ya levantarse cuandc le plazca. Nada queda ya que hacer. Gumersindo había sido hasta entonces mi nombre; pero desde aquel momento, por lo visto, pertenecía a otra persona. Bien veía yo, que yo no era yo. La ropa que tenía puesta, las manos juveniles, cuanto de material había en mí, era de Ardizi y no mío; y sin embargo, bien veía también que yo seguía siendo yo. Pensé en Aurora y el mismo apasionado amor, desde lo hondo del alma, me advirtió que allí nada había cambiado.

Seguí a Nielsen como un sonámbulo. Al llegar a su habitación, éste, sin decir palabra, llevóme ante el espejo de su ropero y me dejó algunos instantes entregado a la muda contemplación de mi imagen. ¡Era, en verdad, un gallardo mozo! Esbelto, bien plantado y más agradable que antes; porque, en vez del aire desenfadado y el atrevido mirar de Ardizi, había más serenidad y más dulzura en mis ojos y, sin ser menos varonil, era más noble y más romántica mi apostura.

XIII

Minutos después, mustio y alicaído, apareció mi excuerpo, en el que se encerraba ahora el espíritu de Ardizi. Para la claridad del relato y porque así se armoniza mejor con la realidad actual, lo llamaré don Gumersindo, pues ese será en adelante el nombre con el que habrán de designarlo todos. En cambio, todos me tendrán a mí por Ardizi. Quienes no conozcan por referencias nuestra transformación, no verán en nosotros signo alguno que la delate; y quienes por referencias llegaran a conocerla, no la creerían. Para los extraños es como si no hubiera pasado nada.

Llegó, decía, don Gumersindo; y mientras él y yo nos mirábamos con cómica curiosidad, que en cualquiera otro caso a ambos nos hubiera parecido inaguantable por lo impertinente, hablónos Nielsen muy por extenso; dándonos minuciosos detalles del procedimiento que había seguido para obtener el feliz resultado que a la vista estaba. No era momento como para que prestase al interesante discurso toda la atención que sin duda merecía, por lo que me es imposible transcribirlo aquí. Recuerdo

solamente que al terminar nos dijo poco más o menos:

— Ahora tiene ya cada uno de ustedes lo que deseaba. ¡Que sea para bien y que a ambos les traigan la felicidad los dones que tanto anhelaban y que por fin han adquirido! — Y con esto se levantó para despedirnos.

XIV

Un momento! — exclamé. — Falta que arreglar algunos detalles.

Era mi lealtad de comerciante probo, que aún en ocasión tan extraordinaria se revelaba. No he firmado ningún documento por lo que les debo — añadí — y es justo y es prudente que llene este requisito. Pronto estoy para hacer, de acuerdo con lo convenido, la transferencia de mis bienes.

— Nada es necesario hacer por ese lado — repuso Nielsen — y nada podría usted transferir, puesto que nada tiene. Dondequiera que usted se presentase como dueño de esos bienes, tendríanlo por loco o por ladrón y sólo escaparía del manicomio para ir a dar a la cárcel. Nadie en tan apuesto doncel podrá reconocer al viejo don Gumersindo.

— ¡Cierto es — balbuceé, todo corrido. — ¡De modo que estoy arruinado!

Mucho de cómica tristeza debí poner en esta última exclamación, pues mis dos interlocutores sonrieron al oirla. Entonces, don Gumersindo habló por primera vez para decir:

— Le regalaré como recuerdo la chacra del Sarandí. Ordenado y económico como usted lo es, ¿para qué necesita más? ¡Ah! y le queda también mi empleo. No tiene más que presentarse allí. Por último — añadió con maligna sonrisa — le regalo también mi revolver.

¡Buena pieza el vejestorio!, pensé primero al oirlo. ¡Cómo conoce el muy pícaro los que fueron mis bienes, y con qué certero tino ha elegido el de menos valor, casi un clavo, para su obsequio! Mas en seguida torné a comparar mi bizarría con su lastimoso talante y de todo corazón le dije: ¡Gracias!

XV

Queda sólo por narrar, a manera de epílogo, de estas memorias, la parte para mí más dolorosa; y como no quiero callarla y me duele el escribirla, sin dejar de consignar lo indispensable, he de pasar por ella como por sobre ascuas.

Mi primer cuidado, después de mi transformación y apenas hecho a mi nuevo estado, fué el de cortejar fina y apasionadamente a Aurora, a quien con toda vehemencia declaré mi sentir amoroso, en cuanto hallé para ello favorable coyuntura.

Con delicioso mohín de contrariedad escuchó mi fogosa declaración. Luego, con amable sonrisa, con palabras dulcísimas y con mirada entre risueña y burlona, dorando como si dijéramos cuanto le era posible la amarga píldora, me contestó:

— ¡Pero, Ardizi! ¡Otra vez! ¿No me había prometido que sería más formal en adelante?...

Caí al punto en la cuenta de que, sin yo saberlo, había llevado ya calabazas en otra tentativa anterior, y añadí un tanto desconcertado, pero poniendo en mis palabras todo el fuego y la sinceridad que pudo prestarles mi amoroso entusiasmo:

— ¿Y es acaso informalidad el repetirle que la adoro?

¡Pues claro está que lo es! ¡Y si mucho me apuran diré que hasta ofensa grave! — continuó haciendo como que trataba de ponerse seria y no consiguiendo sino ponerse divina.

Poco ducho en estas lides, no supe qué contestar. Me quedé mirándola embobado, como si no entendiese lo que oía, lo cual era la pura verdad, y entonces ella me lo aclaró, diciendo:

— Pero, ¡hombre de Dios! ¿No sabe que estoy comprometida?...

— ¿Cómo? ¿Desde cuándo? ¿Con quién? — interrumpí atropelladamente, con inculta brusquedad.

Sobresaltóse al oirme, mas se recobró en seguida y exclamó:

— ¡Cálmese Ardizi! ¡No se ponga así! Ya sabe que yo le estimo. Acuérdese de lo que le he dicho en otras ocasiones y también de lo que mamá le ha dicho. Luego, contestando a la última de mis preguntas, díjome con pasmosa tranquilidad: Pues, mi compromiso es con don Gumersindo.

¿Han sido ustedes alguna vez heridos por un rayo? Claro que no, ni lo permita Dios. Pero, no habiéndolo sido, no pueden ustedes comprender lo que por mí pasó. Flaqueáronme las piernas, zumbáronme los oídos, obscurecióseme la vista y me dirigí a toda prisa a la silla más próxima para desplomarme en ella; pues, de no, hubiera caído redondo sobre el piso. Mientras llegaba don Gumersindo, que acudió al llamado de Aurora, tuve siquiera el consuelo de que ésta, toda acongojada, al verme con tan honda pesadumbre y respirando con dificultad, me hiciera aire para refrescarme el rostro con un trozo de cartón que encontró a mano. Aquel aire es el último dulce recuerdo que de ella tengo; y eso que se llevó ¡ay! consigo todas mis ilusiones.

XVI

Muy amargas fueron para mí las horas que siguieron. Heme aquí me decía, más solo y desdichado que nunca. Esta radiante juventud, ¿de qué me sirve? ¿He de empezar a recorrer de nuevo un camino que ahora, más que antes, me parecería horriblemente desolado, cuyas esperanzas conozco y a cuyo fin, en el más favorable de los casos sé que no he de encontrar sino el ardiente deseo de desandarlo para volver al punto de partida? ¡Si tuviera siquiera vicios, podría aturdirme con ellos; mas no los tengo! ¡Irremediable es, clamaba desesperado, el yerro de una vida estéril! Fuera menester para enmendarlo, no sólo infundir nuevo vigor al cuerpo, purificar los humores, borrar en la materia las huellas de la fatiga, sino remozar a la par el alma, librarla de dudas, pesares y desengaños, y devolverle, con las ilusiones idas, el encanto de su prístina pureza.

Entregado a estas melancólicas reflexiones, me sorprendió don Gumersindo que, sospechando por por donde iban mis pensamientos, acudió, no sé si, compasivo a consolarme, o, cruel, a gozarse en mi agonía.

— ¡Vamos, ánimo! — me dijo. ¿Es que echa usted de menos su vejez? ¡Créialo menos descontentadizo! Además, bien segura la tiene con sólo saber esperar. Y si le urge mucho, véalo a Nielsen, que tal vez esté necesitando jóvenes desesperados...

— ¡Cómo — repuse — ¿acaso usted?...

— ¡No, no! — me interrumpió — para mí por el momento no; pero después, ¿quién sabe? Por supuesto — añadió, en tono de chanza, pero observando cuidadosamente el efecto que me causaban sus palabras, — por supuesto que si algún día me resuelvo a desprenderme del que fué su cuerpo, he de dar a usted la preferencia. — Y entre burlas y veras, todavía se permitió añadir, con desfacha-

tez suprema: — Pero, eso sí, debo advertirle, porque también soy leal, que yo por recobrar el mío no daría, ni cerca, tanto como usted dió. Aquí, para entre nosotros, creo que hizo usted un mal negocio y así lo pensé desde el principio; pero, ¿con qué derecho iba yo a meterme a dar consejos a tan práctico y sesudo comerciante? ¡Hubiera tenido que ver!

— Esto se lo digo ahora — siguió él, al ver que yo callaba — por si a usted se le pasase por la idea que pudiera algún día deshacerse lo hecho; y para que sepa que, en mi opinión, un cuerpo mozo, el mío inclusive, no vale tanto como usted pensaba. ¡Si supiera usted cuántos se ofrecen por poco menos de nada! ¡Véalo, véalo a Nielsen y él le dirá!

No me costó gran trabajo adivinar el nuevo y diabólico proyecto de don Gumersindo.

¿A que intentaba el muy tuno recuperar su envoltura, dándome a cambio de ella una miseria, lo menos que pudiese? Ya sabía yo para qué quería quedarse él con la mayor parte; y a eso conducían sus advertencias, que no eran más que disimulados y ruines regateos.

Sentí, al verlo tantear así el terreno, unas ganas locas de saltarle al cuello y estrangularlo allí mismo. Pero lo vi tan ridículo, tan sin defensa, tan lamentable, ¡tan viejo! que, como en otra ocasión anterior, tuve compasión de él y me limité a decirle:

— No estoy ahora para hablar de negocios. Otra vez será, don Gumersindo.

No insistió y me dejó solo. La idea de la nueva transformación empezó a obsesionarme. Veíame vuelto a mi anterior estado, disfrutando de un mediano pasar, lo bastante para, sin ahogos de dinero, poder terminar tranquilamente mis días (un ocaso sin aurora, pensaba yo tristemente) y casi me inclinaba a aceptarlo antes que volver a ocupar en la ruda batalla de la vida mi puesto de combate

¿Para qué luchar, si hasta en Aurora había perdido la fe?

Con el recuerdo que de Aurora guardaba, empezó a ocurrirme algo extraño. Joven y lleno de vida, no sentía ya al pensar en ella, la tormentosa y avasalladora pasión de cuando viejo. ¡Es que el desengaño había sido tan grande! La idea de verla casada con otro no me exaltaba poniéndome fuera de mí, como antes. Por el contrario, al representármela unida a don Gumersindo, sentía una a modo de satisfacción tranquila, a la que se unía una indefinible y melancólica ternura, en la que si había todavía algo de amor, no quedaba por lo menos nada de egoísmo.

Si a alguien le pareciera que esto es inverosímil, (tanto se diferencia de lo que de ordinario ocurre) cuente que nadie hasta ahora se ha encontrado en mi caso y mal podría por consiguiente, saberse lo que en tal caso se pensaría. A distintas situaciones, corresponden distintos modos de ver. No discurre lo mismo el hambriento que el ahito, ni solían andar de acuerdo Don Quijote y Sancho. Lo cierto es, que me complacía suponerla viviendo en la abundancia y debiendo su ventura y su bienestar material a la cuantiosa fortuna de la cual había sido yo desposeído. ¡Loado sea Dios! — exclamaba entonces. — ¡Para algo han servido mis sacrificios!

XVII

Con el capítulo anterior, había dado hace ya algunos días por terminadas estas memorias. Lo que en adelante ocurriera podría dar motivo para otra narración; pero la de mi razonamiento podía y debía con lo dicho, considerarse concluída. Sin embargo, una novedad considerable, que acaba de producirse, muéveme a completarla con algunas líneas más.

Nielsen que, con su amigo el médico, había instalado un lujoso sanatorio, o más bien «remozatorio», donde pensaba continuar en más vasta escala los ensayos de su prodigioso descubrimiento, apareció anteayer muerto en su despacho, con un balazo en el pecho. Su asociado o auxiliar, el médico, ha sido detenido y nada más se sabe hasta ahora.

Don Gumersindo, al conocer ayer la noticia, sufrió emoción tan violenta que parece haber envejecido veinte años más. Se ha pasado el día llorando y es tan mísero su aspecto que inspira verdadera lástima.

A todos sorprende tan honda pena, que nadie encuentra justificada; porque la amistad entre él y Nielsen no era para tanto. Yo soy el único que sé lo que por él pasa. Llora por su juventud que ¡ahora sí que se le fué para siempre!

Sólo Dios sabe lo que el porvenir nos depara a uno y a otro; pero al recordar las burlonas palabras con que hace poco me advertía que había yo hecho un mal negocio, no pude menos de pensar, con malsano gozo que me avergüenza, que el que hizo él, acaso le resulte peor...

FIN

ILUSTRACIONES DE MACAYA

Demostraciones

El doctor Luis María Campos Urquiza presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por los miembros de la 6.ª brigada de la L. P. A., con motivo de su reciente designación como vocal del Consejo S. de G. y M.

Concurrentes a la demostración ofrecida al Inspector Técnico del C. N. de E. por los profesores de la Escuela "Cornelio Saavedra".



En el Club Deportivo Central Argentino



Concurrentes al "almuerzo criollo" ofrecido al señor G. F. Sampson, en razón de su próximo viaje a Europa y reconocimiento de los importantes servicios prestados al Club como presidente que ha sido de la comisión organizadora.

POR LOS CAMINOS DE UN CEMENTERIO

En estos escondidos rincones, último albergue de los ignorados campesinos, hay una profunda calma: nadie turba su santo recogimiento, sin tener siquiera encima el peso de una losa, deben de dormir mejor y más sosegados.

Cuando logré abrir la carcomida puerta del pequeño cementerio que por casualidad había encontrado en mi camino, y éste se ofreció a mi vista, no pude menos de confirmarme en mis ideas. Es imposible ni aun concebir un sitio más agreste, más solitario y más triste, con una agradable tristeza, que aquél. Nada habla allí de la muerte con ese lenguaje enfático y pomposo de los epitafios. Cuatro lienzos de tapia humilde, compuestos de arena amasada con piedrecillas de colores, y algunos sillares cubiertos de musgo en los ángulos, cercan un pedazo de tierra, en el cual la poderosa vegetación abandonada a sí misma, despliega sus silvestres galas con un lujo y una hermosura imponderables. Al pie de las tapias y por entre sus rendijas, crecen la hiedra y esas campanillas de color de rosa pálido que suben sosteniéndose en las asperezas del muro hasta trepar a los bardales de heno, por donde cruzan y se mecen como una flotante guirnalda de verdura. La espesa y fina hierba que cubre el terreno y marca con suave claroscuro todas sus ondulaciones, produce el efecto de un tapiz bordado de esas mil florecillas cuyos poéticos nombres ignora la ciencia, y sólo podrán decir las muchachas del lugar que en las tardes de mayo las cogen en el halda para engalanar el retablo de la Virgen. —GUSTAVO A. BÉCQUER.



Que fastidio esta Tos
No me deja trabajar

La comezón en la garganta es muy fastidiosa porque obliga a toser; y a veces se pasan días y sobre todo, las noches, tosiendo. Las

Pastillas de Iodeina Montagu

Por su acción antiepasmódica por la codeina en combinación con el iodo, (bioduro de codeina) calman la tos más rebelde y desinflaman la garganta.

De venta en todas las farmacias

Farmacia Franco Inglesa

La Mayor del Mundo

Sarmiento y Florida — *Buenos Aires*



DESACUERDO FILOSOFICO

— Nunca un personalista
logrará ser artista ni estilista.
Lo dice Kant.
— ¡Macana!
Ese término obscuro y pesimista
jamás se ha conocido
en la ciencia alemana.
— Pues yo se lo he oído
a un hombre muy discreto,
antipersonalista distinguido
que habla del «yo», el «no yo» y el paracleto.
— Digo, como Epicteto,
filósofo atrayente y oportuno
que, aquí o comemos todos o ninguno.
Es, también, lo que opina Dun Scoto.
— Vea, para mí vale
igual que la opinión de dun Pascuale,
que era un caudillo excelso
y que valía más que Paracelso.
— La unión hace la fuerza.
— Es muy posible.
— ¡Lo demostró Platón!
— Ese Platón
era personalista.
— ¡Qué irrisión!
Era un sujeto manso y apacible
que fundó su sistema irreductible
en la Constitución.
— El hecho es que hay que mirarse. Tenga en cuenta
que nos ven separados,
y viene cualquier Justo y nos revienta
y nos deja aplastados.
— Estudie Vd. a Krause.
— ¿A Krause? ¡Cómo!
¿También es radical?
— De tomo y lomo.
— Krause, lo propio que Aristipo, dice
que hay que imitar al vice
y huir de contubernios.
— ¡Qué insolente!
¿Dijo esa palabrota inconveniente?
Leibnitz no la dijera.
— Leibnitz era un sujeto muy prudente
y regenerador a su manera.
— Oigan las opiniones
de otros doctos varones.
Fitche asevera: «El que ganó la banda
hágase obedecer. Quien manda, manda».
«Don Marcelo es hoy día el Evangelio»,
sostiene Marco Aurelio.
Y: «El que no le respeta es un cretino»,
afirman Condillac, Taine y Plotino.
— ¡Es un criterio absurdo y arbitrario!
Hay muchos que sostienen lo contrario.
«Todo el que es jefe por poder divino,
como lo es Irigoyen, siempre es jefe.»
— ¿Quién habló así? ¿Un hereje?
— ¡Santo Tomás de Aquino!
— Mire; deje tranquilo el santoral.
— Es que de esa opinión fueron Pascal,
Emerson, Epicuro
y Vives.
— Y otros vivos, de seguro.
— Schopenhauer, talento poderoso,
era personalista.
— ¡Era oprobioso!
— De su Dios, formidable paladín,
¿qué fué san Agustín?
¡Fué antipersonalista!
— ¡Mentiroso!
— ¡Y Séneca! ¡Y Descartes!
— ¡Qué cinismo!
¡Viva el personalismo!
— ¡Muera!
— ¡Ya no hay arreglo!
— ¡Se acabó!
— ¿No nos unimos?
— ¡No!

. . . .

Se ve que de final tan deplorable
es la filosofía la culpable.

DIBUJO DE MACAYA — LUIS GARCÍA

DISCOS DOBLES **NACIONAL**

GARDEL - RAZZANO

M. PARDO

A. GOBBI

J. MAGLIO (PACHO)

E. YRIBARREN

F. CANARO

R. FIRPO

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

DUO GARDEL-RAZZANO

Con acomp. de 4 guitarras RICARDO - BARBIERI)

Discos Dobles "Nacional" de 25 cmts. a $ 3.25

18095 { **De Flor en Flor.** Tango canción. Solo Gardel. Gallicchio - Bonessi.
¡Nunca Más!... Tango. Solo Gardel. O. y F. Lomuto.

18098 { **Talán... Talán...** Solo Gardel. Vacarezza-Delfino.
Adiós que te vaya bien... Zamba. Solo Gardel. Vacarezza-Delfino.

ROBERTO FIRPO Orquesta Típica

Discos Dobles "Nacional" de 25 ctms. a $ 3.00

6258 { **Cachito de Cielo.** Tango. S. Piana.
Corazón de Indio. Tango. A. A. Gentile.

6261 { **¡A pesar de todo!** Tango. Botto-Rossi.
Boquita de Rosa. Tango. P. J. Gandio.

FRANCISCO CANARO Orquesta Típica

6986 { **Hollín.** Tango. José M. Rizzutti.
Entre Rejas. Tango. José M. Rizzutti.

6982 { **Tu Imagen.** Tango. J. C. Bazán.
Colillón. Tango. J. C. Bazán.

ORQUESTA TIPICA PACHO (Juan Maglio)

Discos Dobles "Nacional" de 25 ctms. a $ 3.00

7421 { **El Vértigo.** Tango. L. D'Abraccio.
Muchachita Loca. Tango. A. Scatasso.

ELEUTERIO YRIBARREN American Jazz-Band

8028 { **Tú lo has Querido.** (Jou have wishid it). Shimmy A. La Valle.
La Danza del Adiós. (Farewell Blues). Fox Trot Blues. L. Ruppolo.

MARIO A PARDO (Con acomp. de guitarra)

6578 { **Sanjuanina Mía.** Zamba. Cappenberg-Navarrete.
El Prisionero. Tango. Romero-Delfino.

ALFREDO GOBBI

(Con acomp. de ORQUESTA ROBERTO FIRPO)

Discos Dobles "Nacional" de 25 ctms. a $ 3.25

18303 { **Aventuras de un Inglés.** Parodia cómico-musical. A. Gobbi.
Milonga Nápoli Acriollada. Escena cómica. A. Gobbi.

SECCION FOTOGRAFIA

MAQUINAS, PLACAS, PELÍCULAS,
PAPELES, DROGAS Y ACCESORIOS EN GENERAL

REVELACION Y COPIAS EN 6 HORAS
PROCEDIMIENTO UNIVERSAL UNICO



Discos Nacional

ROSARIO
CORDOBA 1048



MONTEVIDEO
18 de JULIO 966



Homenaje a un educacionista



El señor Waldino Jiménez, ex-director de la Escuela Cornelio Saavedra, rodeado por un núcleo de alumnos de ese establecimiento educacional, que le hizo objeto de una demostración de aprecio.

EL CLAMOR DE LAS CAMPANAS

Yo soy ruido vano que se desvanece sin hacer vibrar una sola de las infinitas cuerdas del sentimiento en el corazón del hombre; yo no tengo en mis ecos ni sollozos ni suspiros: yo desempeño correctamente una parte en la lúgubre y aérea sinfonía del dolor, sin que mis sonoros golpes se retarden o se anticipen un solo segundo; yo soy la campana de la parroquia.

Yo soy — dice — la voz que canta y que llora las alegrías o los pesares del lugar que domino desde mi espaldaña; yo soy la humilde campana de la aldea, la que llama con plegarias ardientes el agua del cielo sobre los agostados campos, la que ahuyenta las tempestades con sus piadosos conjuros, la que voltea, trémula de emoción y pide socorro a gritos cuando el fuego devora las mieses.

Yo soy la voz amiga que da al pobre su último adiós; yo soy el gemido que ahoga el dolor en la garganta del huérfano y que sube en las aladas notas de la campana hasta el trono del padre de las misericordias.

GUSTAVO A. BÉCQUER.



Ensueños de Juventud.

Los dorados días de la juventud huyen veloces... Pero el lozano cutis rosado — ¡la más bella característica juvenil!... — puede conservarse hasta la edad madura, mediante la aplicación científica de oxígeno.

Se ha descubierto que, al contacto con el cutis, la cera pura mercolizada descarga oxígeno libre, que destruye rápida y totalmente todas las adherencias y acumulaciones de materia muerta que son la causa de los malos cutis.

Aplicándose durante varios días cera mercolizada en el rostro y cuello, igual que si fuera cold-cream, lucirá libre el cutis lozano y rosado que toda mujer tiene inmediatamente debajo de la materia muerta acumulada a flor de piel, que el oxígeno elimina, sin afectar en lo más mínimo los tejidos sanos.

* * *

En toda buena farmacia o perfumería se encuentra esta simple substancia.

No pida cera pura; debe ser **Cera Pura Mercolizada.** *La encontrará en todas las farmacias, perfumerías y tiendas que expendan artículos de toilette en todo el mundo.*



Comisión Directiva del "Club Atlético Independiente" y grupos de tiradores que tomaron parte en el concurso organizado por dicha entidad, celebrando la inauguración del campo de tiro.

EL SIGNO

No hables a todos de las cosas bellas y esenciales.

No arrojes margaritas a los cerdos.

Desciende al nivel de quien te habla, para no humillarle o desorientarle.

Sé frívolo con los frívolos:... pero de vez en cuando, como sin querer, como sin pensarlo, deja caer en su copa sobre la espuma de su frivolidad, el pétalo de rosa del Ensueño.

Si no reparan en él, recógelo y vete de su lado, *sonriente siempre*. Es que para ésos aun no llega la hora.

Mas, si alguien coge el pétalo, como a hurtadillas, lo acaricia, y aspira su blando aroma, hazle en seguida un discreto signo de inteligencia...

Llévale después aparte; *muéstrale* alguna o algunas de las flores milagrosas de tu jardín; háblale de la Divinidad invisible que nos rodea.. y dale la palabra del conjuro, el «Sésamo, ábrete», de la verdadera Libertad. — AMADO NERVO.

TRAJES y SOBRETODOS HECHOS

ELEGANTES, PRÁCTICOS, DE CALIDAD Y LISTOS PARA VESTIR

APROVECHE NUESTRO

PRECIO RECLAME

OPORTUNIDAD NUNCA VISTA

OCASION EXTRAORDINARIA

TRAJES DE MEDIDA desde **$ 130.-**

SOBRETODOS DE MEDIDA desde **$ 130.-**

TRAJE MODELO en elegantísimas y selectas fantasías.
PRECIO RECLAME
$ 60.—

SOBRETODO CRUZADO en casimires extranjeros, muy "chic".
PRECIO RECLAME
$ 60.—

Enviamos GRATIS muestras de casimires para prendas de MEDIDA.

Al interior remitimos GRATIS nuestro flamante Album de Figurines.

SASTRERIA DE LUJO
(La Más Grande en Sud América)
No tiene Sucursal



LA OSAKA[1] MARIA

Por LUCIO A. CORNEJO

> *«It was a humble race condemned to death...»*
> W. R. WELLS



RTURO, hijo único de don Jaime Gómez, propietario del ingenio «San Esteban», cerró con fastidio la puerta metálica de la administración. Acababa de tener con su padre un cuasi altercado, motivado por ciertas ideas de éste con las cuales discrepaba en absoluto. Don Jaime, siguiendo una vieja tradición de familia, deseaba hacer de su hijo un profesional universitario. El brillo de un título lo obsesionaba. En cambio, el muchacho, criado en el ambiente del ingenio, habíase adaptado ya al rudo trabajo y a las faenas agrícolas. La idea de vegetar en una ciudad desconocida, con las agitaciones que sin duda reservaría a su espíritu tranquilo, no alcanzaba a satisfacerlo.

Arturo Gómez atravesó la enrejada galería que separaba el despacho del administrador de la despensa, donde los peones acudían a canjear sus vales por mercaderías. Pero, de pronto, todo el fastidio disipóse en su ánimo al descubrir, junto a la verja cubierta de enredaderas, a una joven india de singular belleza, que examinaba un largo collar de piedras vistosas.

Hubo un rápido cruce de miradas. Fácil le fué advertir al joven que su inesperada presencia había producido efecto en la hermosa aborigen. Titubeó unos instantes; luego, el deseo de cambiar con ella algunas palabras venció su reparo.

— ¿Te gusta ese collar? — preguntóle, aproximándose.

Ella tuvo una sonrisa prometedora, y, después de corto silencio, aventuró:

— Es lindo, patroncito...

En aquel momento un indio anciano, en cuya tez cobriza y flácida se marcaba una expresión de mal disimulado disgusto, aproximóse a la joven, murmurando ciertas palabras en su lenguaje peculiar. Ella, entonces, aumentada su turbación, abandonó el collar, dirigió a su joven patrón una mirada cargada de timidez, y se fué con su padre.

Arturo esbozó una leve sonrisa. La rápida retirada de la india, cortada repentinamente la conversación, no dejaba de tener una gracia íntima.

Aquella aventura iniciada le mostraba la fácil posibilidad de un fin positivo.

Arturo, olvidado el fugaz episodio del día anterior, al trote pausado de su caballo, pasaba por cerca de la toldería de indios. Como marchaba algo preocupado, no reparó sino cuando se encontraba a pocos pasos que, a la orilla de una acequia, semioculta por el follaje de un sauce, la joven india de la víspera llenaba su cántaro de agua. Arturo no pudo evitar una exclamación de sorpresa, y sin perder tiempo descendió de su sillonero, preguntando a la joven:

— Oye, preciosa: ¿no quieres que te coloque en el hombro el cántaro? — La osaka asintió con una sonrisa turbadora, descubriendo sus pequeños dientes marfileños.

Arturo cedió al deseo de besar aquellos labios, y estrechóla entre sus brazos. La muchacha consiguió desprenderse, pero él, reteniéndola de una mano, le propuso:

— Mira: el sábado por la noche, cuando tu gente abandone sus chozas para bailar, espérame en la tuya, que yo iré a buscarte.

Llegó la noche del sábado. Arturo calóse hasta las orejas el aludo sombrero de cow-boy, para no ser reconocido por algún peón al pasar cerca de la fogata, alrededor de la cual, rindiendo culto a la luna, hombres y mujeres, desnudos a medias, con las caras sudorosas, bailaban entrelazados con movimientos de dudosa cadencia, al tiempo que cantaban un interminable coro de monótono ritmo. A corta distancia de los bailarines, entre el círculo de espectadores, distinguió algunos empleados del establecimiento, que, con ojos encendidos por la pasión, contemplaban las morbideces que en su desnudez les revelaban las indias.

El espectáculo despertó su curiosidad, y ocultándose detrás de un matorral vió que un peón cristiano, eligiendo con ojo calculador la presa, se abalanzó hacia ella arrebatándosela a su compañero de baile, quien, con la impavidez e indiferencia del idiota, continuó bailando solo.

Arturo prosiguió con precaución su camino, en dirección a la choza del cacique Chirurchi. Al fin llegó a ésta, que consistía en un rancho de forma cónica, construído de hojas secas de caña de azúcar. Penetró con dificultad en él por una estrecha abertura que servía de puerta. La escasa luz que emanaba del pequeño hogar iluminaba su interior. Cerca del fuego aguardábalo la osaka María. Ceñía su cuerpo una delgada túnica rosa que transparentaba las líneas bien dibujadas de sus formas intachables. La emoción agitaba su pecho. Un encendido rubor matizaba sus mejillas.

Al ver a Arturo, la joven india se adelantó hacia él, murmurando con voz queda:

— Te quiero, patrón.

El, entonces, le gritó:

— Yo también te amo, también te deseo.

Y el joven, con un violento ímpetu, se apoderó de aquellas formas temblorosas.

II

EN su rancho, acostado sobre una piel y cubierto por una burda manta de colores vivos, yacía enfermo el cacique.

(1) India joven



Fué en vano que el hechicero o curandero de la tribu hiciera uso de todos sus recursos para que el mal abandonase al debilitado enfermo. Días enteros había cantado, mejor dicho aullado sin cesar, haciendo gesticulaciones y golpeando con fuerza el rústico tamboril para ahuyentar los espíritus malignos del cuerpo de su viejo jefe. La cara del indio, curtida y arrugada, presentaba una palidez de cadáver. Sus ojos negros, vidriosos, brillaban encendidos por la fiebre como si la escasa vida que restaba en aquel cuerpo se hubiera reconcentrado en ellos.

— Dame agua — dijo el enfermo con voz desfallecida.

Su hija arrimóle a los labios resecos una especie de taza de arcilla cocida. El indio tomó algunos tragos, y reanimado por el frescor del líquido comenzó a hablar trabajosamente.

— Hija mía: sé que me restan pocos días de vida. No le temo a la muerte. Estoy preparado para recibirla; ella me libertará de esta miseria, y me conducirá al lado de mis antepasados, que, felices de ellos, no conocieron más que el valor y grandeza de su pueblo. En cambio, a mí tocóme apurar hasta las heces el amargo brebaje de la miseria, tan amargo como la medicina de los blancos.

Quedóse pensativo, un momento, una sonrisa se dibujó en sus marchitos labios; luego prosiguió:

— Recuerdo, como si ayer hubiera acontecido, que, en una de mis frecuentes correrías por el bosque en persecución de cierta corzuela, que asustada por mi súbita presencia echó a correr ligera como el viento, llegué hasta un arroyo al margen del cual, bajo la sombra de enorme pacará, una joven hilaba, cantando. Así fué cómo conocí a tu madre. Con ella, en las noches de luna, ebrios de gozo y amor, surcábamos en nuestra veloz canoa las aguas argentadas del río. Mas, por desgracia, mis días venturosos fueron pocos.

«Pronto llegaron los blancos. Hiciéronme conocer el sabor dulce del aguardiente de caña, y, con sonrisas maliciosas, nos procuraron armas de fuego. Nuestros guerreros se debilitaron por el abuso de la bebida; abandonaban a sus mujeres e hijos; nuestras vírgenes se entregaban a los hombres pálidos. La base en que reposaban la felicidad y el poder de nuestro pueblo estaba minada. Al invasor no le fué difícil desalojarnos por la fuerza de nuestros dominios. La miseria venció el orgullo de nuestra raza, y tuvimos que acudir a mendigar protección del blanco. Y me hallo aquí, hija mía, presenciando el cuadro más horrible que el destino podía haber reservado a mi desdichada vejez: El blanco, en su codicia, olvida que somos sus iguales, haciéndonos trabajar como bestias de carga. Las mujeres se rinden a ellos en presencia de sus maridos o hermanos, y éstos, con repugnante indiferencia, no toman venganza.»

Al oir estas palabras que el anciano pronunció haciendo un gran esfuerzo, la muchacha se puso pálida y un escalofrío recorrió su cuerpo.

El enfermo, después de una pausa, continuó:

— Si yo sospechase que tú, hija, has tenido tratos amorosos con algún blanco, te mataba sin piedad.

— ¡Padre, padre mío! — gritó atemorizada la osaka. — Cálmese, que le dañará el hablar así.

III

Dos días después el enfermo no podía ya hablar, sólo sus ojos conservaban aún cierto brillo y miraban fijamente alguna cosa lejana en el espacio.

La pobre india, previendo el cercano fin de su padre, corrió a buscar al curandero de su tribu. Después de algunos instantes regresó acompañada de un indio viejo, aunque sin una cana en su desgreñada e hirsuta melena, flaco como una momia, la cara pintarrajeada de rojo, el labio inferior atravesado por un botón de hueso, y las orejas con enormes agujeros rellenos con pedazos de caña hueca. Contempló al agonizante en silencio un buen rato y después de pronunciar palabras enigmáticas con voz cavernosa, volvióse hacia la muchacha y le dijo:

— Tu padre se irá pronto a las regiones del sol eterno. — La joven, desesperada, arrojóse sobre el cuerpo ya exhausto, llorando lastimeramente, mientras el diabólico indio salía del rancho.

Informados los indios del próximo fin de su cacique se aglomeraron en la puerta de la choza de éste, y cuatro de los más viejos, acompañados por el curandero, entraron en ella, para volver a salir trayendo en su lecho al moribundo, a quien colocaron en el suelo cerca de una hoguera que ha poco se había encendido. El hechicero ordenó que le descubriesen los pies al cacique y se los introdujeran en el fuego. El infeliz lanzó un grito horrible, y entonces los indios comenzaron a bailar al compás de la música primitiva de un tamboril, en una atmósfera impregnada de olor a carne quemada.

Este acto de ferocidad creíase beneficioso para el que estaba en trance de abandonar este mundo, pues el fuego lo depuraba de todo mal espíritu.

Mientras tanto, la pobre víctima retorcíase por el dolor. Más de una hora duró esta ceremonia salvaje. Recién cuando el indio dejó de exteriorizar signos de vida, se le retiraron del fuego sus pies carbonizados.

Cerraba ya la noche. En un potrero abandonado, cercado por espinosas ramas de churqui, sobre un montículo de piedras recién aglomeradas, la osaka María, con la cara oculta entre sus manos, lloraba. El dolor que la sacudía en ese momento, las palabras de su padre reveladoras de la decadencia de su pueblo y su conciencia, atormentada por el remordimiento, hicieron nacer en ella un odio violento hacia su amante.

Quizá hubiera permanecido en aquel sitio de muertos abismada en las enfermizas reflexiones que la desesperación le sugería, si la helada brisa que comenzó a soplar, penetrando en su cuerpo, no la hubiera vuelto a la realidad.

Salió lentamente del enterratorio. Percibiendo un ligero ruido de pasos, amortiguados por la espesa capa de polvo del camino, dióse vuelta y descubrió a Arturo que, en tanto se le aproximaba, la miraba tiernamente.

La india, que minutos antes le odiaba con toda la vehemencia de los de su raza, vencida por algo que ella sentía y no alcanzaba a explicarse, apoyándose en el brazo del joven, con una voz llena de tristeza y alegría a la vez, le recordó:

— Patrón, ya no tengo padre; estoy sola, sola...





Parte de la selecta concurrencia que asistió al te danzante realizado en el Barker Memorial Hall, a beneficio de la Escuela N.º 7.

Distinguidas señoritas y jóvenes que bailaron el pericón nacional, en la fiesta antedicha, la que, dados los fines que guiaron a sus organizadores, alcanzó un brillante éxito.

De Bánfield



Palco ocupado por la Comisión de Damas y Caballeros que tuvo a su cargo la organización de las fiestas conmemorativas del aniversario patrio. El doctor Enrique Luzuriaga dirigiendo la palabra a los alumnos de las escuelas locales, que asistieron al acto.

Concurrentes al baile organizado por la C. D. del Club "Rivadavia" con motivo de las fiestas patrias.



Señora:

La Casa Izquierdo

490 - CARLOS PELLEGRINI - 490

especialista en corsés y fajas de alta calidad, le ofrece hoy un bello conjunto de interesantes modelos de su exclusiva fabricación, únicos que responden ampliamente a las leyes de la estética y distinción, armonizando la moda con el arte que impera en su esmerada confección.

FAJA DE GOMA, sobre medida, confeccionada con el más puro caouchouc (goma), ojales reforzados y 4 ligas de seda, a... $ **35.—**



CORSE, modelo 105. — Confeccionado en rico brocato de seda, floreado, adornado con finas valencianas, presillas y 4 ligas de seda, a pesos...... **25.—**



FAJA, modelo «Aida». — Para reducir el vientre. Confeccionada en coutil de seda floreado, elástico también de seda y 4 ligas, a $ **25.—**



FAJA, modelo 95. — Muy cómoda y especial para señoras gruesas. Por su científica confección reduce el abdomen sin oprimir el cuerpo. En coutil de hilo y seda, elásticos de seda y 4 ligas. Artículo de gran duración, a pesos...... **35.—**



CORSE - FAJA, modelo 625. — En coutil de hilo floreado y elástico de seda, con 4 ligas, a......... $ **20.—**



FAJA, modelo 40. — Preciosa faja toda de elástico de seda, muy cómoda y elegante, a pesos...... **25.—**

CANOL

La mejor tintura vegetal instantánea para el cabello y la barba.

Devuelve al cabello su color natural, adquiriendo un hermoso brillo y la suavidad de la seda.

Garantizamos nuestra tintura **CANOL** y devolvemos el importe si no da el resultado indicado.

Todos los tonos, en rubio, castaño y negro

Precio de la caja con encomienda paga a cualquier punto de la República.

$ 8.—

Unico Concesionario para la América del Sud:

CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490 - Bs. Aires.

SOLICITE NUESTRO NUEVO CATALOGO

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE EN SUD AMERICA

490 - CARLOS PELLEGRINI - 490

BUENOS AIRES

UNION TELEFONICA: 38 MAYO, 0313



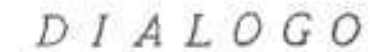
ANTOLOGIA DE POESIAS ARABES SOBRE EL AMOR

G E N E S I S   D E L   A M O R

El amor nace de una mirada,
Y esta chispa primera
Es devoradora como una hoguera.
¿Acaso el fuego una vez encendido
No quema toda la leña acumulada?



El amor es primero una mirada,
Luego una sonrisa,
Una palabra,
Una promesa,
Un encuentro.



D I A L O G O

Cuando ella vino me dijo:
«Tu deseo fué escuchado:
¿Por qué entonces tu corazón tiembla así?»
Y le contesté: «tu presencia hace la dicha de mi corazón.»
Y él danza de alegría.

A M O R   O C U L T O

Oculto su amor
Y no digo su nombre,
Porque bastaría que yo dijera «yo amo»
Para que adivinen que es ella a quien amo.
Pues no hay más que ella
A quien yo puedo amar.

I B N   J A L K I S

T U   I M A G E N

Tu imagen está en mis ojos,
Tu nombre está en mis labios,
Tú vives en mi corazón,
¿Cómo podría pues ocultarte de mí?

E L   M A J Z O U M I

EL DERECHO DE LA BELLEZA

Sé coqueta; tú eres digna de serlo.
Tiraniza, la belleza te ha dado ese poder.
Mi suerte te pertenece; dispone de mí como lo desees.
Tú eres mi ama y soberana
Por el derecho de tu belleza.
Si mi desgracia puede ser el precio de tu amor,
Acepto ser yo la víctima.



Pruébame, pónme a prueba
Para experimentar mi amor.
Sólo una gracia reclamo:
Y es, la de no exigir que mi vida dependa de otro que de ti.
Soy tu súbdito y tú eres mi sultana,
A voz alta lo proclamo, y de ello me glorio.

Me acusan de mucho amarte,
Y los hombres de mi tribu
Repiten que soy una de tus víctimas.
Pues tus enamorados son numerosos:
Unos mueren por ti
Y otros por ti viven.
Morir por ti es una voluptuosidad infinita.

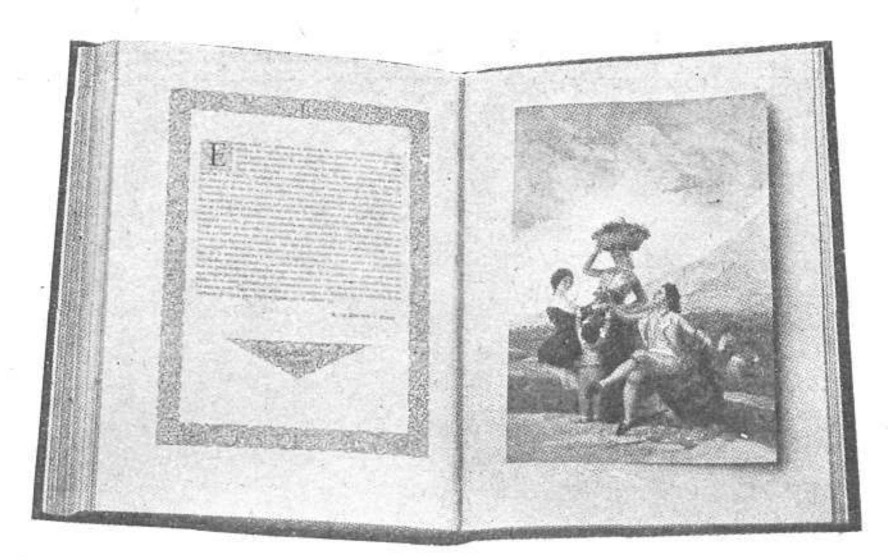
Soy tu esclavo y no quiero emanciparme
Y rehuso la libertad,
Y si tú me rechazaras
Siempre volvería,
Pues tu belleza me cautiva
Y tu radiación me encadena.

I B N   E L   F A R E D



TRADUCCIÓN LIBRE POR EL EMIR EMIN ARSLAN





Galerías de Europa

En esta Colección de Albums, serán reproducidas con una fidelidad absoluta, las obras de más renombre y valía de los Grandes Maestros de la Pintura que existen en

EL MUSEO DEL PRADO — MUSEOS DE FLORENCIA — MUSEOS ALEMANES — MUSEOS DE LOS PAÍSES BAJOS — MUSEOS DE FRANCIA — MUSEOS DE INGLATERRA

Estas reproducciones son las más perfectas que hasta ahora han producido las artes gráficas y se experimenta ante ellas la misma emoción que ante las obras originales. Los colores viven como en el lienzo; todos los matices del clarobscuro, los reflejos, las diferentes tonalidades de carnes y paños están reproducidas con un verismo maravilloso. Gracias a estas publicaciones, la pintura ha dejado de ser una cosa reducida a ciudades determinadas y hoy día puede ser gozada por todos en su propio hogar lo mismo que la música y la poesía.

Para más detalles, solicite el folleto explicativo gratis.

Facilitamos su adquisición, concediendo largo Crédito.

Cada Album, tamaño 32x26 cm., regiamente encuadernado en «chamois» contiene 60 reproducciones en colores de los lienzos más famosos de cada Museo.

Cupón para el folleto gratis y condiciones de compra de Las GALERIAS DE EUROPA

Don.......................................

Prof. ....

Calle.......................................

Localidad.......................................

Prov. :........................*F. C.*...........

Corte este cupón y envíelo a

Además del texto referente a la Historia del Museo respectivo, cada reproducción va acompañada con una extensa explicación técnica, histórica y emocional.



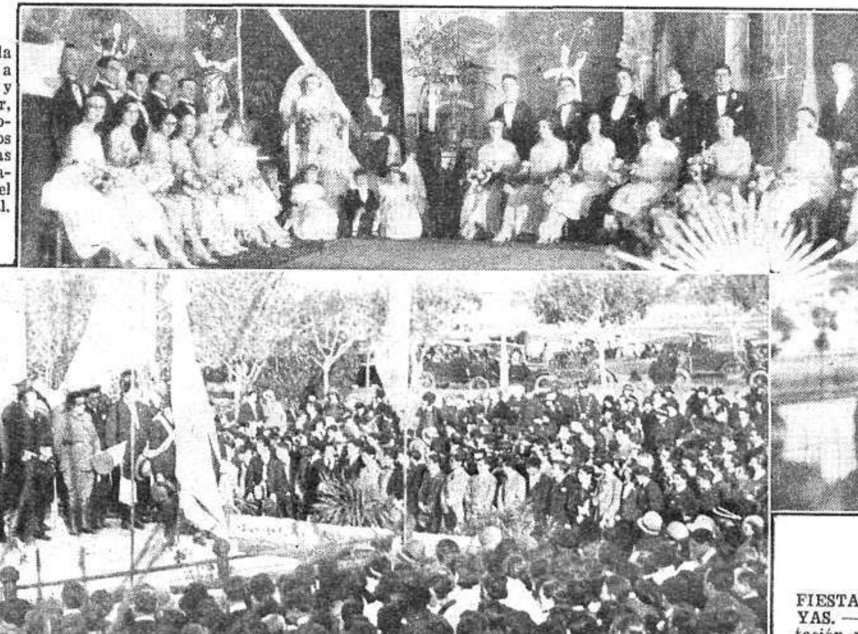
EDICIONES LABOR

PIEDRAS, 599 BUENOS AIRES



De Bahía Blanca

La reina de la fiesta, señorita Lydia Ricardini y su corte de amor, en los Juegos Florales organizados por las Damas Cooperadoras Salesianas, en el Teatro Municipal.



FIESTAS MAYAS. — Manifestación patriótica, cantando el Himno Nacional al pie del monumento del general San Martín.

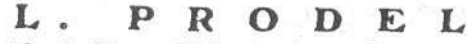


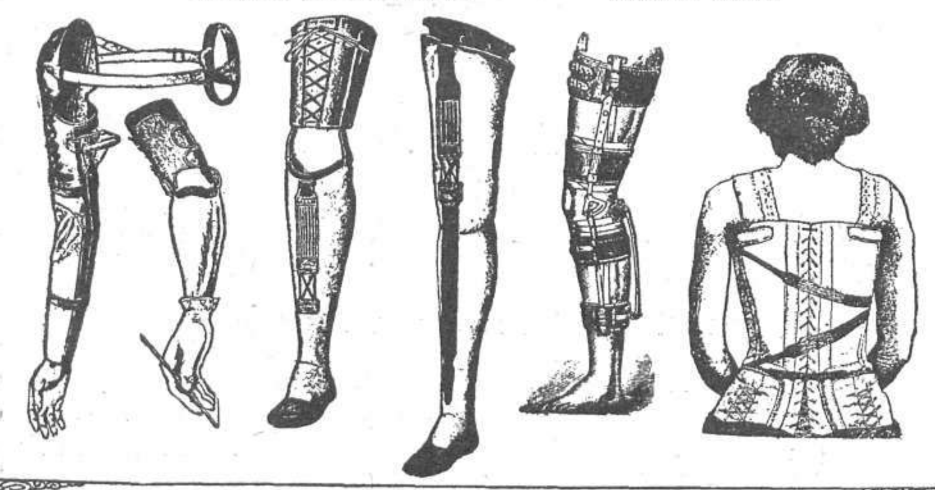


Artistas de la Compañía Mansilla, que desinteresadamente ofrecieron una función teatral a los recluídos en la cárcel, representando "Los Mirasoles".

Concurrentes al baile realizado en el Círculo Oficiales de Mar, celebrando el aniversario patrio.







ESTOS PRECIOS SE IMPONEN

N.° 141. — PLATA 900 liso, con iniciales que se deseen en esmalte a pesos........ **5.00**

N.° 510. — PLATA 900, para señorita, con el nombre en esmalte, varios mod. $ **3.90**

De oro 18 kilates, macizo, a $ **16.—**

N.° 542. — AROS de oro 14 k. con bril. símili. $ **14.00**

$ 17

N.° 546. — RELOJ de plata 800, a tres tapas, máquina Suiza, chato con cadena, gran ocasión.. $ **17.00**

Enchapado en oro 18 kilates, Ancora, con 15 rubíes.................. $ **29.-**

N.° 531. — PLATEADO fino, brillantes y perla, el par pesos....... **2.90**

N.° 548. — ANILLO de oro 18 kilates fix cincelado fino con un brillante químico fino, a pesos...... **14.00**

N.° 83. — CINTILLO enchapado en oro 18 y 5 brillant., a $ **4.50**

El mismo, de oro 18 garantido...... $ **15.-**

¡OFERTA EXCEPCIONAL!

RELOJ de plata 900, máquina Suiza, Ancora, 15 rubíes, con pulsera de gamuza fina, para caballero.... $ **23.00**

El mismo, enchapado en oro 18 kilates, garantido 10 años. Precio nunca visto hasta ahora............ $ **25.00**

Con cada reloj regalamos un vidrio de repuesto.

N.° 543. — AROS de plata 900, perlas macizas y brillantes, a.. $ **5.90**

N.° 528. — PLATA 900, gancho de oro, zafiro y químicas, a....... $ **6.90**

N.° 205. — ARITOS de oro para niña, con perlitas........ $ **4.00**

Para señora, más grandes........ $ **5.50**

N.° 199. — DE ORO 18 kilates fix, con perlitas........ $ **6.50**

N.° 530. — GEMELOS de oro 18 fix cincelados, el par.. $ **10.00**

N.° 550. — GEMELOS de plata 900, con iniciales que se deseen en esmalte, el par....... $ **4.50**

$ 9.95  **$ 9.95**

N.° 534. — PULSERA de moaré fino, con relojito enchapado en oro con segundero y las 24 horas, para señora o señorita, precio increíble............... $ **9.95**

Con máquina más fina, enchapado en oro 18 kilates, a.. $ **25.-**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.

Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER

N.° 549. — ¡NOVEDAD! Aros de plata 900, con iniciales que se deseen, en esmalte, el par, a pesos............. **5.90**



N.° 541. — PLATA vieja, piedras fantasía de mucho efecto... $ **3.50**

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES



MAL DE MUCHOS...

ALIMENTESE usted, se decía aquel hombre mientras el tren le llevaba a Granburgo.

Y tendrá razón. Mi desatinada filosofía y mis errores, son productos seguramente, de la anemia que ataca a mi cuerpo como a mi espíritu.

Todas mis desdichas han sido originadas por mi debilidad de carácter y por las aberraciones de mi entendimiento.

Yo he sido con ella, que en paz descanse, un marido anémico, y he sido un amante anémico con Agueda, y he sido un mal padre, porque no he debido dejarme arrastrar por los hechos, sino crearlos a gusto mío. No he tenido fuerza de voluntad para fijarme la senda que debía recorrer, ni cuando he sido lanzado en alguna he tenido valor para seguirla hasta el fin.

He sido un pesimista estúpido. Cree quien padece de dispepsia, que son malos los alimentos que toma, y el mal sólo radica en su estómago; y yo he creído que la vida era una desgracia, sin comprender que el desgraciado era yo, porque ignoraba lo que es la vida.

Mis continuos temores, y aquella precaución con que veía todo lo que me rodeaba eran fenómenos producidos por la anemia.

Tiene razón el doctor: es preciso alimentarse bien.

Todo vive cuando se alimenta; y las funciones cerebrales dependen directamente de las funciones digestivas. El borracho persigue una idea con extraordinaria tenacidad, y después de un banquete, tienen comezón de hablar todos los comensales, porque sus inteligencias están ahítas de pensamientos.

La buena digestión produce la indulgencia y dulcifica el... Hay que alimentarse, hay que alimentarse. Come bien y cambiarás de filosofía. Te hace falta mucho nitrógeno y mucho oxígeno. Este te lo da el aire cuando respiras. Lástima que el aire no dé también el nitrógeno con la misma facilidad.

Y siguió meditando hasta que llegó a Granburgo. Cuando se halló otra vez en su casa, empezó la tarea doméstica de tomar nuevos criados. Pidió y obtuvo que se le dejase en situación de excedente.

Se acomodó a su nuevo plan de vida en pocas semanas, y empezó a llenar su despacho de tubos de ensayo y de frasquitos. Más tarde, instaló un laboratorio en la cocina del portero, y después ensanchó el laboratorio hasta ocupar con él toda la planta baja. Entonces fijó el domingo para recibir visitas, y no las recibió en el resto de la semana. Llegó a comer rodeado de retortas y de matraces, y llegó a dormir en un catre al lado de los hornillos.

Una tarde escribió en la pizarra:

$$\text{Aire}\begin{Bmatrix} PhO^5 \\ KOCO^2 \end{Bmatrix} N$$

y se dijo: Esto es: el fósforo encendido me quita el oxígeno. No habría inconveniente en aprovecharme del resto, porque las cantidades de ácido carbónico son pequeñas, aun en la atmósfera de Granburgo, pero purifico ese resto haciéndole pasar por una disolución de potasa, donde quedarán las impurezas producidas al formarse el ácido fosfórico y donde quedará el ácido carbónico formando carbonato de potasa. Y me queda el nitrógeno.

Vamos con otro razonamiento.

Yo podría valerme del amoníaco, pero... y del cianógeno... esto no puede ser porque se formaría ácido cianhídrico en el interior del estómago. ¡Una friolera!

Y, sobre todo, que yo necesito aplicar el nitrógeno directamente, y no debo usar del fósforo porque debo llegar a la máxima sencillez.

Al siguiente día hizo colocar un tubo que subía desde el laboratorio al tejado, y empezó a comprar aparatos eléctricos, hasta que una noche se echó sobre la cama diciendo: «Descompongo, pero nada más».

Desde entonces llenó el laboratorio de conejos y de palomas, y no volvió a salir de aquella habitación. El hotel parecía un cementerio; que es lugar menos frecuentado que todos los peligrosos.

Una mañana, después de haber estado largo rato contemplando el interior de una campana de cristal, dió un puñetazo sobre el mármol de la mesa y dijo en voz alta: «Ya está».

—¡Pícaro nitrógeno! Eres muy indolente para combinarte, y esto es una prueba de la sabiduría y de la bondad de Dios, porque, de otro modo, absorberíamos más oxígeno y viviríamos menos. Pero yo te he obligado a obedecerme. El preceptor del príncipe me dió la idea con sus carburos de hidrógeno. Tuve una inspiración sublime y a él se la debo; es decir a Dios, que así lo dispuso.

La nueva generación preparará desde la infancia su tubo digestivo, y se asimilará de manera directa y sencilla el nitrógeno del aire. Y a nosotros nos basta usar de este preparado tan económico y de tan fácil obtención. Tomo cinco gramos: los pesaré. Tomo estos cinco gramos y ahora a respirar el aire libre.

Y Luis se acercó al tubo, que subía hasta el tejado, y aspiró con fuerza durante medio minuto. A la hora estaba enfermo.

—Esto es sencillamente una indigestión.

Al siguiente día repitió dos veces la operación del anterior. Y pasó una semana sin tomar alimento.

Cuando llegó la noche del sexto día, se sentó, cogió la pluma, y mirando, sin ver, hacia el papel que tenía delante, pensó así:

—Es un hecho indubitable, y no hay que perder tiempo, porque necesito completar mi sistema obteniendo las otras asimilaciones. Voy a escribir al presidente de la Academia, y es preciso escribirle con pulso, porque nuestros académicos se han hecho con generales, en vista de que los sabios como Dufrouol no son partidarios del Imperio... Enviaré una copia del documento a cuantos sabios conozco.

Y estuvo escribiendo hasta que amaneció. Entonces leyó lo escrito, y cuando hubo concluído levantó su mirada hacia el cielo y exclamó: «Todo te lo debo a Ti. Bendito seas, Dios mío».

◫ ◫

Excmo. e Ilmo. Sr. Presidente de la Academia Imperial de Ciencias Naturales.

Excmo. e Ilmo. Sr.: Perdone V. E. la molestia que voy a ocasionarle con la lectura de este escrito, y después de perdonarme, lleve V. E. su bondad al extremo de fijar su atención en las ideas que a

continuación expongo, y que espero ilustre V. E., con sus sabios consejos.

Excmo. Sr.: Hace mucho tiempo que vengo ocupándome con todos los problemas que de manera más inmediata interesan a la sociedad humana.

Mi constante estudio recompensaba espléndidamente mis esfuerzos, por cuanto hubo de proporcionarme el incomparable gozo de entrar en posesión de ideas que me eran desconocidas, y que, derramadas en todos los cerebros, van creando el progreso social

Hubiéranme bastado los placeres ya dichos para quedar satisfecho del éxito de mi empresa, y Dios Todopoderoso no se ha limitado a ser justo, sino que ha querido llenarme de su gracia, y llevarme, Excmo. Sr., a molestar la atención de V. E. para darle noticia de un descubrimiento, cuya consecuencia ha de ser forzosamente un cambio completo en la vida de nuestras sociedades.

El dicho descubrimiento es, Excmo. Sr., la asimilación directa en el organismo humano del nitrógeno que existe en el aire ambiente.

Es bastante lo indicado para que V. E. comprenda la importancia de mi descubrimiento, pero se me hace preciso insistir en este punto.

Las dos funciones necesarias para el sostenimiento de la vida son la digestión y la respiración, entendiendo que la circulación es consecuencia de ambas. Ahora bien; Dios ha colocado en la tmósfera que rodea al hombre todos los factores indispensables para el entretenimiento de la existencia humana. Logra el pulmón sano aspirar el oxígeno necesario para la oxidación de la sangre y expeler los compuestos de carbono, y al olvidado calabozo, donde vive preso el infeliz reo, llega la misericordia de Dios en unas cuantas unidades cúbicas de aire ambiente.

Es la historia humana la lucha del hombre contra el hombre, y la historia de Dios es la sublime historia de la bondad en ejercicio constante.

Bien sé, Excmo. Sr., que si Dios no hubiese hecho tantas grandezas, las hubiese hecho V. E. seguramente, y acompaño a V. E. en su sentimiento, porque Dios Todopoderoso se le haya anticipado en la realización de tan extraordinaria empresa.

Meditando acerca de lo anteriormente expuesto, llegué a convencerme de que no sería caprichosa la colocación en el aire de todos los elementos necesarios para la vida del hombre, y sospeché que el nitrógeno, el hidrógeno y el carbono podrían asimilarse directamente como el oxígeno, sin que fuese necesario usar de la alimentación que hoy sirve de vehículo a los citados elementos.

Animábame en mis investigaciones la idea de la extraordinaria importancia del triunfo, porque la combinada actividad de las diversas asimilaciones me daría la introducción en el organismo humano de todos los compuestos de oxígeno, nitrógeno, hidrógeno y carbono.

Empecé por buscar la asimilación del nitrógeno, y la he obtenido.

Jamás pensé en evitar de este modo la muerte del hombre, porque la muerte es la redención de los átomos que nos componen y que así recobran su libertad, y la libertad es fatal y necesaria, aunque a V. E. y a mí nos parezca esto muy desagradable. Pero si no me ha sido posible, excelentísimo señor, hacer inmortales a los ricos, tengo la satisfacción de haber hecho viables a los pobres. El nitrógeno asimilado directamente, según mi procedimiento, asegura la nutrición de todos los hombres.

Réstame, Excmo. Sr., llamar su ilustrada atención de V. E. hacia un problema cuyo planteamiento inicio, porque lo juzgo de extraordinario interés.

Siéndole fácil al hombre asimilarse directamente el nitrógeno del aire, empezará a explotar la atmósfera que lo rodea como en los primitivos tiempos de su existencia empezó a explotar la tierra en que vivía. No temo que Dios se enoje por esto, ni que el aire se quede sin nitrógeno, porque volverá a adquirirlo de los compuestos amoniacales; pero temo, excelentísimo señor, que la nitrogenación llegue a ser materia de derecho; que la posesión del aire ambiente sea objeto de jurisdicción y que así como la tierra fué de todos y es hoy de unos pocos, venga la atmósfera a ser propiedad de dos o tres fabricantes que vendan el nitrógeno a alto precio, y de unas cuantas familias que retengan en su poder estérilmente más aire del que necesiten para el sostenimiento de su existencia. Me asusta la idea de que esto llegase a suceder, porque los pobres se quedarían hasta sin oxígeno; pero si ocurriese, tenga V. E. por presentada mi respetuosa adhesión a las leyes que así lo determinen.

Y ruego a V. E. tenga a bien constituír una comisión de académicos ante quienes verificar la exactitud de cuanto dejo expuesto.

Dios guarde a V. E. muchos años. — *Luis Noisse.*

...CONSUELO DE TONTOS

La gloria es una de las cosas que dan los que no la tienen. ¡Y aún hay bobos que se preocupan con tales tonterías!

Cuando el doctor Light terminó la lectura del documento, se dijo: «Es la primera vez que me he equivocado, y la verdad es que no parecía demente».

El presidente de la Academia de Ciencias devolvió el documento con esta nota:

«Visto, y diríjase el peticionario al señor ministro del Interior, porque se trata de una cuestión de higiene. — *General Chameau*».

¡Ah, bárbaro! — dijo Luis al enterarse de esta respuesta. — Has sido el militar que más ha resistido la fatiga en el campamento, pero... no es tuya la culpa, sino de quien te puso donde no debías estar.

Empiezo la jornada más triste para el inventor y no hallaré un solo hombre que me crea y que me aplauda.

Pero se equivocó. Los aristócratas acosaron a los fotógrafos, pidiéndoles retratos del capitán Noisse para enviárselos a éste y suplicarle que los dedicase; los fabricantes de vinos le pidieron su nombre para ponerlo en las etiquetas, y se representó una zarzuela titulada *Gloria a Noisse o el nitrógeno asimilable*».

Así es la gloria que dan los hombres. ¡Valiente tontería! Y, cuando el aplauso de los amigos es sincero, no compensa la pena de haber producido la envidia de los contrarios.

SILVERIO LANZA



Enlaces




Señorita Lidia Rosa Garibotto con el señor Arrigo P. Ciachino. — Luján.




Señorita Emilia Fossetta con el señor Héctor Valetti.—Alejandro.




Señorita Julia Fernández con el señor Miguel Echeverría. — Ayacucho.




Señorita Catalina A. Cavallieri con el señor Adolfo Sebbrunz. — Capital.



Bordagaray - Cestona. — Ayacucho.


MARTINEZ. — Parte de la selecta concurrencia que asistió al gran Festival organizado por el "Centro Recreativo San Isidro".

DON QUIJOTE EN LA ESCENA

En el Hudson Teatro de New York, acaba de estrenarse una comedia de gran espectáculo, titulada «Sancho Panza», basada en algunos episodios de la inmortal obra de Cervantes, «Don Quijote de la Mancha».

La obra, mejor dicho, la adaptación, es original de un literato yanqui, Mr. Russell Janney, y tiene como motivo los graciosos e interesantes episodios que acaecieron al socarrón y avispado Sancho en casa de los duques y los incidentes más salientes de su gobernación en la Insula Barataria. Otis Skinner, el protagonista es un actor magistral y poseedor de un temperamento artístico excelente, que sin dejarse llevar por excesivas comicidades y alternando con la nota fuerte y realista, consigue un vigor y un interés que hace que la obra se sostenga en todos los momentos apasionante y llena de color. Decimos esto porque, dada la índole del personaje, tal vez otro actor hubiera caído en exageraciones de mal gusto y que sólo un artista como Otis Skinner ha sabido dignificar y enaltecer con su talento la encarnación del gobernador de la ínsula, que le fué concedida en premio a su lealtad y servicios al Caballero de la Triste Figura.

Dicha comedia tiene un prólogo y cuatro actos, y no se sabe qué admirar más, si el interés de la farsa y labor impecable de los artistas o la belleza de las decoraciones y deslumbrante riqueza del vestuario.

La obra, que fué representada por artistas norteamericanos, obtuvo un grandioso éxito.



GABRIELA.BESANZONI

MIGVEL.FLETA

Las dos celebridades mundiales,

GABRIELLA-BESANZONI y MIGUEL FLETA

que interpretan en la actual temporada de nuestro teatro máximo, la grandiosa Opera "Carmen" del inmortal Bizet, con un éxito nunca superado. Usted y su familia podrán oir en su casa la voz maravillosa de estas dos glorias del arte lírico

IGUAL COMO SI ESTUVIERA EN EL TEATRO COLON

Este beneficio se lo proporciona la

"CONCERTOLA"

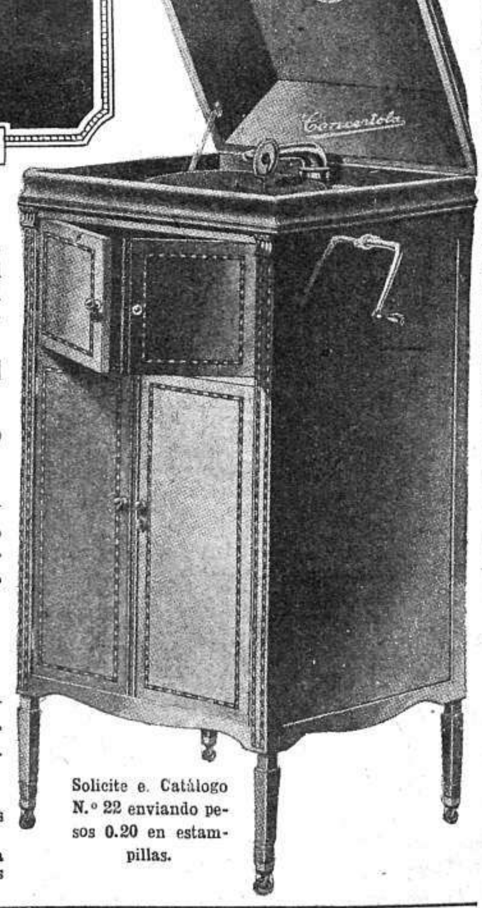
La máquina parlante perfecta que encierra bellezas imponderables, que contribuye a infundir solaz, esparcimiento y aumentar el encanto del hogar.

Ofrecemos "CONCERTOLAS"

desde pesos **45.-** hasta pesos **650.—**

Acordamos facilidades de pago para la adquisición de las "CONCERTOLAS" de alto precio.

Solicite Catálogo Ilustrado N.° 21 enviando $ 0.20 en estampillas.



Solicite e. Catálogo N.° 22 enviando pesos 0.20 en estampillas.

DISCOS

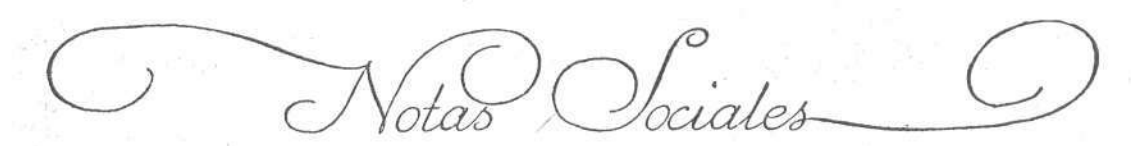
Tenemos en venta el más extenso y selecto surtido en todos los repertorios de las mejores marcas del mundo.

Acabamos de recibir los nuevos discos Victor cantados por la BESANZONI y FLETA, como así mismo un nuevo surtido de los famosos discos PATHE "SIN PUA".

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo, 979. - Buenos Aires.

(No tenemos Sucursales. - No cerramos los Sábados).



Notas Sociales

«Y hubieron bodas reales...» si no fueron como aquellas que describiera Amado Nervo en el epitalamio célebre, las primeras bodas de resonancia celebradas en ambiente porteño durante la temporada actual, han revestido excepcional suntuosidad, sea dentro del propio hogar, o en la Basílica resplandeciente, pero, sobre todo, cuando se ha unido a la solemne bendición que confunde para siempre dos vidas, la misa tradicional de esponsales.

Sin embargo, a juzgar por el atavío sencillísimo de la asistencia — muy selecto por cierto — que se ha congregado en nuestros templos, rodeando a las figuras juveniles que iniciaran recientemente su nueva vida, parece que nuestra sociedad hubiera olvidado, o desdeñara ya, aquella tradición señoril que imponía una *toilette* esmeradísima para tan solemnes circunstancias; sólo en el cortejo nupcial puede admirarse ya la nota de color y de suntuosidad, la flexible elegancia de los *aigrettes*, que acarician el cuello ceñido por la sarta de valiosas perlas. Desfilan luego, agrupándose a la salida del templo, las figuras más destacadas del mundo «super-chic», envueltas en riquísimos abrigos de pieles, eso sí; pero es que esos abrigos, cubren un uniforme invariablemente obscuro, que acompaña el sobrio chamberguito negro o marrón, cuya monotonía ha llegado a exasperar a las que consideran como uno de los detalles más importantes del atavío femenino; no puedo desconocer, naturalmente, que ese chamberguito es sumamente práctico para el *footing*, y muy adecuado para los días lluviosos, pero no es posible adoptarlo para asistir a una ceremonia tan solemne como brillante. ¡No, y mil veces no! ¿Para qué recorrer entonces, sin descanso, modistas y *coiffeurs*? ¿Por qué no encargar sencillamente a tal o cual fábrica, un surtido de fieltros de distintos colores, pero conservando siempre la forma del decantado modelito?

En cambio, ¡cómo sabe destacarse — justamente en tales ceremonias — la silueta femenina que luce el traje que cuadra en ese acto! No hemos de olvidar la armoniosa figura que suscitara tan vivos elogios en uno de los grandes casamientos celebrados en el pasado mes de mayo: vestía de azul — un tono cálido y decidido — e iba tocada por elegantísimo sombrero del mismo color, cuya *echarpe* de tul, envuelta al cuello, idealizaba aquel tipo de belleza genuinamente criollo... Ninguna, entre la aristocrática asistencia, fué tan admirada como aquella señoril y esbelta silueta.

Se han celebrado en los últimos días bodas suntuosísimas, provocando, como es lógico, el animado comentario de las que se congregan para observar y desmenuzar cada uno de sus detalles... Así hemos llegado a descubrir — cuando la asistencia es tan numerosa que debe permanecer parte de ella en el atrio, a la espera de los novios — que alguna aristocrática figura de desposada, que vimos cruzar la imponente nave con una actitud dulcemente conmovida, llena de timidez, sufrió indudablemente una sugestión especialísima al pasar bajo el dintel del pórtico, porque antes de avanzar tan serenamente hacia el altar, se asegura que disponía con ademán enérgico el orden del cortejo, lo mismo que pudiera dar sus instrucciones un jefe de Estado Mayor... Pero al vibrar los primeros acordes de la marcha nupcial, la joven desposada se revestía — como por encanto — de timidez y de suavidad...

La verdad es que nuestras jovencitas nos reservan hoy todo género de sorpresas: ¡son tan distintas sus modalidades, a las de hace apenas uno o dos lustros! Podría asegurarse, que si cualquiera de ustedes, lectoras amigas, permaneciera durante una larga temporada, lejos de toda manifestación mundana y se incorporara de pronto al vértigo de la vida moderna y ultra-elegante, habría de sufrir más de una sorpresa; sin embargo, alguna de las últimas innovaciones no dejan de ofrecer un interés muy grande, porque podrían llegar a resolver tal vez más de un problema sentimental.

Erase una vez (como reza en el estilo de los viejos cuentos) un distinguidísimo caballero, hombre de ciencia muy reputado, que alternaba el cumplimiento de su misión humanitaria con el encanto sutilísimo del «flirt...», pero un «flirt» tan superficial y tan inconstante, que nadie creía que pudiese sufrir el simpático caballero una impresión realmente definitiva; los mejor informados aseguraban que el eminente galán esperaba siempre una insinuación que provocara la palabra decisiva... y fué tal como la presagiaran los que le veían ir y venir, «flirtear», viajar, hasta que muy lejos del vertiginoso engranaje, allá, en medio de la vida serena y reposada del ambiente provinciano, el destino le acercara a una linda y atrayente figura juvenil.

Cuentan que hubo en el diálogo, que él no creía decisivo, un verdadero derroche de ingenio femenino, de sutil coquetería. La linda figurita describía «su ideal», ese ideal tan difícil de hallar, fuera de las páginas, «du roman pour jeunes filles...» y aquél, sin par ideal, iba resultando parecido al eminente hombre de ciencia, que éste llegó en broma a decir: «¡Si yo fuese presuntuoso!»

Se ieron entonces s ojos y los labios de la encantadora... y en breve plazo había bodas solemnes y aristocráticas, que diría el epitalamio de algún poeta mundano.

No falta tampoco el comentario que señale el lado del romance sentimental, el más positivo en que se unen blasones y talegas, tal como sucede en las vetustas sociedades; pero estos casos ofrecen especial interés en nuestro ambiente y el tema se amplía hasta el infinito, evocando antecedentes exquisitamente inéditos y augurando también nuevos e interesantísimos capítulos.

La dama duende.

Buenos Aires, Junio 5, 1924.

CANTILENA

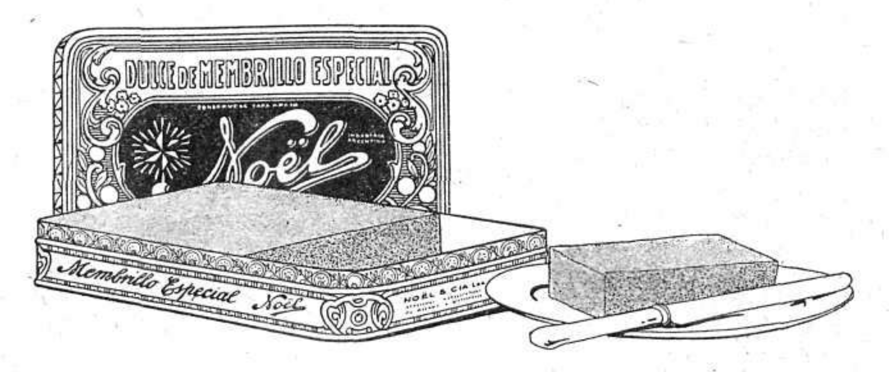
JOSÉ MAURICIO PEIXOTO

Indiecita de mi tierra
que tanto gustas del sol,
tu sonrisa de esta tarde
me llegó hasta el corazón...

Indiecita de mi pueblo
que hablas bien el guaraní,
tu acento vibra en mi alma
como un arpegio sin fin...

Indiecita de mi barrio
que cantas con emoción,
tu garganta dulcifica
la fiereza de tu amor...

Indiecita de mi calle
que hablas bien el guaraní,
¡en el alma yo te llevo
como un don de mi país!...



Señora: Lea, reflexione y se convencerá de la diferencia

que hay entre pedir a un comerciante simplemente dulce de membrillo y pedirle Dulce de Membrillo Especial Noël en latas de 1 kilo. En el primer caso le entregarán un pedazo informe, cortado en ese momento de un dulce cuyo fabricante y fecha de elaboración son desconocidos y que ha estado mucho tiempo expuesto al aire y la tierra. En cambio cuando pida

Dulce de Membrillo Especial Noël en latas de 1 kilo

recibirá Vd. un dulce de inmejorable calidad, elaborado higiénicamente al estilo casero, con fruta fresca de la última cosecha y que se halla contenido en un envase original, sobre el que figura la fecha de fabricación y el nombre Noël, que es garantía de pureza y buena elaboración.

Pídaselo a su proveedor y fíjese que la lata lleve impresa esta palabra:



La marca que tiene una fama de 77 años.

De San Fernando

SAN FERNANDO. — El salón de fiestas del centro "Artesanos del Dique" durante el gran baile social que dicha entidad ofreció a sus ascciados.



Interesante grupo de jóvenes de la sociedad de esta localidad, en un descanso de la amena fiesta.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES 838 SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 206

En cabritilla negra o color sangre. En gamuza negra,

$ 14.90

MODELO N.° 205

En cabritilla charolada, negra, color sangre o marrón. En gamuza negra, marrón o color sangre. Taco de 3 ½ y 5 ½,

$ 14.90





MODELO N.° 213

En cabritilla negra color sangre o marrón. En gamuza negra o marrón,

$ 14.90

MODELO N.° 226

En cabritilla charolada, negra o charolada color sangre. En cabritilla marrón, color sangre. En gamuza negra, marrón o blanca. En piel de seda negra,

$ 14.90

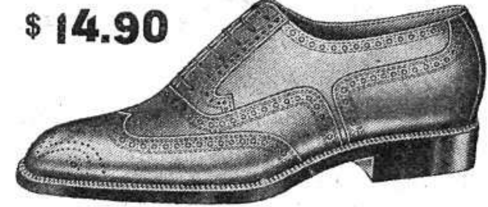




$ 14.90

MODELO N.° 68

En gum metal negro o color, doble suela, gran moda.



$ 14.90

MODELO N.° 50

Botin o zapato con puntera o bigotera. En anca de potro negro. En gum metal negro o color, todo cosido alrededor, doble suela.

MODELO N.° 199

Botin o zapato, en gum metal negro o color, doble suela, todo cosido alrededor, con puntera o bigotera,

$ 14.90

MODELO N.° 194

Botin gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro, liso o picado, con cordones o botones,

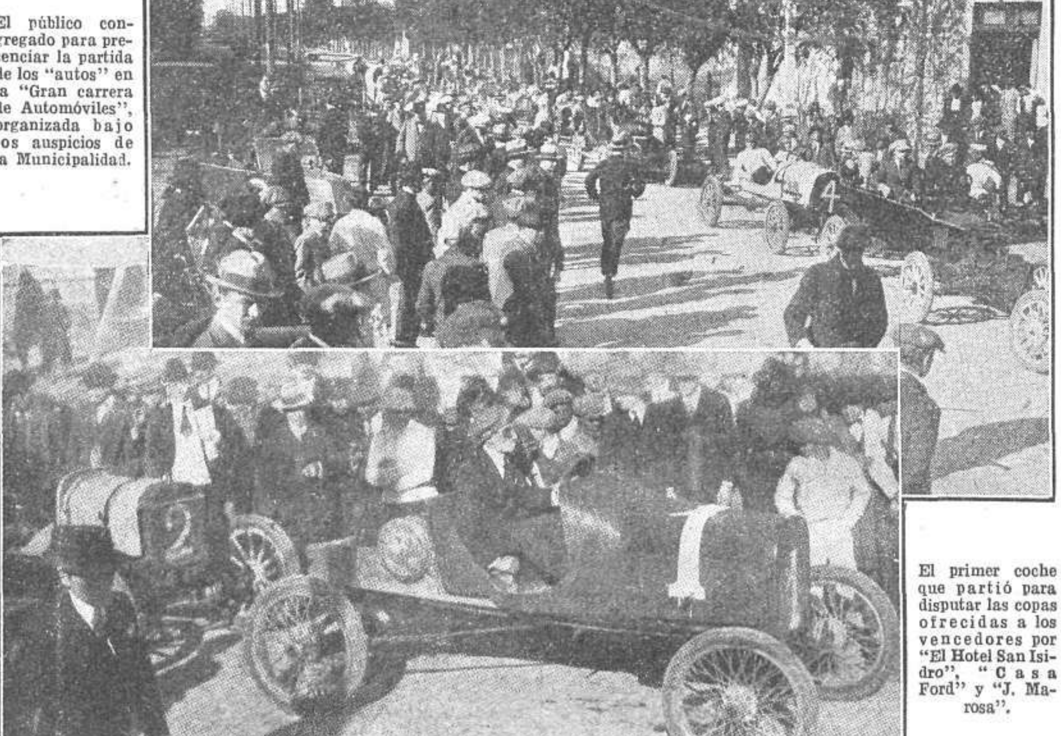
$ 14.90



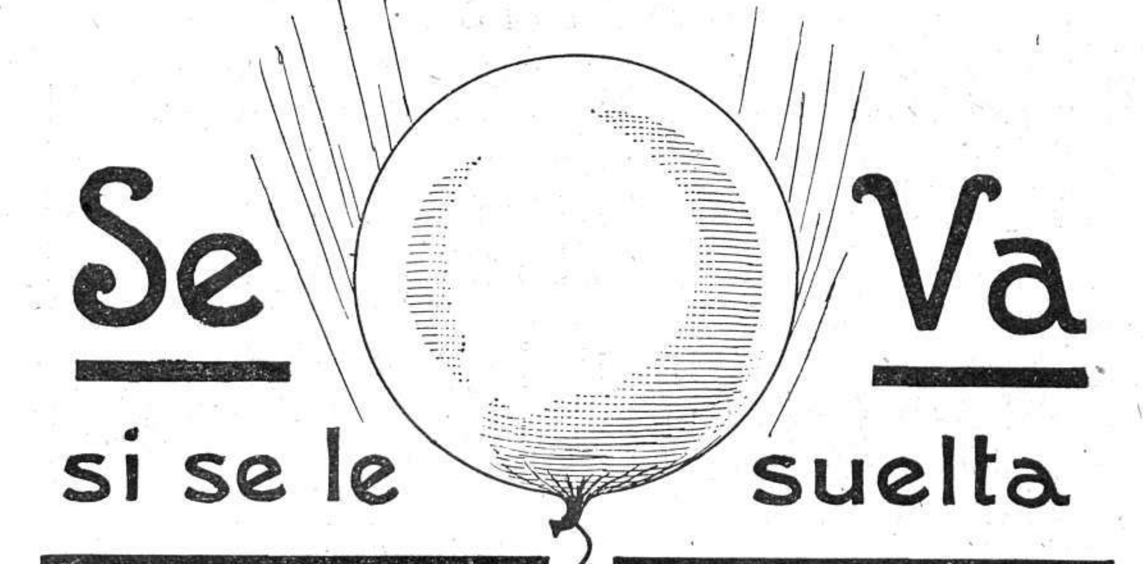
Zapatillas de paño, con ribete de peluche o sin él, números 34 al 45 $ **3.50**

De San Isidro


El público congregado para presenciar la partida de los "autos" en la "Gran carrera de Automóviles", organizada bajo los auspicios de la Municipalidad.



El primer coche que partió para disputar las copas ofrecidas a los vencedores por "El Hotel San Isidro", "Casa Ford" y "J. Marosa".



Asi ocurre con ciertas buenas oportunidades

REGALAMOS

una colección completa de la "Historia de la Guerra del Mundo", por Simonds, o un ejemplar del gran "Atlas Jackson", a quienes se subscriban, mientras rige esta oferta, a nuestro gran

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO HISPANO - AMERICANO

LA UNICA GRAN ENCICLOPEDIA COMPLETA EN CASTELLANO Y LA MAS EXTENSA EN CUALQUIER IDIOMA

28 magníficos volúmenes con más de 1.000 páginas c/u., 75.000.000 de palabras; 12.000 ilustraciones; 600.000 artículos distintos; y el más extenso diccionario del léxico.

Exposición y Venta: Bmé. MITRE 1092 - Bs. As.

CONVIENE APURARSE: SI NO PUEDE VISITARNOS CORTE Y LLENE EL CUPON HOY MISMO, PUES SON MUY LIMITADAS LAS COLECCIONES RESERVADAS PARA ESTA OFERTA.

W. M. JACKSON - Inc.

CASILLA DE CORREO 1542 — BUENOS AIRES

Sírvanse enviarme detalles completos del Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano y de los regalos.

C. C. 3

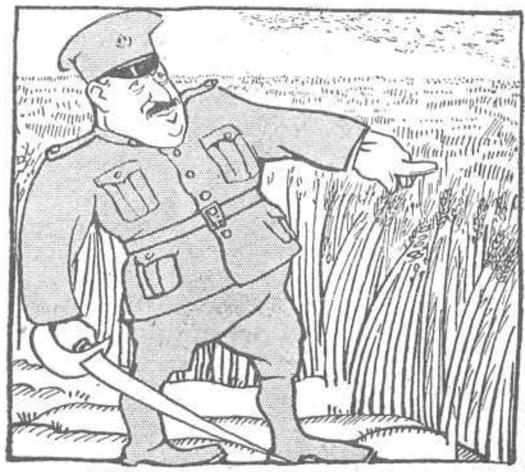
Nombre..

Profesión..

Calle................................*N.°*..............

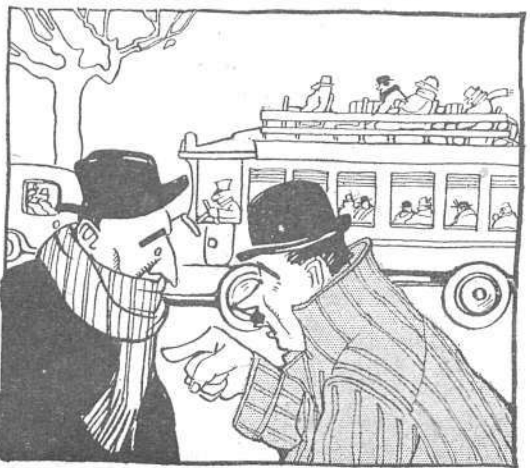
Localidad........................*F. C.*..................

DICHO Y HECHO, por MACAYA



LAS PROXIMAS MANIOBRAS MILITARES

Justo. — La artillería ¡al frente! La cebada ¡a la retaguardia! La infantería... la langosta... ¡Esta cartera de Agricultura me obliga a unas confusiones!...

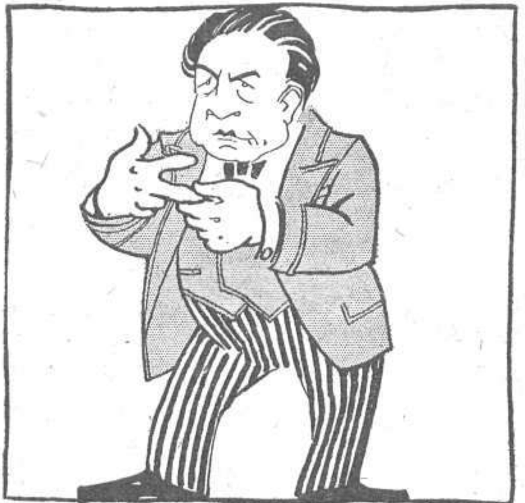


OMNIBUS PARA INVIERNO

— Usted sube a la imperial, con el sobretodo viejo ¡y no hay polilla que resista!

— Sí, pero puede usted cazar una pulmonía.

— ¿Y qué importa? La destrucción de la polilla es lo esencial.



LA DESPOBLACION DEL SENADO

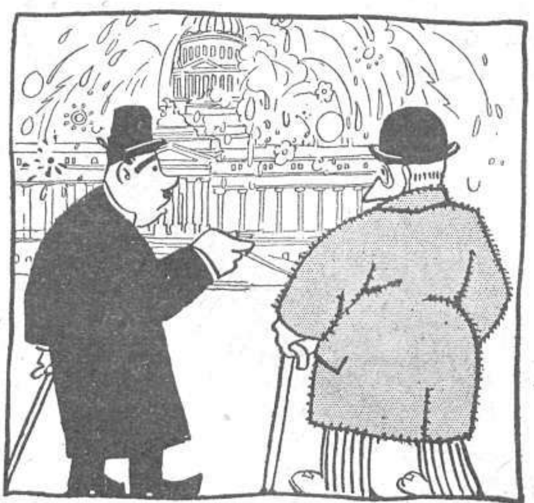
Lencinas. — Es vergonzoso lo que ocurre. El senado no admite a Puebla. ¡El senado se despuebla! Es su castigo.



COMO EN LA FABULA DE TRILUSSA

Cantilo. — Yo que valgo más que nadie
soy igual que la violeta.
¡Soy modesto! ¡Soy modesto!

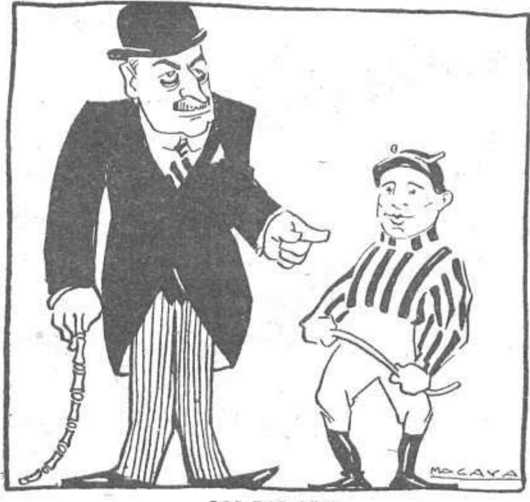
Gallo. — *Accidente ¡qué modestia!*



PARLAMENTARISMO CARIÑOSO

—¿Qué ruido tremendo es ese que sale de la Cámara?

— Es que se están elogiando los unos a los otros.



LOS DOS ASES

Le Bretón. — Gracias a usted y a mí, invencible Torterolo va a imponerse el Nuevo Mundo.



PRODUCTORES:

PINI Hnos. y Cía. Lda.

BUENOS AIRES



Los alumnos de la Escuela local de Haedo que, dirigidos por su maestra, organizaron las fiestas del 25 de Mayo, que se celebraron con gran éxito en la localidad.

La señorita Mazzaganti, directora de la Escuela "Italia Unida" con los alumnos después de la lucida fiesta conmemorativa del glorioso aniversario patrio.



BUENOS AIRES, 14 DE JUNIO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1341

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR

LOS SOBERANOS DE ITALIA VISITAN ESPAÑA



LA REINA DE ITALIA, S. M. ELENA DE MONTENEGRO.

LA REINA DE ESPAÑA, S. M. VICTORIA EUGENIA.

EL REY DE ESPAÑA, S. M. ALFONSO XIII.

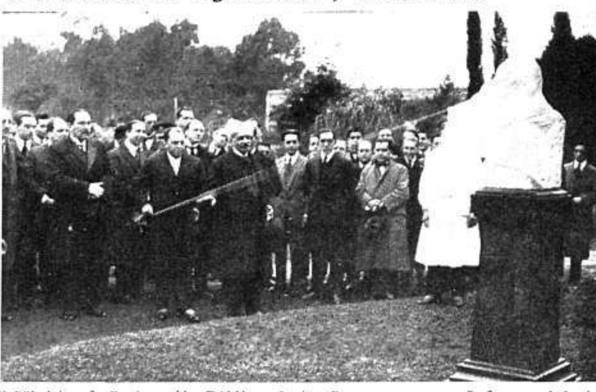
EL REY DE ITALIA, S. M. VÍCTOR MANUEL III.

La visita de los reyes de Italia a España adquirió los contornos de un gran acontecimiento en el cual participaron con igual entusiasmo pueblo y autoridades españolas. Al paso de los soberanos extranjeros las ciudades españolas se adornaron con sus mejores galas para exteriorizar su franca simpatía por los reales huéspedes que de esta manera sellaban definitivamente la tradicional confraternidad de ambos pueblos latinos.

Distribución de premios en la Facultad de Agronomía y Veterinaria



El decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, doctor Ramón J. Cárcano leyendo su discurso durante la ceremonia inaugural de los bustos de los doctores Wenceslao Escalante, Pedro N. Arata, Joaquín Zabala e ingeniero Ricardo Huergo.



El Ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna, acompañado por el doctor Cárcano y la comitiva oficial en el momento de descorrer el lienzo que cubría el busto del doctor Wenceslao Escalante, erigido en los jardines de la Facultad.



El profesor doctor Joaquín Inchausti, vice decano, pronunciando su discurso en el acto de la distribución de los premios universitarios, ceremonia que fué presenciada por numerosos y destacados concurrentes.

"Ayuda social Pro-Hospitales"



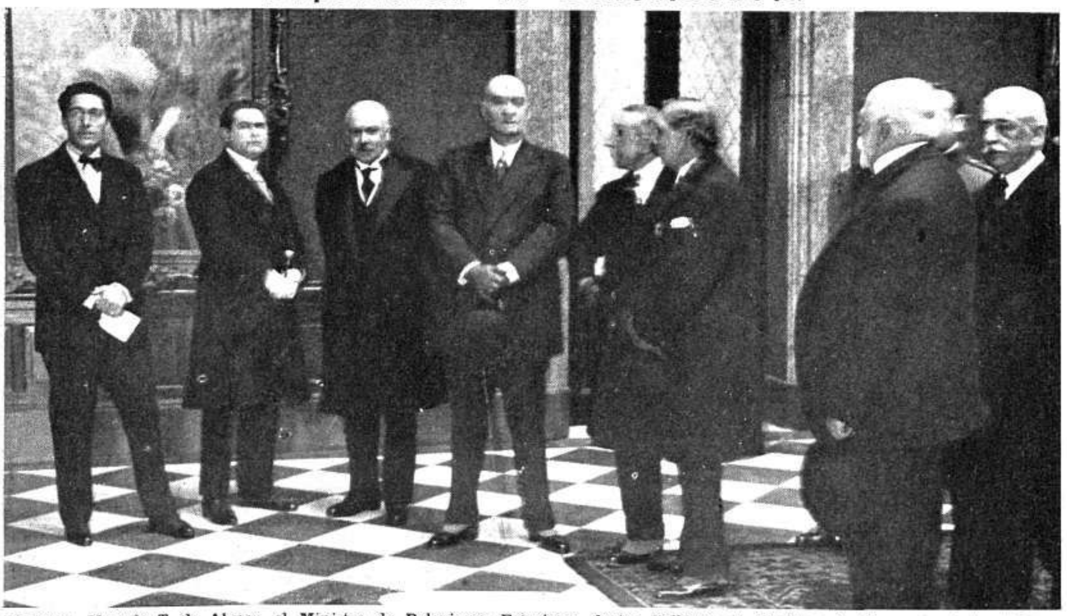
Damas de la comisión y algunos de los invitados que asistieron al te y danza que se efectuó en el Savoy Hotel, a beneficio de la prestigiosa y humanitaria Asociación, culta fiesta que resultó muy animada.

En honor de Fray Guillermo Butler



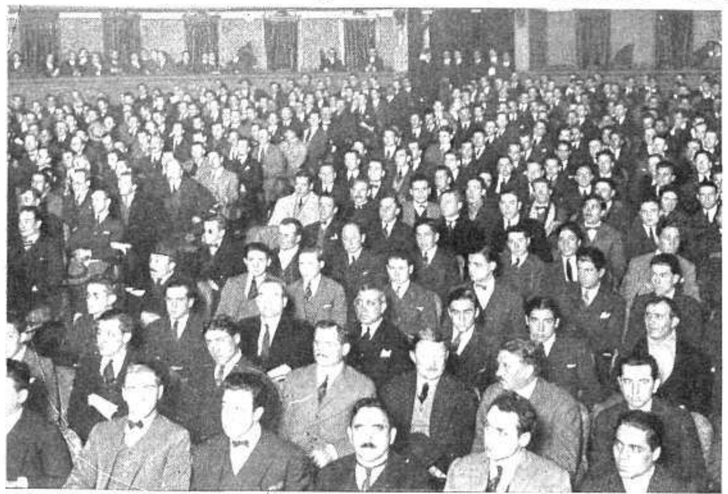
El obsequiado rodeado por un grupo de amigos y artistas que le ofrecieron un banquete en el Colegio Lacordaire, con motivo del premio que le fuera adjudicado en el X Salón de Acuarelistas.

Exposición de Beneficencia



El doctor Marcelo T. de Alvear, el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, el Ministro de Uruguay, doctor Muñoz y conocidos pintores extranjeros y nacionales en la inauguración de la exposición artística realiza a a beneficio de la Asociación de Hermanas Pobres Bonaerenses de San José, en el salón Florida 659.

Liga de Profilaxis Social



Aspecto de la sala del teatro Coliseo durante la conferencia llevada a cabo por la Liga de Profilaxis Social, benéfica entidad que realiza una excelente obra en lo que se refiere a la salud pública.



El doctor Alfredo L. Palacios, miembro de la junta consultiva de la Liga, y el doctor Alfredo Fernández Verano, presidente de la misma que pronunció una interesante disertación científica.

Festival danzante



Distinguidas señoras de la colectividad italiana que tuvieron a su cargo la organización del festival en pro de la "Società di Patronato e Rimpatrio per gli inmigrati italiani".



Interesante aspecto de la fiesta que se llevó a cabo en el Plaza Hotel alcanzando lucidas proporciones, y a la cual asistió una numerosa y selecta concurrencia.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

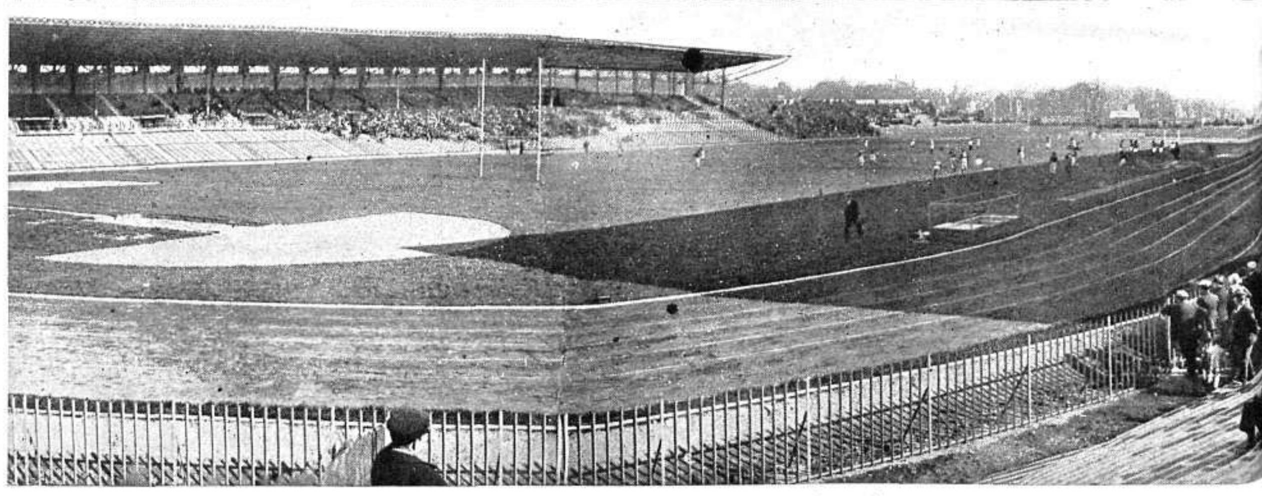
LOS JUEGOS OLÍM
CAMPEONATO



Lasserre, capitán del equipo francés.



El aguerrido team francés, que después de una serie de bien conquistadas victorias, sucumbió ante el cuadro norteamericano.



Vista parcial del gran estadio de Colombes durante el partido jugado entre los equipos rumano y francés.



Una incidencia del juego. Delantero francés atacando encabezando un avance de su cuadro.

CRÓNICA GRÁFICA DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL

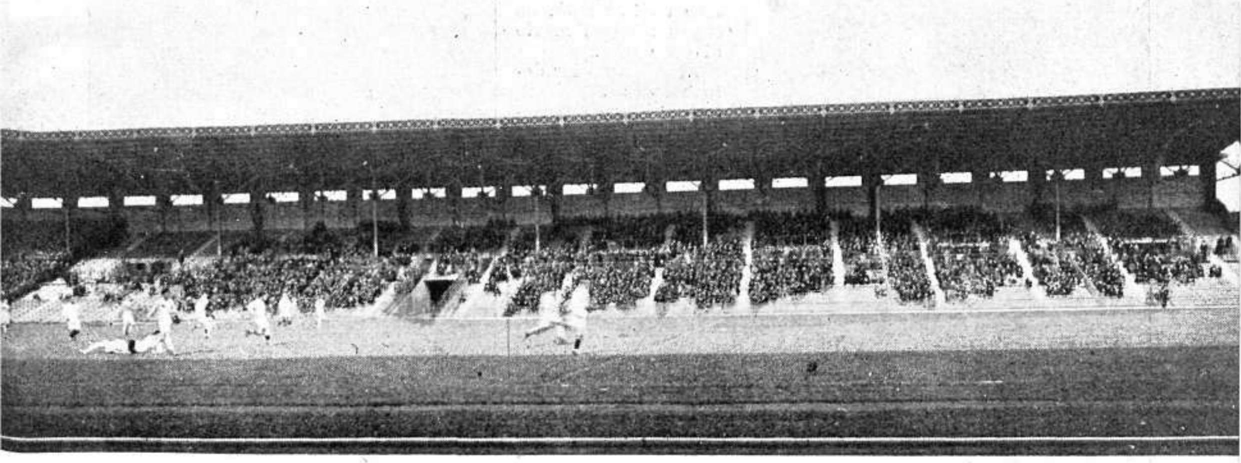
PICOS DE PARIS
DE RUGBY



Los componentes del excelente equipo norteamericano, que derrotaron al cuadro francés, clasificándose campeones olím icos



Ch. Slater, famoso jugador norteamericano, capitán del team.



Aspecto que presentaba una de las tribunas al verificarse el partido entre franceses y norteamericanos.



Behotegui, uno de los mejores jugadores tranceses, en el momento de señalar un tanto para su bando, en la brega contra los rumanos.

EN COLOMBES, VIZCONDE DE LASCANO TEGUI.

NOVELESCO SUICIDIO DE UNA ADIVINA


Nidia B. Ibetter de Nóbregas, la adivina suicida y su esposo.

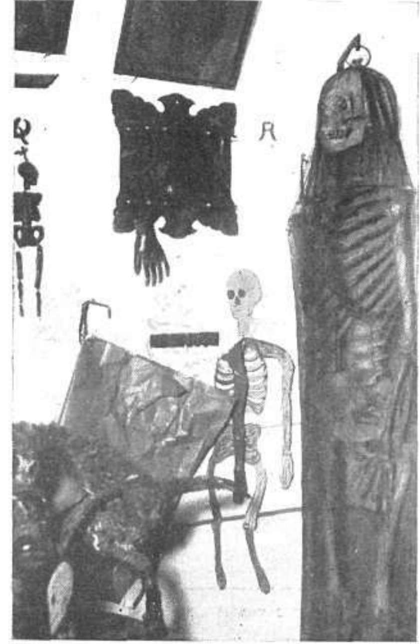
En la ciudad de Rosario ha tenido lugar un extraño suceso de lúgubre y novelesco final. Nidia Ibetter de Nóbregas, esposa de un ilusionista de feria, abandonada junto con dos pequeños hijos gemelos, por su marido, vióse en la necesidad de ejercer la adivinación para no caer en las garras de la miseria. Con ese fin, alhajó extrañamente su pequeña vivienda en la cual los macabros esqueletos, los cráneos, las colgaduras negras, las lechuzas de ojos incomprensibles, los rojos hornillos ante los que hacía sus conjuros secretos, eran parte de la decoración con que convencía a sus clientes del poder de sus aptitudes psíquicas de adivinación.

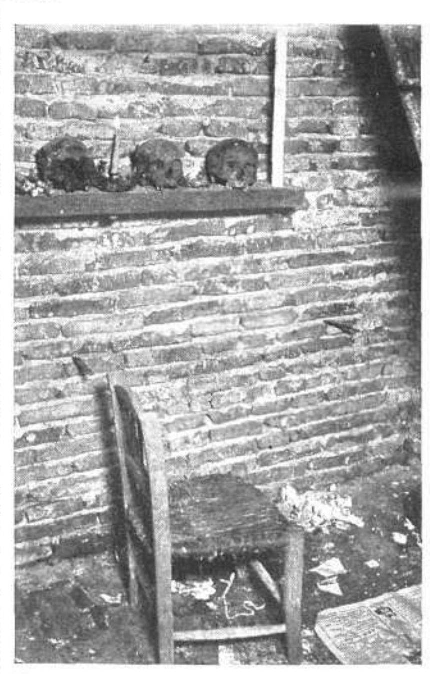
Cansada de la vida de privaciones y engaños que llevaba, y del abandono de su cónyuge, la adivina resolvió eliminarse del mundo de los vivos. Y acompañada, una mañana, por una vecina amiga, que nada sospechó de sus fúnebres propósitos, salió a comprar el arma y a encargar en una empresa su propio entierro, pidiendo al efecto un ataúd para una «persona de su estatura». De vuelta a su hogar y luego de asegurar la protección de sus pequeñuelos, encerróse en una pieza y se descerrajó un balazo en la frente, de cuyas resultas murió al poco rato.

Al ruido de las detonaciones acudieron los vecinos más próximos, quienes al penetrar en la pieza, se encontraron con el cuerpo de la infeliz mujer extendido en el suelo, debatiéndose en los estertores de la agonía y empuñando aún el arma.

Joven de buena presencia y excelentes sentimientos para sus convecinos pobres, a quienes ayudaba en todas ocasiones, la adivina que conjuraba los males ajenos, terminó con su vida en una forma propia de la imaginación de un exaltado novelista.


Ultima fotografía de la profetisa.


Rincón de la pieza donde trabajaba la adivina.


Un aspecto del sótano donde hacía sus conjuros


Los hijos mellizos de la suicida, con la señora María Marín de Barrera, que los recogió.


Sitio donde la "profesora de ciencias ocultas" cayó muerta.


Luisa Marín que acompañó a la señora de Nóbregas a estipular su entierro.

Atentados cometidos por un demente. Atacó a varias personas siendo muerto por un agente de policía.



Doctor Raúl Perazzo Naón, juez letrado de La Pampa, uno de los atacados por el demente.



Luis Sicca, empleado de investigaciones, herido.

En uno de los andenes de la estación Once del Ferrocarril Oeste un hombre, presa de un ataque de locura, armado con dos filosas navajas atacó a dos empleados de investigaciones que se acercaron a observarlo por indicación de otras personas. Cada vez más excitado y luego de herir a los citados empleados, el demente persistiendo en su ataque atropelló al doctor Perazzo Naón que se hallaba cerca de allí sin conseguir herirlo, por fortuna. El agente de policía Joaquín Pando que acudió al tumulto pretendió imponerse al loco desenfundando su revólver, pero viendo que este se le abalanzaba y que su vida peligraba, hizo dos disparos, hiriendo al furioso demente en la muñeca derecha y en el costado izquierdo cerca del corazón, causándole la muerte instantáneamente.

Con anterioridad a estos hechos, el demente había estado en la clínica odontológica de la calle Juncal 1421, y solicitando hablar con el profesional que la dirigía, pretextó tener varios encargos para él de parte de un pariente. Como la persona que lo atendió le manifestara que el facultativo no estaba presente en ese momento, Meier demostró una extraordinaria excitación nerviosa y volvió a insistir en que los asuntos que le llevaran allí eran de suma importancia y urgencia. Y como se le repitiera que el facultativo no estaba presente, el demente llevando al colmo su irritación tomó una silla y enarbolándola en alto destrozó cuantos vidrios encontró cerca, abandonando luego la clínica sin ser molestado en manera alguna.



Agente Joaquín Pando que dió muerte al furioso demente.

Alejandro Meier, el demente heridor.



Antonio Pernicola, empleado de investigaciones, herido.

Los autores de un importante robo de alhajas



Fernando Teleky, autor del robo de alhajas.

Fernando Teleky y su esposa Helena Horú, yugoeslavos, ingresaron al servicio doméstico del cónsul dinamarqués en Montevideo. En un descuido de sus patrones consumaron un robo de alhajas que luego fueron avaluadas por el damnificado en $ 11.000. Notificada nuestra policía del hecho, luego de una rápida pesquisa, los delincuentes fueron detenidos en ésta, pudiendo secuestrárseles la totalidad de las joyas robadas. Como ninguno de los dos ex domésticos poseía el castellano, se hacían acompañar por Fernando Schwartz, de la misma nacionalidad, a quien se le supone complicado también en el valioso robo.



Helena H. de Teleky, esposa del autor.



Francisco Schwartz, que actuaba de intérprete.

Misterioso atentado criminal



Reconstrucción del atentado de que fué víctima el chauffeur Murias. En el fondo se distingue la posición en que quedó amarrado después que los criminales destruyeron el coche.



El chauffeur Acacio Murias, víctima del atentado.

En la ciudad de Rosario, ocurrió un extraño hecho criminal que la policía atribuye a cuestiones de «maffiosos». Dos sujetos que ocuparon el automóvil de alquiler que dirigía Acacio Murias, lo hicieron detener en un paraje despoblado y luego de amenazar al conductor y atarlo a un árbol, rociaron el vehículo con nafta prendiéndole fuego en seguida. Cuando la policía acudió las llamas habían destruído por completo al automóvil.

EL GRAN DEBATE POLITICO EN LA CAMARA DE DIPUTADOS

RUIDOSAS INCIDENCIAS PROMOVIDAS AL TRATARSE LOS DIPLOMAS DE CÓRDOBA


Doctor Miguel J. Culacciati, presidente de la Comisión de Poderes, que aconsejó el rechazo de los diplomas de Córdoba.


Doctor Antonio De Tomaso, miembro de la minoría de esa Comisión que abogó la aceptación de dichos diplomas.

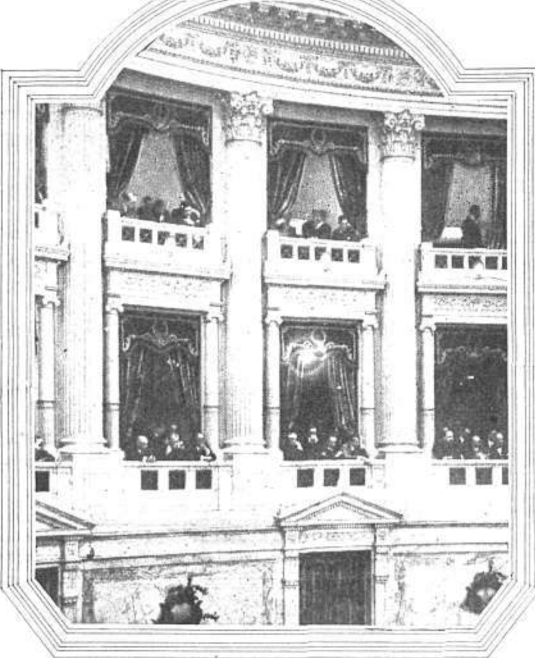

Doctor Manuel Peña, diputado electo por la mayoría demócrata cordobesa, que defendió la legitimidad de la elección.


Señor Ricardo Belisle, diputado electo por la minoría socialista de Córdoba, que también defendió la legalidad de los diplomas.


Animado aspecto del recinto de la Cámara de Diputados, durante el discurso del diputado radical doctor Raúl Oyhanarte.


Doctor Diego Luis Molinari, diputado radical, cuyo discurso político dió lugar a las ruidosas incidencias conocidas.

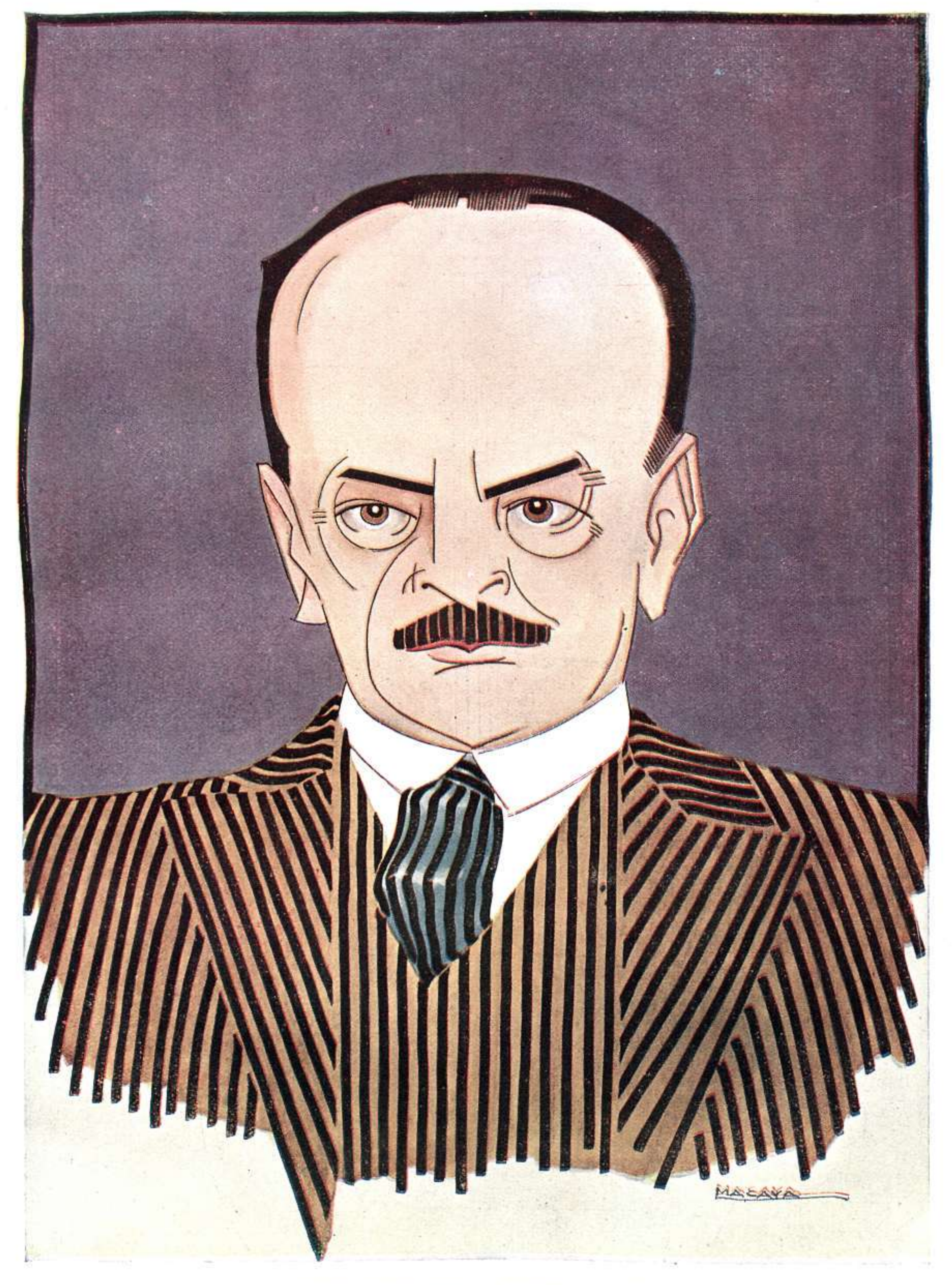

Doctor Lisandro De La Torre, que intervino en el debate defendiendo los procedimientos del Partido Demócrata.


Palcos reservados y oficiales, ocupados por conocidas personalidades de nuestro mundo político y gran número de damas.

FOTOS DE ARROYO


Doctor Rodolfo Moreno (hijo), que habló en nombre de los Conservadores refutando los cargos hechos en su contra.


Doctor Enrique Dickmann, cuyo discurso fué una defensa de las teorías sostenidas por el Partido Socialista.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

Doctor JUAN JOSÉ BRITOS (HIJO)

NUEVO JUEZ DE COMERCIO

POR MACAYA

MIEMBRO destacado del foro argentino, ha logrado llegar a ocupar el alto puesto, después de una larga y eficaz actuación en los tribunales de la capital.



Vestido en lana azul, con cinturón de "broderie" irisada.

Tapado de «feh» gris ardilla siberiana piel muy en boga.

Ultima creación vienesa realizada con piel de marta cibelina.

FOTOS DE CLAIRE PATEK

NUESTRA CORRESPONSAL EN VIENA

La Rosa de la Humildad

Junto al lago supremo de la vida
donde el dolor es agua de bondad,
entre las malas hierbas, escondida,
se abre la rosa fiel de la humildad.

Difícilmente la halla el peregrino,
y sin embargo, entre su sombra crece.
— En su violáceo fondo está el destino,
rosita de papel que no perece. —

Ella es la fuente de virtud infinita,
que convierte en su ingenuo amor de niño,
el ceñido sayal del eremita,
en la gloria de Dios, manto de armiño.

Cuando Francisco, el manso «poverello»,
en el martirio de su santidad,
quiso herirse en las zarzas de este suelo:
¡cada espina fué rosa de humildad!

Rosa preciosa y sabia, inagotable
vaso sutil de amor desconocido,
cuya esencia da vida perdurable!
— El señor en tu planta ha florecido.

Como la primavera halló en su hora,
al buen árbol oculto en la semilla
y le alzó de repente hasta la aurora:
así Dios, ha de alzar a quien se humilla.

Seré como varita del incienso
que ofrendando su vida en su perfume,
en delicado sacrificio inmenso,
incondicionalmente, se consume...

Y en la breve ceniza perfumada
que fué holocausto de mi voluntad,
he de hallar — claridad corporizada —
la rosa de la cándida humildad.

Fernán Félix  de Amador

Dibujos de Parpagnoli

HISTORIA *de* UN POLLITO BLANCO *y de* UNA GATITA NEGRA

POR

ARMANDO CASCELLA

QUEL segundo día de clase reservaba para la joven maestrita una alegre sorpresa. Le habían dado el pre-escolar, a su insistente y mimoso pedido y, gozosa, iba y venía entre sus chicuelos que, llorando la mitad de ellos y con cómicos pucheritos los otros, despertaban amorosamente su instinto maternal.

El día anterior había sido afanoso. Los pibes, repentinamente aterrados, se tomaban de las faldas de sus madres, sordos e insensibles a caricias y razones. Y el toque de la campana fué el preludio del más infernal bullicio que imaginarse pueda. Ya en la clase, y dominando el coro de lamentos, uno había, un rubiecito pequeño y regordete, de cabeza rizosa y ojos azules, que de espaldas en el suelo y completamente congestionado, chillaba como si le quemaran con hierro candante. La suave maestrita corría de uno a otro, besándolos a todos, acariciándolos y tratando de engañarlos un poco.

— Cállese, rico... Ya vendrá su mamita... Y usted también. ¿No ve que ha ido a comprarle un chiche? No se aflija... Quédese quietito... ¿Y usted? ¿Cómo su hermanito no llora? En seguida vendrá su mamita a buscarlo. No llore, no llore...

Pero inútil. Si alguno callaba, era para escuchar a otro que, espantado de pronto, rompía a chillar con renovados bríos. Hasta que por fin, desconcertada y niña, ella también se puso a llorar...

El director la sacó del apuro. Había acudido al ruido del concierto, demasiado persistente. La imponente presencia de aquel par de bigotazos negros, con las amenazadoras puntas apuntando al cielo, calmó de pronto a los niños. Es decir, los enmudeció de terror. Y entonces ella, más que con los recursos de la pedagogía, con su instinto de mujer, ganó para todo el año su atención y su cariño.

Y tan bien lo había logrado, que aquel segundo día de clase, al formar filas, se encontró con que todos sus chicuelos traían, muy serios y tiesos, un ramo de flores cada uno.

Eran para ella, seguramente, pero ninguno se las ofrecía. Envarados de pronto, sin moverse ni para atrás ni para adelante, aquella treintena de cabecitas morenas y rubias miraban a su maestra con esa mirada extática y dulcísima de los chiquillos, cuando algo les asombra sin causarles miedo. Tuvo que hacerlos sentar y preguntarles para quién eran los ramos que sostenían sus manitas, apoyadas sobre el pupitre. Ninguno respondió. Era evidente que todos trataban de recordar la frase que la mamá les había hecho repetir diez veces para que se la aprendieran de memoria. Pero a ninguno le salía. Miraban a su maestra, sostenían el ramo verticalmente, y ni una sola palabra.

Ella se dirigió entonces al primero de la fila, el más pequeñito:

— ¿Son para mí esas flores?

El pequeñuelo la mira un instante fascinado, y al fin, balbucea:

— Sí, señorita...

Ella le besa y le toma el ramo. Luego se dirige a todos:

— El niño que me haya traído flores puede colocarlas aquí, sobre mi escritorio... Uno por uno.

Uno por uno, pero se levantaron todos a la vez. Es decir todos menos uno. Aquel rubiecito regordete que se tiraba al suelo para llorar más a gusto.

La joven maestrita no cabía en sí de gozo. El pupitre de su escritorio desapareció bajo las flores. Sentía tentaciones de olvidarse de todo y ponerse a cantar y bailar por el salón para desahogar su alegría. Pero la seria actitud de sus discípulos, observándola atentamenmente, le hizo recordar que tenía más años de los que su carácter acusaba.

Recién al hacerles volver a sus asientos, observó que el revoltoso rubiecito era el único que permanecía sentado. Tenía un dedito en la boca y un no sé qué de penoso en la expresión de su carita, como si en su pequeño cerebro cupiera ya la idea de la mortificación.

La maestrita meditó un instante, imitando inconscientemente el gesto de su discípulo. Luego fué hacia él y lo besó en ambas mejillas. El corazón le había insinuado algo triste. Miseria, ignorancia, la madre enferma o cruel, alguna cosa. Pero no dijo nada. Lo besó y nada más.

Al día siguiente, tercero de clase, notó que algo raro le pasaba al rubio pebete. Permanecía de pie al lado de su banco y parecía no entender cuando ella le ordenaba que se sentara. Lo llamó.

— ¡Venga, Eduardito!... ¿Por qué no quiere sentarse? A ver, saque la mano del bolsillo. En clase no se debe tener la mano en el bolsillo...

El pibe la sacó, no sin dificultad, y se vió entonces que aprisionaba en el puño la cosita más blanca, sedosa y hermosa que se haya visto jamás.

— ¡Un pollito!

¡Adiós jerarquía! La maestrita se tornó de pronto más ingenua y mimosa que el más chico de sus pequeñuelos.

— ¡Un pollito!... ¿Y es para mí? ¡Qué ricura!... ¡Tiene hambre, pobrecito!... ¡Pí... pí... pí...! ¡Sí, mi lindo, sí... ¡Pobrecito!... ¿A ver la boquita?... ¡Tome, lindo, tome!...

Lo besaba, lo acariciaba, se encogía toda ella, como si quisiera tornarse tan pequeña como la plañidera avecita.

— ¡Pí... pí... pí!...

Era un pollito de dos o tres días. Un copito de espuma, con un par de ojuelos negrísimos y un piquito rosado que se abría acompasadamente para dejar escapar una conmovedora queja.

— ¡Pí... pí... pí!...

Y la clase, absorta, sin pestañear. Pasa el director y, sonriendo, observa la escena sin ser visto. Lo ha conquistado la gracia de la chica, pero es un deber amonestarla suavemente:

— ¡Señorita!... ¡Señorita!...

Los que la vieron pasar aquella tarde, llevando un ramo de flores enorme, no sospecharon por qué la mano en que llevaba los libros estaba tan cerca del mentón, ni por qué su cabecita completamente oculta bajo el ancho sombrero, se inclinaba tan amorosamente sobre el pecho.

La madre y la hermana que esperaban ansiosas en la puerta del hogar humilde, la interrogan:

— ¿Cómo te fué?

Están algo inquietas. Temen que no sea verdad que esta chicuela, a quien han mimado hasta ayer, sea la que aleje la miseria de la casa. Sobre todo, la odiosa costura de registro. Si resulta buena maestra (cosa que les parece un sueño) podrán mejorar la calidad del trabajo y, por consiguiente, los precios y la salud de las tres. De ahí la inquietud

— ¿Cómo te fué?

— ¡Figúrate, mamita!

Y, al decir esto, desparramaba las flores sobre la mesa.

— ¿Y esto?

— ¡Es un pollito!...

Y se pone tan orgullosa, como si su pollito fuera el más alto galardón de la escuela.

— Me lo trajo un chiquito así... como un angelito. ¡Si lo vieras! ¡Tan rubio y tan gordito! ¡Es una ricura, una monadita!...

No le alcanzan los adjetivos. Pero la hermana, aun no tranquila del todo, pregunta todavía:

— Pero, y el director, ¿qué dijo?

Ella entonces siente deseos de exagerar un poco, para asustarla.

— ¡Por esto! Me retó un poquito, pero se le pasó en seguida...

Al otro día, otra vez el aire de misterio en el rostro del chicuelo. Pero ahora, con una caja de cartón debajo del brazo. Y la misma obstinación en no querer sentarse.

— ¡A ver, Eduardito... venga! ¿Qué le pasa?

El pibe, sin decir nada, se acerca y le da la caja. Ella la abre y aparecen los ojillos asustados de un gatito.

— ¡Pobre Eduardito!... ¿Por qué ha traído esto?

Siempre el dedito en la boca y su dulce mirada de asombro. Pero nada más. Ella entonces se sonríe, le toca suavemente un hombro y vuelve a preguntarle:

— ¡Dígame, Eduardito!... ¿por qué lo trajo?

— Para usted.

La chicuela y la maestra sostienen una terrible lucha interior. No debe recibirlo ya, pero...

— ¡Señor director, señor director!

Lo ha visto pasar por el corredor y no ha encontrado otro recurso que llamarlo para que le ayude a resolver este problema no previsto por la pedagogía.

— ¡Señor! ¿Qué hago? Mire lo que me traen.

Y hay en su voz una mezcla tan cómica de desesperación y de deseo que el director no puede dominar la risa.

— ¡Mire que ojitos tan vivarachos tiene! Y es todo negro...

— Vea, señorita — dice entonces el director, tratando de no sonreir — ya observo que si no la dejo llevarse el gatito se enferma usted de pena esta tarde... Pero sería mejor preguntar a la madre del alumno, no sea que él lo traiga por su cuenta. ¿Dónde vive?

— Aquí cerquita, señor.

— Mándela llamar por el portero.

Coincidiendo con la hora del recreo, llegó la madre del rubio pebete. Una mujer del pueblo, joven y hermosa.

— Señora, discúlpeme que la haya hecho venir, pero usted ve... Ayer su hijito me trajo un pollito blanco... Hoy un gatito...

La buena mujer ríe alegremente.

— Recíbalos, señorita... Si no



mi Tito se pone malo. No admite que le rechacen un regalo.

—Sí, señora... Pero es que yo no puedo aceptarlos. Y usted podría pensar...

—Hágame el favor, señorita—atajó la mujer—de no pensar nada... Yo veo lo que trae y le dejo hacer... Es una manía que hasta ahora había tenido solamente conmigo. En adelante seremos las dos, señorita. Pero, figúrese usted que a veces estoy lavando ropa y él va y viene trayéndome todo lo que encuentra por el patio y él puede alzar. Y lo bueno es que no dice nada. Lo trae y espera...

—¡Qué chico!...

La madre está, evidentemente, orgullosa de esta condición de su hijo. Acaso porque deduce de ella una virtud. Conversan un rato más y se despiden.

—Cuídemelo, señorita... ¡Es tan sensible! Cuando me trae algún regalo de los suyos (un palito, una taza, cualquier cosa) y yo me hago la desentendida, es capaz de llorar tres horas... Así que ya sabe. Yo trataré de que no le traiga nada de valor, así usted no se ofende...

—¡Oh señora!.. ¡No es por eso! Pero usted comprende..

Y se separan. La madre contenta de la maestra que le ha tocado a su hijito, y ella, orgullosa de su gato, de su pollo, de su puesto y de su escuela.



La primera providencia fué adornarlos. Un moño rojo al pollito blanco y uno blanco al gatito, que resultó ser gatita. Pero, aunque quedaban lindísimos así, cambió de pronto de parecer y le puso el moño rojo al gatito y uno nuevo, celeste, al pollito.

—¡Pero, hija, dales de comer primero!..

—No; tienen que presentarse arregladitos a la mesa.

Y era verdad; arriba de la mesa, juntos a ella y esforzándose por hacerles compartir la cena.

—¡Tome usted, mi rico!... ¡Un poco de papita!... ¡A ver abra el piquito... así!... ¿Y usted monín? ¿Le gusta esto? ¡Qué comilón! ¡Tome, tome!...

Y todo esto sazonado con mimos, besos, caricias, reconvenciones. La escena más encantadora del mundo.

El gatito (llamémosle así, aunque era gatita) pronto se hizo dueño de la situación. Conocedor concienzudo de todos los rincones, corría de un lado a otro de la pieza como si nunca hubiera hecho otra cosa. Bastaba una bolita de papel, una pluma, un trapito, y ya era una de corridas, «tumbas» y piruetas, hasta no acabar. El pollito, en cambio, sólo era feliz cuando estaba su dueña. Pequeñín y lastimero, la letanía de su queja llenaba la casa.

—¡Pí... pí... pí!... Y era por esto el más amado. Ella lo ponía en su falda, se lo acercaba al seno. Y era de oir el dulce pído de satisfacción del polluelo al sentir la tibia caricia. La seguía a todas partes en la casa, y cuando ella preparaba ilustraciones para su clase, el plañidero pí-pí-pí de la avecita, paseando libremente por sobre la mesa, inundaba su corazón de ternura y de gozo.

Pasaron así dos semanas. Un día, ella tuvo que salir de mañana a buscar por las librerías una ilustración que le había recomendado el director. Volvió un poco tarde, pues era casi la hora de la entrada a la escuela. Iba a almorzar apresuradamente, cuando el gatito saltó sobre la mesa, reclamando su parte con un suave maullido. Se apenó de pronto.

—¿Y mi pollito? ¡Pobrecito! ¡Me había olvidado de él!...

Fué hacia su cama, donde guardaba en un rinconcito la cajita de cartón con varios agujeros, convertida en jaula para su pollito. Al verla, se estremeció de angustia. Estaba en el suelo, tirada a los pies de la cama. Algo se le quería romper en el pecho...

—¿Y mi pollito?

Un moñito celeste, estropeado y desecho, se lo explicó todo. Lloraba ya. Pero quería ver algo de él, alguna plumita. Lo encontró enterito, al otro lado de la pieza, debajo de un mueble. El gatito no se lo había comido. Lo había matado inconscientemente y había jugado con él como hacen los gatos grandes con los ratones. ¡Esto era todo!

—¡Malo, malo! ¡Gatito malo!

No quiso comer del desconsuelo. Pero lo que pesaba en su alma, más que el dolor de la muerte del pollito, era la primera perplejidad de las muchas que había de depararle la vida. Era esta incomprensible hostilidad entre sus dos amores. ¿Cómo amar ahora a su gatito, si él había muerto a su pobre pollito? ¿Y cómo hacer para odiarlo, si ella lo quería, a pesar de todo?

Ya en la escuela y frente a sus discípulos, todavía estas cosas bullían en su cabecita. Inocente hasta entonces, casi tanto como los pequeñuelos que tenía delante, advirtió de pronto, como en un abismo confuso y hondo, el dolor milenario que sostiene la vida. Más tarde, esto había de enseñarle aún otra cosa.

Pero ahora, con los ojos agrandados de asombro, permanecía muda y quieta frente a la mirada extática y dulcísima de los chiquilines, que la observaban en silencio, sin comprender.

Y de nuevo, el director que decididamente, prendado de la chica, rondaba la clase, tuvo que intervenir.

—Pero, señorita, ¿está aún pensando en su pollito?

Se estremeció como si despertara de un sueño. Y al volver a la realidad de las cosas, sintió de pronto un dolor tan agudo, que, olvidándolo todo, escondió la cabecita entre sus brazos y rompió a llorar, sin consuelo.



DIBUJOS DE PALACIO

UN DON JUAN



Braulio Figueras, socialmente considerado y visto por fuera, prescindiendo de la interesante observación de su psicología, es un admirable ejemplar de «ronde-de-cuir». Burócrata desde el alma, burócrata con amor, diríase que encuentra en la tarea más insignificante un motivo de preocupación. Para él la rutina no es tedio, sino constante preocupación.

Con su aspecto de súbdito extranjero, caviloso, los ojos asomándose por encima de los anteojos de aros platinados, con su semblante grave, sereno, imperturbable, tiene todo el aspecto de lo que las gentes llaman un hombre serio. Lo es, en efecto, hasta para el jefe, que jamás se permite hacerle una levísima advertencia. Nosotros, sin embargo, los que trabajamos con él a diario y tenemos con frecuencia la ventura de recibir sus confidencias, somos una miaja escépticos al respecto.

Sus confidencias... ¿Qué aventura, por intrincada que ella fuese, habrá dejado de contarnos este singular protegido de los dioses? Porque a hombre tan maravilloso no le bastaría un dios para vivir... Los lances sentimentales constituyen ya un hábito en él. Es casado, pero ¿importa algo eso? ¿Ha de achacársele la culpa de hallarse, joven todavía, «saturado de cónyuge?»

Ya lo advertimos en el brillo de los ojos, en la pagada sonrisa que se insinúa en sus labios cuando nos trae algún nuevo relato. Y es digna de asombro la naturalidad con que Braulio Figueras nos describe las cosas prodigiosas que le ocurren casi a diario. Extraordinarios devaneos audaces, escarceos galantes e indiscretos, horas perfumadas...

Mujeres de diversas índoles nos ha pintado en interminable desfile. Todas bellas, todas gentiles, todas adorables. Alguna, perversa... Y él, dominándolas sin esfuerzo, metiéndolas en pasión, mostrándoles la invencible prestancia de su individualidad indiferente, sin vehemencias y sin calor.

Los envidiables hechos que nos refiere a menudo le infunden una ligera vanidad. Vanidad perdonable, vanidad del hombre que, sin pedirle nada, ha recibido mucho de la vida...

Somos sólo unos cuantos los que sabemos que bajo ese vulgar semblante, bajo ese aire reservado y hosco, arde la lumbre agitada de un temperamento apasionado y donjuanesco.

Él, sin duda, agregaría con deleite: «Un temperamento de triunfador»...

Y en seguida, inquietamente, pensaría en su mujer, en su mujer adiposa que ha tenido la pésima ocurrencia de perder la gracia, la tolerancia y el silencio.

En nuestra oficina hay una empleada nueva. Se llama Ernestina Olivares, anda por filo de lo treinta y cinco y aun no ha perdido una expresión atrayente en el rostro oliváceo y fino. Habla poco, sonríe a menudo; no hay cosa que la saque de las cuatro líneas iguales de su carácter.

Braulio Figueras la mira con buenos ojos. Se almibara en cumplimientos, y a cada rato

le lleva expedientes, copias y cartas a contestar.

Días pasados, al salir de la oficina, me ha confesado, pidiéndome toda clase de reservas, que esa mujer tiene para él un encanto especial, que advierte en ella, tras la afectada liberalidad de mujer moderna, una gran viveza afectiva, cierta amorosa sensibilidad...

Vi algo en el tono con que me hizo semejante declaración que considero atentatorio contra la tranquilidad de Ernestina Olivares.

Luego hemos asistido todos a un hecho bien elocuente. La otra mañana, cuando la señorita Olivares llegó — como de costumbre, un poco más tarde que los demás — experimentó, a juzgar por su semblante, una pequeña sorpresa. Encontró sobre la mesa, junto a los papeles aglomerados en torno a la máquina de escribir, un pequeño florero con un ramo de violetas. No sé bien qué fué lo que hizo primero, si sonrió, si pensó; pero bien pronto nos interrogó:

— ¿Quién ha sido el de la gentileza?

Maquinalmente, todas las miradas masculinas se apoderaron de Figueras. Este, con una reverencia de alta comedia, respondió lentamente:

— Yo he creído que le sería a usted más... más agradable este ambiente con la presencia de esas humildes flores...

No hubo más que sonrisas interiores, irrespetuosamente picarescas. Ernestina Olivares pronunció dos palabras de agradecimiento, nada más que dos palabras, encerrándose después en un mutismo que no dejó de aterrarnos.

Y aquella misma tarde, mientras tomábamos el te, Braulio Figueras, aprovechando la momentánea ausencia de nuestra compañera de tareas, se sinceró y nos expuso todo un estratégico plan de batalla.

— Pues verán ustedes. Esa mujer ha tenido la poca fortuna de gustarme... Diría yo que he descubierto en ella cierta inclinación sentimental hacia mí, si no fuera porque he leído por ahí, no sé en qué libro, que aquél sagrado Voltaire creía ridícula tal afirmación en boca de un hombre. En fin, ¿qué les parece a ustedes? Creo que una aventurilla galante no estará del todo fuera de oportunidad... ¿eh?

Creció nuestra expectativa y seguimos escuchando:

— Me he trazado ya un plan, muchachos. Un plan admirable, digno del mismo Burlador de Sevilla... Escuchen. Dentro de algunos días, con una ingenuidad bien digna de mejor propósito, invitaré a esta joven a tomar alguna cosilla en cualquier confitería de barrio. Pienso que ustedes, como yo, la han de haber oído en más de una ocasión hablar de la fabricación doméstica de licores, etc. No ha de serle, pues, de todo punto desagradable hacerle honor a una copita de Chartreuse, o de Kummel, o de Cherri-brandy. Como esta señorita Olivares... tiene sus ribetes de liberal, aceptará. ¡Y ahí es la mía!... Al principio sus ojos tomarán cierto brillo... luego vendrá alguna animación, una ligera animación, se sentirá locuaz... perderá después deliciosamente la noción del medio... ¡Y sólo Dios sabe lo que vendrá después!

Alguien aventuró entonces una broma que destilaba ironía:

— Se convertirá usted, Figueras, en un traidor de opereta...

Y él, que tenía la endemoniada manía de tomarlo todo en serio:

— ¿Yo traidor? — respondió, preguntando. — No seré yo quien la traicione, sino el espíritu del alcohol...

Dijo tales palabras y adoptó una «posse» que bien pudiera ser del marqués de Bradomín. Nos miró con suficiencia, satisfecho del efecto que creía haber producido, tosió, y se quitó luego los anteojos para darles brillo con un trocito de gamuza.

En aquel momento entró en la habitación Ernestina Olivares y todos fingieron conversar de asuntos transcendentales.

YER por la tarde tuvimos poco trabajo en la oficina. Ernestina Olivares pidió permiso para retirarse temprano. Cuando Figueras la vió poniéndose el sombrero, tornóse pálido, cruzó un relámpago por sus ojos, y corrió él también — ¡quizás por primera vez en su vida! — a solicitar anuenncia para salir.

Quedamos sólo tres empleados, y no dejamos comentario por hacer. Sentíamos los tres una singular nerviosidad, como si nosotros mismos estuviéramos empeñados en algún lance de amor. Nos perdíamos en conjeturas; analizábamos — o tratábamos de hacerlo, al menos — la extraña psicología de Braulio Figueras. Pensábamos en el insólito equilibrio que él se empeñaba en evidenciarnos, ese equilibrio entre su seriedad burocrática, sus hábitos rutinarios, su mujer obesa y sus afanes tenoriescos. ¿Tendría, por ventura, algún fondo de verdad siquiera una, una sola, de las aventuras que nos tenía relatadas? En este punto, no obstante nuestra mejor voluntad, todos nos inclinábamos al pesimismo... Pero, ¿y este golpe de audacia que ante nosotros quería realizar ahora?

Notamos que sería de todo punto inútil seguir con nuestras ideas en aquel tema y recurrimos, para mejor disfrute del ocio, a cierto tablero de ajedrez cuya clandestina existencia se deslizaba en el fondo de un cajón.

Tiempo hacía que jugábamos y se acercaba ya la hora de salida, cuando oímos ruido y rumor de palabras en el pasillo. No es de imaginar la sorpresa que se posesionó de nosotros cuando vimos aparecer en el marco de la puerta a Ernestina Olivares y Braulio Figueras. Venían tomados del brazo y el aspecto de nuestro don Juan era inquietante.

Traía el sombrero colocado de través, la corbata desviada, la nariz bajo la forma de un capricho en rojo... Reía de manera singular, al tiempo que hacía esfuerzos sobrehumanos por permanecer erguido.

A su lado, Ernestina Olivares, un poco pálida, intimidada, nos miró como con temor. Después, dijo:

— Hace un rato, Figueras me invitó a tomar alguna cosa en una confitería... Entramos... y mientras yo pedía una copita de chartreuse, él pedía ajenjo casi puro. Después, sin atender mis palabras, bebió y bebió, hasta que lo vi ligeramente descompuesto... Me encontré en aprietos, y no sabiendo ni dónde vive, he tenido que traerle aquí en un coche...



DIBUJOS DE PALACIO

Capilla del Monte

Bartolomé Galíndez

Ilustración de Bigatti

obre los montes, rojos hotelitos que baña
el sol; el verdor vario que matiza la tierra;
una nube perdida que sirve de pestaña
al pueblo, y la alta cinta de la ondulante sierra.

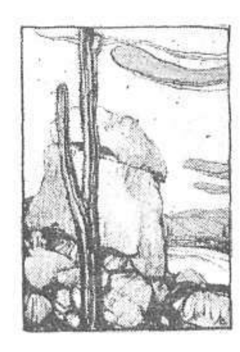
nvuelto con fragancias de menta peperina,
sobre su pedestal se levanta el Zapato.
¿Fué de alguna giganta de la época divina?
¿Lo perdió un dios indígena del tiempo de Kalato?

ntre la exuberancia de la vegetación,
brota un hilo de agua purísima y cambiante,
cae sobre el granito, que es cual su corazón,
y sigue serpenteando transformada en diamante.

ajo él murmura el río junto a las margaritas
esperando el estímulo de la copiosa lluvia,
y sobre el puente brotan las frases de las citas
mientras despeina el viento una cabeza rubia.

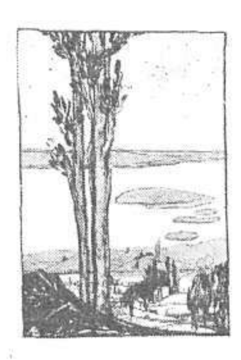
omo un titán de bronce que corta el horizonte,
se alza en la inmensidad majestuoso y bravío
el imponente monte
que orgulloso está desde que lo cantó Darío.

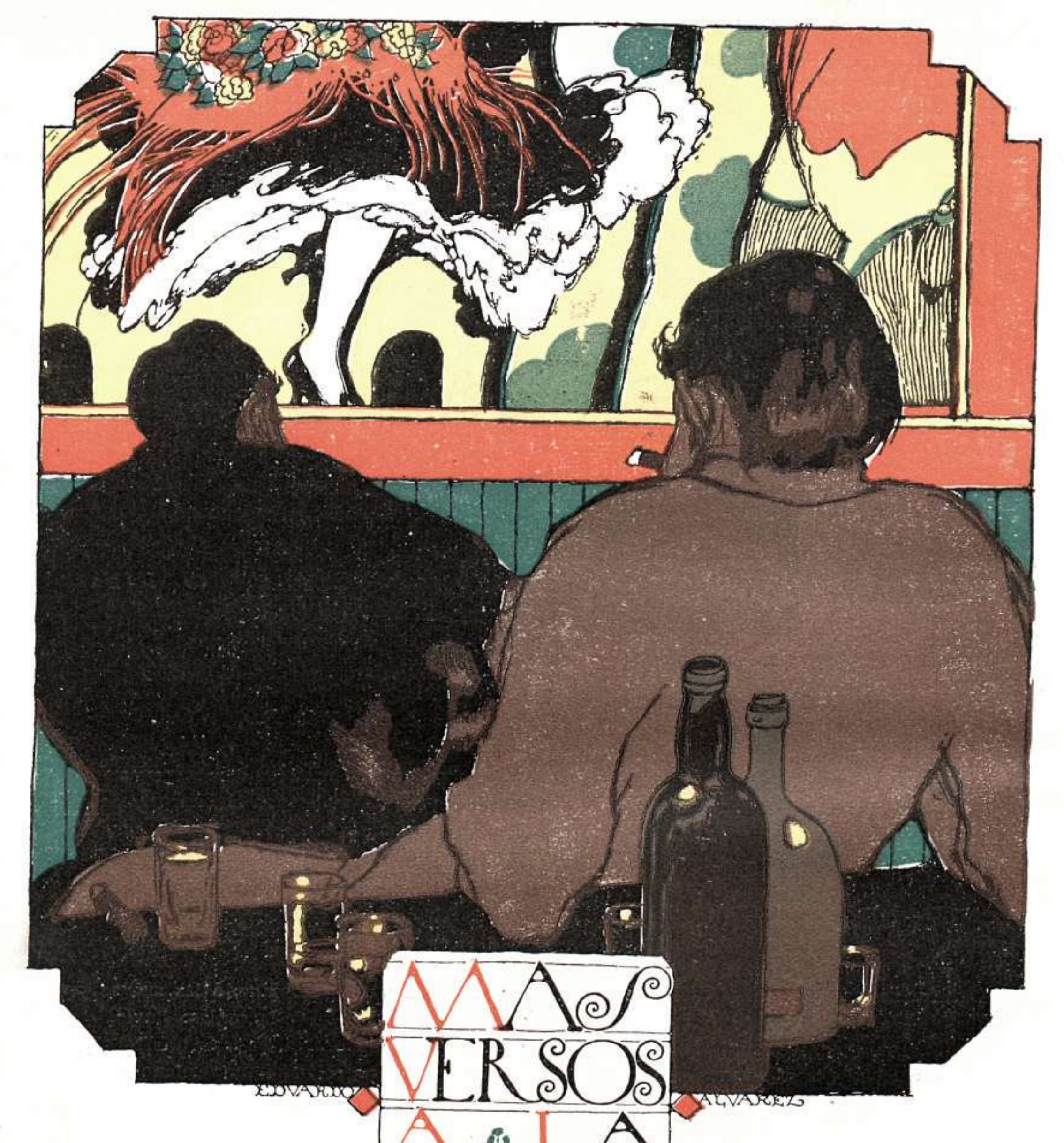
ángulo de piedra que da una impresión fosca;
dos paredes inmensas tapizadas de helecho;
la víbora del río que en las piedras se enrosca;
el sol como una lámpara y el cielo como un techo.



orría el manso río entre las piedras grises;
tú a mi lado buscabas la sombra de un arbusto.
Había en tus palabras melodías felices;
borrábase la inmensidad del monte adusto.

asta nosotros suave venía el rumor lento
de los cantos agrestes.
Te clavé la mirada y vi en ese momento
la malicia de púrpura de tus ojos celestes.





MAS VERSOS A LA HIJA DE LA TABERNERA

POR LUIS CANÉ

DIBUJO DE ALVAREZ

Me gusta jugar, beber,
besar, cantar y bailar;
que me den naipes, mujer,
guitarra, vino y lugar.

Capaz de jugar la vida
al destino y a la muerte,
en cuestión de tentar suerte
nunca rechazo partida.

Yo jamás mi sed abrevo
en agua de manantiales;
promesas matrimoniales
pagan el vino que bebo.

Si otros gimen con voz tierna
sus lamentos a la novia,
yo, cuando el pesar me agobia
canto alegre en la taberna.

Mi corazón da cantares
pueriles, vanos, ligeros,
que son como sonajeros
para divertir pesares.

La gente cuerda y fruncida
dice que soy insensato
porque me paso la vida
como si pasara un rato.

No tomo la vida en serio
ni vino en copa pequeña;
vida juiciosa o risueña
todo acaba en cementerio.

Bebo, bailo, juego y canto
donde me da gusto y gana;
prefiero el hoy al mañana
y la alegría al quebranto.

Le doy la vida al presente
como un presente a la vida;
si el amor me abre una herida
la cierro con aguardiente.

Y cuando algún desencanto
mi ensueño de cristal quiebra,
compro un porrón de ginebra
y así disimulo el llanto.

Página Infantil

Alberto Eulogio Biacchi Domínguez



Olinda y Raúl Córdoba Rocca



Gerónimo Matías Villa

LOS COLOSALES PROGRESOS DEL TRAFICO EN BUENOS AIRES



NUEVO SERVICIO DE AUTOBUSES RASCACIELOS

POR REDONDO



Un primer término del protagonista.

COMO LOS HOMBRES

El violinista eximio que amenizó la fiesta.

La mesa lista, y el "maitre" esperando a los comensales.



La suegra, admirablemente interpretada por Mad. Bulldog.

La bella Elena, elegante y graciosa perrita, primera novia de Jim Bull.

Mad. Cocó, una de las muchas invitadas.

Los esposos Elena y Wily, rival éste de Bull, y su cortejo partiendo de la plaza de la Villa, después del enlace.

Suponer en los animales aptitudes artísticas y más aun explotar el descubrimiento de tales aptitudes, es un hecho que se sale de lo común, al menos en los dominios del tablado de la farsa. Y, sin embargo, el hecho maravilloso se llevó a la práctica y un avisado «metteur» que no se arredró ante las dificultades del caso, consiguió disciplinar una variada hueste animal y hacerla filmar una comedia de amor humano... La naturalidad de los extraños actores sorprende y emociona. El odio y el amor, la hipocresía y el miedo, el



Fanchita en su traje de novia, ruborizándose ante el objetivo.

Uno de los convidados a la cena de Elena y Willy, el señor Pichón, saboreando un refrescado.

Chantecler, ya achacoso, necesita del despertador para saber la hora en que está por salir el sol.

Campeonato de riña entre gallos. Actúa de juez un perro y de jurado un conejo. Los espectadores siguen con marcado interés y alborozados, las incidencias de la pelea.

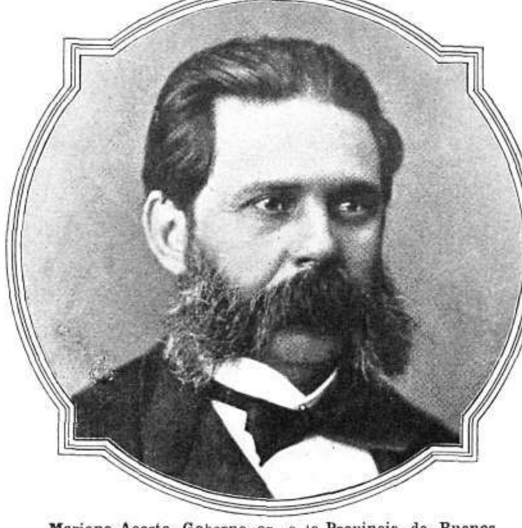
valor y la temeridad, el altruísmo y el hambre, son sentimientos que aunque privativos del hombre, tienen también un eco de comprensión en el espíritu de los animales. En este caso el avisado «metteur», quizá a pesar suyo, con un hondo sentido filosófico, dejó a sus actores accionar en plena libertad y solo las tiranías ineludibles del libreto pusieron un freno al arte natural... Con lo cual se nos prueba que también los animales son capaces de sentir el Arte...

CINCUENTENARIO DE LA ESCUELA NORMAL DE PROFESORES

1874 - 16 DE JUNIO - 1924



Don Adolfo van Gelderen, primer director. 1874 - 1888.



Mariano Acosta, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires y vicepresidente de la República, que firmó el decreto de creación de la Escuela Normal de Maestros.

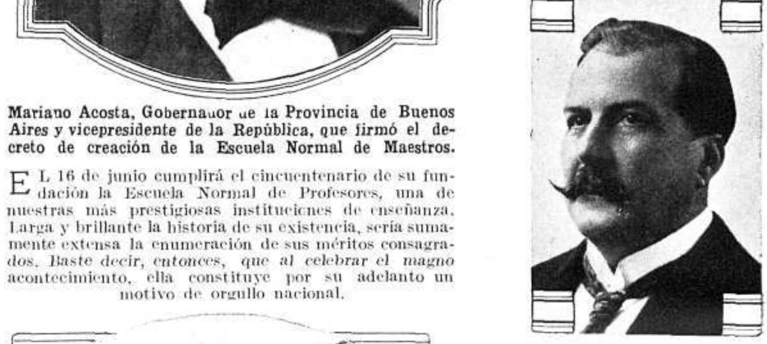


Doctor Honorio Leguizamón, director. 1888 - 1894.

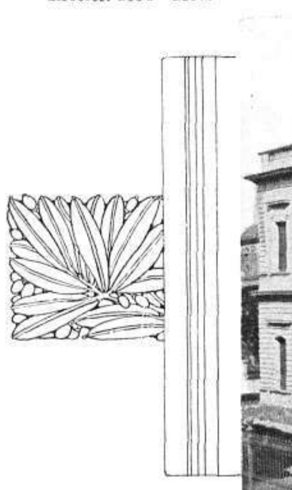
EL 16 de junio cumplirá el cincuentenario de su fundación la Escuela Normal de Profesores, una de nuestras más prestigiosas instituciones de enseñanza. Larga y brillante la historia de su existencia, sería sumamente extensa la enumeración de sus méritos consagrados. Baste decir, entonces, que al celebrar el magno acontecimiento, ella constituye por su adelanto un motivo de orgullo nacional.



Doctor Victoriano E. Montes, director. 1894 - 1897.



Doctor Clemente L. Fregeiro, director. 1897 - 1908.



Fachada de la Escuela Normal de Profesores.



Profesor Pablo A. Pizzurno, director. 1909 - 1911.

Profesor Alejandro Bergalli, director. 1911 - 1920.



Profesor Alfredo C. Villalba director. 1921.



Doctor Juan Luis Gonzalez Zimmermann, director interino. 1924.

NOTAS SOCIALES DE ROSARIO

RECEPCIONES EN EL JOCKEY CLUB Y EN EL CLUB ESPAÑOL



Señoras: Díaz de Britos, Fidanza, Schlesinger y señoritas Puig y Moglia, en el Hipódromo.

Señoras: Semino de Seheso, Morando de Argonz, Arteaga de Massot y otras.

Brillante aspecto de la sala del Club Español al celebrarse el baile de gala con que se conmemoraron las fiestas patrias.

Señoritas de Serrot, Etcheverry, Castagnino, y señores Pinasco, Márquez, Granadas y Prandi, en los salones del Jockey Club.

Conocidas familias que asistieron a la hermosa reunión con que la prestigiosa institución festejó la histórica fecha

TEATRO PORTEÑO

COMPAÑÍA NACIONAL DE GRANDES REVISTAS



AIDA MARTÍNEZ, TIPLE.

Con un éxito extraordinario de público, actúa en el teatro Porteño esta excelente compañía argentina de grandes revistas. Un bello conjunto de bonitas actrices, y una cuidada y lujosa mise en scene mantienen latente el enorme interés que el público demuestra por este género teatral, en el cual la alegría, los trucos escénicos y la belleza del sexo débil son sus elementos componentes.



MARCELO RUGGERO, PRIMER ACTOR.



IDA DELMAS, TIPLE.



PAULINA PIÑEYRO.



JOSÉ RAMÍREZ, PRIMER ACTOR.



ALFREDO CAMIÑA, PRIMER ACTOR.



INÉS MENRRAY.



MARÍA FITALIANI, CARACTERÍSTICA.



LEÓN M. ZÁRATE, ACTOR CÓMICO.



HORTENSIA ARNAUD, PRIMERA BAILARINA.



ARMANDA LAS HERAS.



VICTORIA CORBANI, TIPLE.



ENCARNACIÓN FERNÁNDEZ, TIPLE.



CRISTINA DÍAZ, TIPLE.



DORA MORENO.



BLANCA FARÍAS.



MECHA LEMUS.

LUCIA BESSÉ, TIPLE.



MARÍA DORMAL, TIPLE.



CELIA GÁMEZ, TIPLE.



MARÍA MARTÍNEZ.



SEÑORITA ROSA ORLANDO CALCAGNO CON EL SEÑOR RAÚL RUIZ MORENO, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.

Enlaces



SEÑORITA ESTHER MARÍA BRUZONE CON EL SEÑOR RAMÓN DONADEU, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.

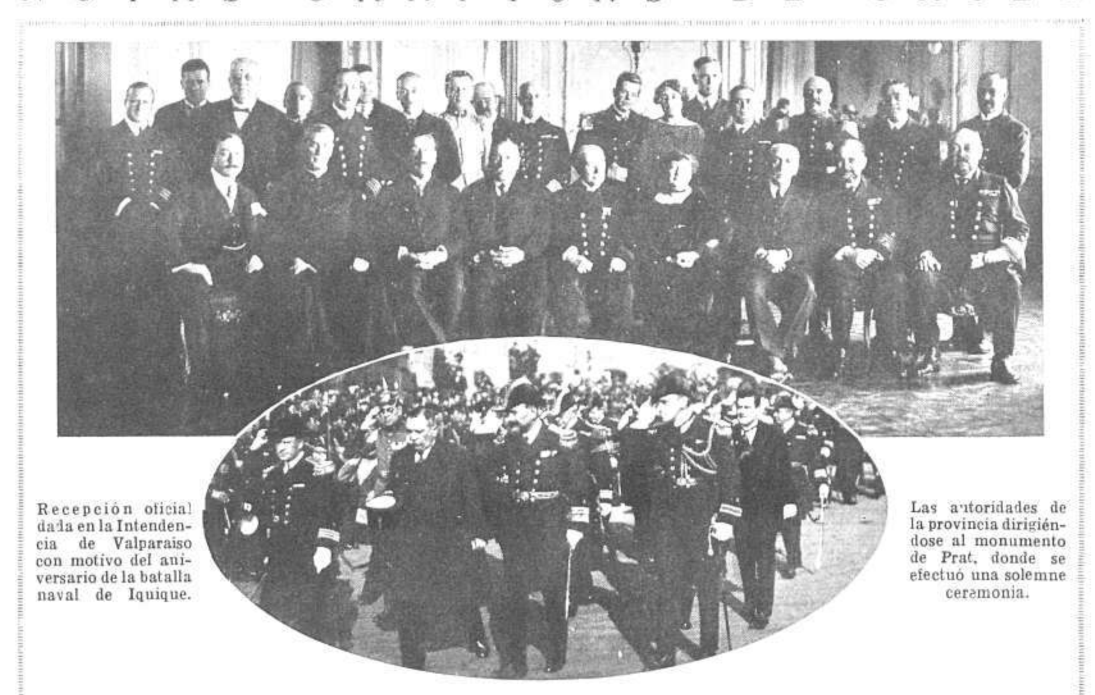


SEÑORITA MARIA ADELA GIMÉNEZ ZAPIOLA CON EL SEÑOR JOSÉ ANTONIO CAPDEVILA (HIJO), EN LA BASILICA DE LA MERCED.



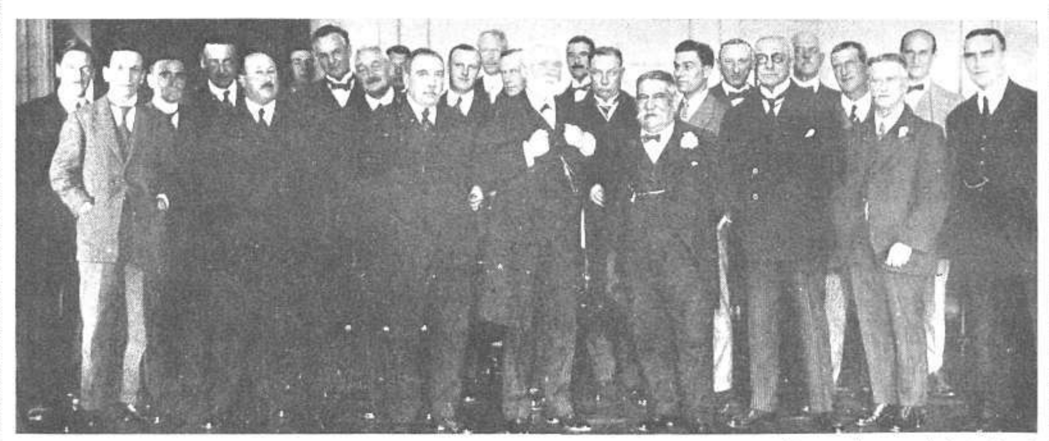
SEÑORITA SARA EMILIA NASSO CON EL DOCTOR ALEJANDRO DUSSAUT ETCHART, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.

NOTAS GRAFICAS DE CHILE



Recepción oficial dada en la Intendencia de Valparaiso con motivo del aniversario de la batalla naval de Iquique.

Las autoridades de la provincia dirigiéndose al monumento de Prat, donde se efectuó una solemne ceremonia.



Conocidas personalidades de Valparaíso rodeando al vizconde Lord Pirrie, en la reunión que se dió en su honor en la Intendencia.



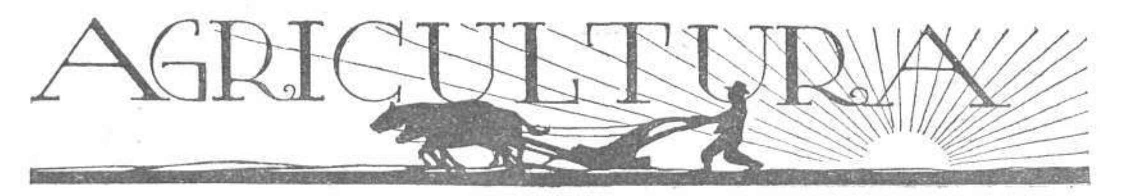
Teniente Tex Macley, que sufrió un grave accidente en el avión del crucero americano "Cincinnati", anclado en Valparaíso.



El aparato con la hélice completamente destrozada, colocado en un vagón después de la caída.



J. Bryant, acompañado del teniente Tex Macley, herido también de consideración en el lamentable accidente.



LA CARIE DEL TRIGO: NUEVOS MÉTODOS PARA EVITARLA

Formular cálculos para establecer los cientos de millones de pesos que se pierden anualmente en la Argentina a causa de la «carie», malamente denominada «carbón», que ataca al trigo, es tarea un tanto arriesgada y casi diríamos sin fundamento, por lo difícil de su comprobación; pero es innegable que los perjuicios son sensibles, por la merma del producto y por su depreciación. De ahí que desde que se hace agricultura, se haya tratado siempre de combatir la difusión del mal adoptando los diversos procedimientos que la experiencia y la práctica han enseñado, curando, como suele decirse, la semilla, antes de sembrarla a fin de destruír los esporos, o semillas, que determinan el desarrollo de la carie.



Curación de la semilla por el método usual del sulfataje.

El procedimiento más usual y vulgarizado en todas partes del mundo ha sido, hasta hoy, el sulfataje: se disuelve 1 kilo y medio de sulfato de cobre químicamente puro, en 10 litros de agua caliente y se agrega después 90 litros de agua fría, en una tina; se coloca el trigo en cantidad suficiente, para cada vez, en un canasto forrado con arpillera y se sumerge en la tina, cuidando de que todos los granos queden bien bañados, removiéndolos con un palito o con una cuchara de madera; después de cinco minutos de baño, se saca el canasto y se deja escurrir sobre otra tina vacía, mientras con otro se repite la operación del baño en la otra tina; el trigo escurrido se extiende después en un piso de tablas hasta que se *oree* bien y se pueda emplear; hay que advertir que el sulfataje es conveniente hacerlo por la cantidad de semilla que se necesita en cada vez, es decir, uno o dos días antes de la siembra, pues si se efectúa con muchos días de anticipación su eficacia viene a disminuír demasiado.

Algunos, para neutralizar la acidez del sulfato de cobre, por el temor de que pueda perjudicar el embrión de la semilla, aconsejan agregar al sulfato de cobre igual cantidad de cal viva, haciendo así un «caldo bordelés»; pero nuestros agricultores no siguen este detalle, antes bien, para hacerlo más rápido el baño, emplean las bolsas, en vez de las canastas, lo que por cierto no es nada recomendable.



Aparato para la curación "a seco": contiene una bolsa de semilla.

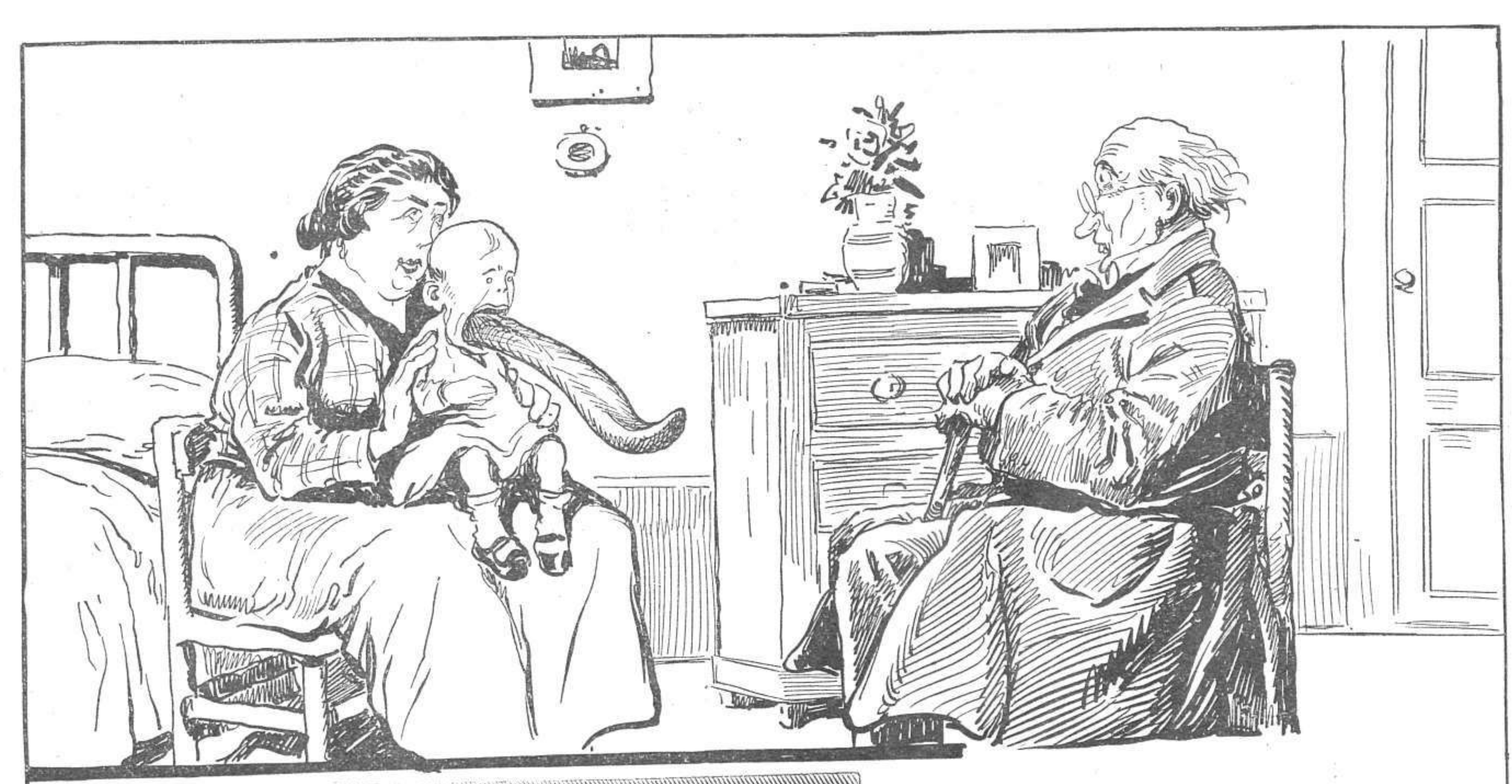
Pero desde hace dos o tres años a esta parte, se va preconizando en Europa, Norteamérica y entre nosotros también, un nuevo método llamado «a seco» por el cual se emplean polvos en vez de líquidos, para desinfectar la semilla de trigo; este procedimiento ideado en Australia, ensayado extensamente en Norteamérica, sobre todo en California, y propagado en Italia por el Prof. Strampelli, tiende ahora a difundirse en la Argentina, para lo cual el Ministerio de Agricultura de la Nación ha encargado a los Agrónomos Regionales, Escuela y Estaciones experimentales, lo hagan conocer a los agricultores, proveyéndoles de los elementos necesarios, polvo Caffaro y máquinas para emplearlo.

El método «a seco» es muy sencillo y consiste en espolvorear la semilla con carbonato de cobre o con polvo Caffaro, a fin de que quede bien adherido a la semilla y ésta quede desinfectada por su acción; en Australia, Italia y Norteamérica, después de rigurosas y difusas experiencias comparativas, efectuadas por Estaciones, Escuelas y Universidades, con resultados superiores siempre confirmados, se aplica ahora en vasta escala el método «a seco», el que, al parecer, favorece también la mejor germinación y aumenta la producción; el carbonato de cobre se emplea en razón de kgs. 2 y medio, por mil kilos de semilla, y el polvo Caffaro en proporción de 3 Kgs. por la misma cantidad; y se aplican por medio de un aparato, de un tambor giratorio, que contiene una bolsa de semilla, a la que se agrega 200 gramos de polvo y después de un minuto de darle vuelta la operación está concluída.

Comparando los resultados prácticos de los dos métodos, para curar la semilla de trigo tenemos que: el sulfato de cobre es de difícil dosage para el chacarero; es lento, pues dos peones en dos días apenas sulfatan mil kilos; no se puede sembrar en seguida la semilla; pierde su eficacia a los pocos días; y su costo es de $ 3.20 los mil kilos. El método a «seco», en cambio, es de fácil ejecución, de dosage seguro, rápido, pues con un pequeño aparato se curan 3.000 kilos por hora; no pierde su eficacia aun guardando la semilla curada mucho tiempo; es de empleo inmediato, porque no se moja la semilla; ahorra semilla porque no destruye el germen; su costo, con carbonato de cobre, que vale $ 3.— el kilo, es de $ 7.50; pero con polvo Caffaro, que vale 70 centavos el kilo, resulta a $ 2.10 los mil kilos de semilla curada.

He ahí, pues, esbozado el nuevo método de curación de la semilla de trigo contra la «carie»; todo es progreso en estos tiempos modernos y los agricultores no pueden substraerse a su benéfica influencia, so pena de quedar atrasados en su camino y perjudicados en los resultados económicos de su empresa.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO



NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

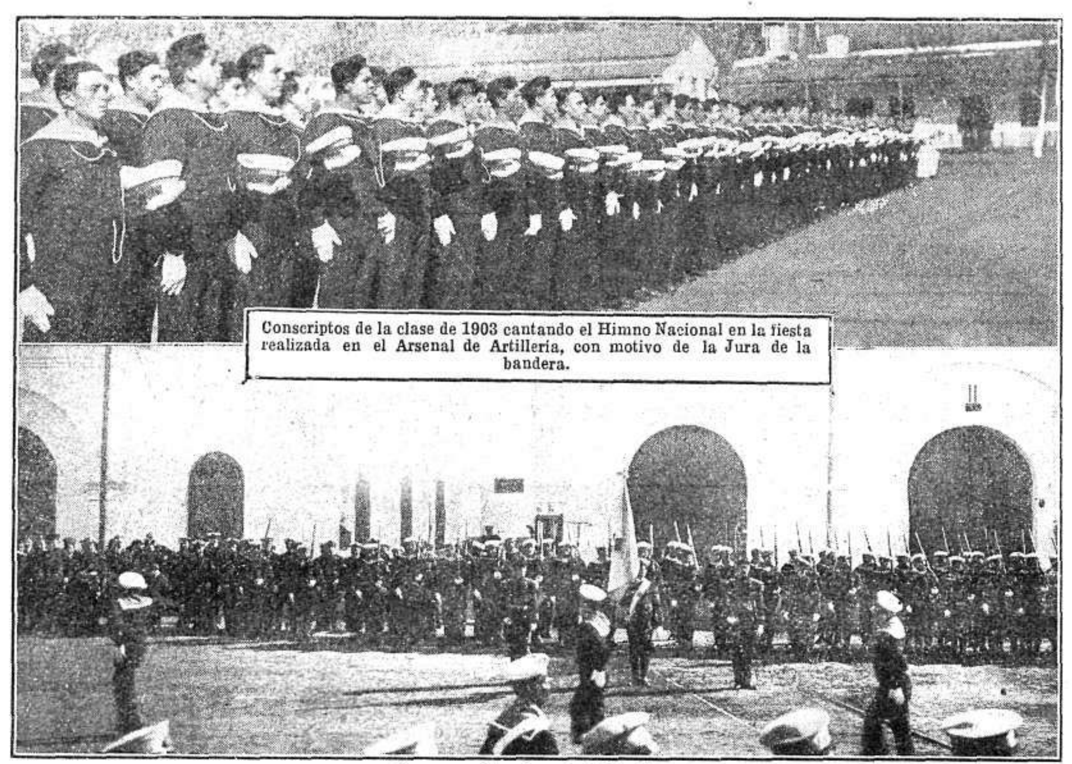
— Sacá la lengüita para que te la vea el doctor.
— ¡Es una monadita el nene! ¡Muy linda la lengüita! ¡Es una monadita!

De Mar del Plata

El Contraalmirante Fleiss, los capitanes Arnau, Castañeda y Guisasola, y oficialidad de los acorazados "San Martín", "Belgrano" y crucero "Buenos Aires", con el doctor Silvio Bellati, vicepresidente del Club General Pueyrredón, en el baile dado el 25 de Mayo.

Dos amenos rincones en los que se comentaba la interesante fiesta social que congregó un distinguido núcleo de familias.


El tocador es un mueble íntimo que tiene la virtud de revelar el grado de buen gusto y de refinamiento de las personas. Es fácil encontrar muchos tocadores **abundantemente provistos**, pero pocos **delicadamente dotados**. En los de esta última condición no deben faltar los artículos siguientes:
LOCIONES
CIELITO MIO y MARLISE
productos distinguidos, exquisitos y delicados, en sus diferentes estilos y de la más alta calidad en su perfecta fabricación.
POLVO CIELITO MIO
de clase superior y perfume original, delicioso y grato. El mismo artículo en forma compacta, elaborado en los colores blanco, rosa «brunette», mandarina, ocre, «rachel», etc., de fácil transporte y propio para la «toilette del momento, en paseos, fiestas y excursiones.
CREMA MENDEL
deliciosa e insuperable para el cutis. Es absolutamente invisible; suaviza, refresca y perfuma la piel, y su principal cualidad es la de impedir que la grasa brote en la epidermis.
COLORETES LISERON
en artísticas cajas metálicas, con cisne y espejito en su interior, de clase excelente y rico perfume y preparados en diversos tonos de color, perfectamente adaptables a todos los tipos femeninos.
LAPICES ROUGE
número 9, especiales, para los labios, dispuestos en lindos estuches de metal niquelado y particularmente recomendables tanto por su bello carmín, selecta calidad y delicioso perfume, como porque sólo valen $ 0.70, no obstante ser completamente iguales a los que se venden por 3 y 4 pesos.
Perfumería MENDEL
En Buenos Aires:
Calle GUARDIA VIEJA, 4439
En Montevideo:
Calle CERRITO, 673
En Rosario:
Calle ENTRE RIOS, 864
En Asunción (Paraguay)
Calle ALBERDI, 217



Conscriptos de la clase de 1903 cantando el Himno Nacional en la fiesta realizada en el Arsenal de Artillería, con motivo de la Jura de la bandera.

Los conscriptos jurando la bandera.



Callad que no se Despierte

Ha bebido su alimento en la fuente de vida que es el seno materno y queda plácidamente dormido.

NO LO DESPERTEIS: Durante ese sueño se desarrolla su organismo y adquiere mayor robustez.

Pero la madre debe atender en cambio a reparar las energías que su sagrada función le ha exigido, y a fortificarse para estar en condiciones de continuar su misión, sin perjuicio de su preciosa salud, que es la salud de su hijo.

Por eso muchas madres beben también una copa de **AFRICANA EXTRACTO DOBLE**, después de haber dado el pecho a su niño. Es una práctica saludable digna de ser imitada.

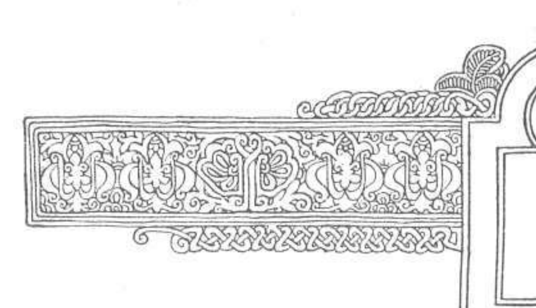
En la comida y a todas horas.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

Elaborado por la

Cía. CERVECERIA BIECKERT Lda.

SAN JUAN 3334 BUENOS AIRES



TRADICIONES

Por el DOCTOR

Mi dueña de casa es una señora bastante entrada en años, que viste siempre de negro, y lleva un sombrero negro también, que se parece a un nido de boyero pico blanco, hecho de cerda de caballo y aplicado de un manotón sobre la cabeza.

En punto a religión no transige, y para alquilarle el departamento tuvimos que hacer profesión de fe católica-apostólica-romana, pues de otro modo no habría habido caso.

A las cinco de la mañana, todos los días, tiene el heroísmo de levantarse y es ella la que abre el portón de calle para ir a la misa en la iglesia parroquial que, por suerte, no queda sino a pocos pasos.

El heroísmo ahora es relativo, pero en invierno y con los inviernos que suelen refrescar la «docta», francamente, levantarse a esa hora es una especie de martirio para una persona de edad.

La única coquetería que le queda son los impertinentes, que le sirven para hacer más penetrantes las preguntas que a veces suelta sin que nadie las espere y con el evidente propósito de pescar al incauto que no fuera listo en contestarle.

— No lo he visto nunca en misa, señor.

— ¿No me ha visto nunca?... Raro. Es que yo acostumbro ir a la de las 10 y media.

— Pero, ¿a dónde va usted? ¿A la iglesia parroquial?

— Según y conforme. No tengo que digamos, templo fijo. Según como viene. La cosa es no perderla. ¡Con su permiso, señora!

— ¡Usted lo tiene!

Y me sigue mirando con sus impertinentes, mientras voy subiendo la escalera. Esa mirada llega a dar una sensación física como de algo que penetra aquí, entre las espaldas.

Y entonces doy las disposiciones del caso para evitar inconvenientes.

— Háganme el bien ustedes, siquiera por turno; déjense ver uno que otro domingo en San Bartolomé.

La vieja ejerce un control severísimo y es mejor evitar historias. No olviden que nos tomó por norteamericanos protestantes y no quería alquilarnos la casa. Para ella Norteamérica es toda América.

En estos días la inquisición recrudeció.

El departamento de la señora, que queda en el primer piso, está hecho un cambalache. Todos los muebles al aire y amontonados en parte en el descanso de la escalera, tanto que tuve la impresión de que se había mandado mudar a otra parte.

Dos apuestas sirvientas, morrudas, gordinflonas, frotan violentamente los pisos, quedando en una postura que indudablemente es panorámica, pero que debe resultar cansadora.

— ¿Qué pasa? — me animé a preguntar a una de ellas, la que me pareció la más fatigada.

— Limpieza general... Son los días peores para nosotras.

La vieja, que vigila también la virtud de las personas que tiene a su servicio, debió alarmarse por el diálogo en que se alternaban una voz masculina y otra femenina, y apareció con los inseparables impertinentes:

— ¡Oh, señora! ¿Cómo le va? ¿Están de limpieza general?

— Se aproxima la Santa Pascua y es costumbre preparar la limpieza del alma con la del hogar en que vivimos. Supongo que ustedes también...

— Naturalmente. Ni que hablar...

— ¿En América no acostumbran los sacerdotes a bendecir las casas?

— Síii... ¡Cómo no!... Creo que en todas partes pasa lo mismo. Puedo asegurarle que en Buenos Aires es una tarea nada envidiable la de recorrer todas las casas y echarles la bendición a cuantos departamentos existen. Cuando usted sepa que en ciertos palacios hay de cincuenta a sesenta departamentos, podrá darse cuenta de la verdad de lo que le digo. Un verdadero *tour de force*...

— ¡Qué barbaridad! ¿Y es grande como la nuestra la ciudad ésa?

— Por ahí anda... Algo más tal vez.

— ¡Qué trabajo para los pobres misioneros! ¿Son los salesianos, es cierto, los que convierten a los infieles de allá?

— Todo el mundo está convertido desde hace tiempo... Sí...

Pero me parece haber leído en el boletín de *Propaganda Fide*, que en la Patagonia...

— ¡Ah!, pero la Patagonia, señora, queda mucho más abajo. Nosotros tenemos nuestro arzobispo.

— ¡Monseñor Cagliero! No..., espere. ¡Monseñor Costamagna!...

— Ni el uno, ni el otro. Era monseñor Espinosa hasta hace poco, pero murió. Argentino, nacido allá... Y cada provincia cuenta con un obispo propio. Exageré un poco el número de los obispos, pero me vino bien para darle a comprender a la señora que, al fin y al cabo, no éramos tan pobres de pastores espirituales como ella suponía. ¿Habrá sido por la noticia? El hecho es que me pareció que me mirara menos rabiosamente que de costumbre.

— ¡Cuánto me alegro!..

— Puede alegrarse de veras. Diga la verdad, señora, ¿usted me ha visto cara de hereje?

— ¡Qué esperanza! Si así fuera no le hubiera brindado mi casa.

— Vamos: eso del brindar me parece... Me la ha brindado mediante el correspondiente alquiler. Todos los dueños de bienes inmuebles acostumbran a brindar por el estilo de usted...

— ¡No diga eso! Yo prefiero quedar sin inquilinos, pero...

— Bueno, señora, porque Dios le ha brindado a usted mucha plata... Diga la verdad. Si necesitara, tendría que hacer callar sus sentimientos por respetables que fueran...

— ¡Dios me libre!...

— Bueno, no hablemos más. Perdone si bromeando le he dicho esto.

La mirada de la vieja se volvió rabiosa.

Sobre este tema no transigía. Apuntó con insistencia los impertinentes y......

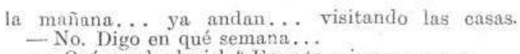
— ¡Cuénteme algo! ¡Son interesantes las noticias de allá! ¿Cuándo empiezan la recorrida de los hogares los sacerdotes?

— Temprano, señora... Temprano, a las siete de



SIMPÁTICAS

A. VACCARI



la mañana... ya andan... visitando las casas.

— No. Digo en qué semana...

— ¿Qué puedo decirle? En esta misma semana.

— Entre nosotros no. Es en la Semana Santa.

— Está bien. Pero comprenderá que Buenos Aires es muy grande y para concluir en una semana solamente tendrían que pegar una caminata muy... Hacen falta unos quince días por lo menos... Por lo menos ¡Y eso!...

— ¿Acostumbran allá también a comer carne de cordero el día de Pascua?

— ¿Cordero? También.

Hubiera querido decirle que tenemos un Cordero no comestible, pero que inexorablemente todas las semanas de Pasión repite el espectáculo del Misterio del Gólgota, pero no habría comprendido.

— ¿Y los huevos? ¿Acostumbran allá?

— Puede imaginarse. Todo el mundo consúmelos de chocolate...

— ¿Y no los pintan en colorado? Aquí va a ver usted qué canastas de huevos cocidos y pintados exponen en las vidrieras.

A pesar de su exterioridad bastante mundana, Bolonia en estos días parece entregarse a la penitencia. Todas las casas huelen a petróleo, pues con este líquido frotan los pisos de ladrillos. Las mujeres, con un pañuelo apretado alrededor de la cabeza, de pie en las ventanas, limpian los vidrios y pasan la esponja a las persianas.

En los cuartuchos donde se amontonan valijas y baúles, está atado el corderito, que deberá ser inmolado, según la tradición, para recordar el sacrificio del Redentor.

Los niños y hasta los adultos se hacen amigos del pobre cordero, que ignorante de lo que le espera, agradece la comida que le dan y llama asustado por el encierro y los ruidos descomunales que a veces oye a su alrededor.

Viene el día destinado al sacrificio y no hay quien se atreva a hundir el cuchillo en el pecho del animalito.

— Yo no lo mato... Mátalo vos.

— ¿Yo? ¡Qué esperanza!... No comería ni gallinas si tuviera que matarlas.

— ¿Y entonces?.

Entonces se manda a buscar a cualquier pobre diablo que tenga cara de no horrorizarse por la sangre... A veces es el carbonero, otras el carnicero de enfrente, que suben y degüellan al corderito, mientras alejan a los chicos para que no asistan a un espectáculo nada simpático por cierto.

Por fin, cuando la operación ha terminado, las criaturas vuelven y empiezan a compadecer a la víctima.

— ¡Pobrecito! ¡Mira cómo está hecho! ¡Cuánta sangre! ¿Está muerto ya?

Y la curiosidad hace callar muy pronto el primer instintivo movimiento de disgusto.

Por otra parte, ¿cuál es el ciudadano que se atrevería a pasar el día de Pascua sin comerse una costilla de cordero? Por librepensador que pueda sentirse un ciudadano de la «docta», la vigilia de Navidad y el Viernes Santo los dedicará a indigestarse con frutos de mar.

La tradición ejerce su peso. Estos ayunos y vigilias han sido talmente suavizados con el arte de una cocina sin igual en Italia, que el periodo en que habría que abstenerse de toda alimentación, sirve de excelente aperitivo para el ataque gastronómico que se llevará más tarde a los pescados, condimentados según las recetas más delicadas, en cuya preparación se luce la dueña de casa.

El día en que los sacerdotes vienen a bendecir el hogar, la mesa del comedor presenta un aspecto imponente.

Un mantel «cándido», bordado, ribeteado con puntillas de hilo, cubre la mesa, sobre la que yacen, con las patas al aire, las gallinas y el corderito, entre violetas y flores de la estación.

Los dulces, el pan, la sal, el aceite, rodean los montones de carne y simbólicamente transmitirán la bendición que reciben a los más dulces, panes, aceites y sales que vendrán después.

La familia está en un continuo alboroto, hasta que el sacerdote no haya entrado para realizar la ceremonia.

Los chicos van y vienen de la puerta de calle:

— Recién acaba de subir a lo de la vecina de enfrente.

— Bajan... Ahora bajan... Ya vienen...

Falsa alarma. Entra primero en otra puerta, con el consiguiente malhumor de los que esperan con tanta ansidedad. Por fin, se hace paso al cura que, seguido por un monaguillo, entra sonriendo a todos.

Los chicos se arrodillan, los viejos besan la mano y luego todos se disponen alrededor de la mesa, donde los comestibles esperan la bendición de ritual.

Una de las preocupacioness más grandes de la gente menuda es saber cuándo deberá contestar «amén», pero, por suerte, está el monaguillo que lleva la batuta y sirve de maestro de ceremonias.

Luego, la comitiva atraviesa todas las piezas limpias, flamantes, donde el aire está impregnado de un característico olor a «lavanda», una hierba que no recuerdo haber visto en la Argentina y que se coloca entre la ropa blanca para darle perfume.

— ¡Amén, amén!

La ceremonia es muy breve: el sacerdote se dirige hacia la puerta de calle mientras el monaguillo recibe en una enorme canasta unas cuantas docenas de huevos frescos, obsequio de los dueños y adentro del recipiente del agua bendita unas monedas también, que van a beneficio de los pobres de la parroquia.

Si no fuera por el detalle de las víctimas que son sacrificadas para celebrar la Pascua, esta ceremonia resultaría en extremo simpática.

Tan cierto es que el hombre es un animal inteligente.

Pero tendrá que pasar tiempo antes de que los hombres se convenzan de que pueden prescindir de la carne de los animales para vivir.

Hay quien no cree haber almorzado si en su mesa no figuró un bife a caballo, y la mayoría está convencida de que una taza de caldo es el non plus ultra de los reconstituyentes.

Los médicos han empezado la tarea de inspirar horror a la carne, como ya han contribuído a disminuír la tendencia a las bebidas alcohólicas.

Pero antes de que tan arraigada costumbre desaparezca, tendrá que pasar tiempo.

Mientras tanto, la Resurrección del Salvador del Mundo, del Maestro de Compasión, se celebra con una carnicería más intensa que en los demás días del año.



De Saladillo



Alumnos de las Escuelas locales y parte del público que asistió a la hermosa fiesta patriótica realizada en esta localidad el 25 de Mayo.

ADVERTÍ EN ALGUNOS SABIOS...

Advertí en algunos sabios el candor de los niños, y todos los días vemos ignorantes que se consideran el centro del universo. Esta es la ilusión común. Hasta el barrendero de la calle la siente como todos, y se deriva de que sus miradas redondean en torno suyo la bóveda celeste y le dejan por lo tanto, en el centro del cielo y de la tierra. Acaso los que meditan mucho destruyen este error. La humildad, que no abunda entre los doctos, aun es menos frecuente entre los ignorantes.

ANATOLIO FRANCE

La pequeña propiedad pasa por fuertes y dominadores. El pobre renuncia a asegurar la paz de su vejez.



Componentes del cuadro dramático local "Florencio Sánchez" que tomaron parte en la velada artística realizada con brillante éxito en esta localidad.

LA PESCA CON BOMBA

Desde los tiempos de la Edad de Piedra nada menos, la pesca se ha basado siempre en el uso del anzuelo. También es antigua la pesca con red. Pero ahora hay un sistema nuevo inventado por los americanos. Ya no hacen falta redes ni anzuelos: se pesca con bomba.

El barco pesquero lleva a popa y a proa un tubo absorbente que se vacía en un tanque y que mediante una bomba centrífuga absorbe catorce toneladas de agua y peces por minuto, todo lo cual va al tanque en el que queda retenido el pescado y el agua se va. El sistema es sencillo y extraordinariamente eficaz, porque si el barco tropieza con un banco de sardinas, por ejemplo, puede recoger más de dos toneladas por minuto.

El Chocolate

GODET

no es uno de los tantos.

A. GODET

Godet es un producto que desde muchos años se ha impuesto por su CALIDAD; su sabor exquisito y su valor nutritivo insuperable, lo han hecho el preferido de las personas de paladar delicado.

G O D E T

Extra (papel bronce)

EL BOMBON DE LOS CHOCOLATES

Otros Gustos:

Godet Fino (papel amarillo). **Godet Especial** (papel verde).

Daniel Bassi y Cía. Bmé. MITRE, 2538 - 54 BUENOS AIRES

BREYER

ESTE ES EL PIANO
QUE A VD. LE CONVIENE
COMPRAR

VENTAS LIBERALES A DOS AÑOS DE PLAZO

CONSULTE NUESTROS PRECIOS

SOLICITENOS CATALOGO Y CONDICIONES

BREYER Hnos.
FLORIDA, 414 — BUENOS AIRES

SUCURSALES en
CORDOBA — TUCUMAN — PARANA —
LA PLATA — BAHIA BLANCA — MENDOZA

EL TERCIOPELO

POR

LUZ Y SOMBRA

TERCIOPELO que vistes a la mujer, las fieras y las flores! ¡Pequeño copo de plumaje del que brota el canto del ruiseñor, ala brillosa de las mariposas, hoja de rosa que vuela y palpita, sérico abrigo del furtivo ratoncito, pelo suave y reluciente del ondeante felino, bóveda azul e impenetrable de la noche salpicada de oro; arena dorada de la playa en la que se hunde el pie, mar con franjas de plata desgranándose sin fin; gélida nieve altanera, húmeda alfombra de musgo bajo los grandes árboles del bosque, río que perezoso desenrrolla su larga cinta, nubecilla deslizándose en el cielo, suave piel de durazno apeteciente como las mejillas de una bella mujer; cabellera perfumada y sedosa entre el vuelo de los encajes del lecho, regio manto de flores exóticas, verso armonioso, cutis de mujer!»

Así canta un poeta del telar, el elogio de esa maravilla y ambición de todas las mujeres, el terciopelo, al que mal sienta la vulgar definición de género, y, por el cual, un poeta futurista gastaría otro elogio, más breve y quizás más cortante: «¡Escalofrío del telar!»

Mientras tanto, estamos todos de acuerdo en reconocer que de cuantas cosas fueron inventadas para el placer femenino, el terciopelo es la mejor. Todos han observado el incomparable realce que da el terciopelo al cutis femenino; pero no es por eso solamente por lo que las mujeres le aman. Es también por cierta voluptuosidad, el mismo placer táctil que Mantegazza ha observado en algunos al pasar suavemente la mano sobre la seda o el terciopelo, y que la mujer experimenta al llevar un vestido de terciopelo o de seda. Difícil sería detallar mayormente esta sensación que casi todas las mujeres conocen, y ninguna confiesa; pasemos por alto, pues, y vamos al grano.

Mientras que, aun estando en favor muchos modelos de terciopelo bordados de acero, el vestido de noche se mantiene preferiblemente fiel a las sedas, los «crépes» y los «lamés», vemos ricos y novedosos terciopelos trabajados en los abrigos de día y de noche. Es éste el género más apropiado para un tapado, porque permite una riqueza de vuelo sin pesadez. Además, se ha fabricado para este uso un terciopelo casi tan liviano como el «crepé Chine»: hay liso, «frappé» y cincelado. La capa de noche es con frecuencia de terciopelo liso, larga y envolvente, y casi siempre enriquecida por bordados plateados, además de la indispensable profusión de pieles. Se trata de acrecer la riqueza de esos abrigos cortando en el género dos o tres grandes volados en forma, que como ya se ha dicho, vienen adornados por el bordado y bordados de piel. Para forrar estas capas se emplea el mismo terciopelo en un tono diferente, o se elije un «lamé» como el llamado «lamé marbré», tan bonito y novedoso, que es una gasa «lamé» en oro y acero, cubierta de «motivos» cuyos colores, combinados con arte, reciben del metal unos reflejos elegantes y discretos al mismo tiempo. Es precisamente la unión de estos «lamé» iridiscentes con el terciopelo liso, la mejor de las armonías. Cuando el abrigo es de gasa «lamée» con motivos de terciopelo, el forro es de terciopelo liso de color claro. Hay terciopelos de «Chine» estampados con colores risueños, para forrar tapados en «vellor» o «jaspellor». La moda que permite forrar un abrigo con el mismo género del abrigo mismo, ofrece la posibilidad del «tapado reversible» ya de moda otro invierno.



Tapado de terciopelo «chiffon» estampado y piel de «spungs».

FOTO LIDEL

Todas las pieles verdaderas son apropiadas para con el terciopelo; el zorro negro con el terciopelo «ciclamen», el «skungs» con el terciopelo topacio, el armiño con terciopelo verde —¡acertado conjunto! —y «taupe» también con el verde; los «skungs» con el viola obscuro, etc.

Si no es posible alcanzar el gasto de estos lujosísimos abrigos, se adoptará un modelo de tapado—y hay muchos —que sirva también para de tarde; son tapados con «godets», en terciopelo y piel, enriquecidos por bordados en el tono, o tapados «tres-cuartos» abrochan con un solo botón grande y tienen mangas casi «japonesas» Los colores son de preferencia obscuros: verde-botella, negro y los «marrons». Hemos admirado recientemente toda la gracia de los modernos tapados en dos modelos lucidos por la bailarina vienesa María Windzenty; uno era de terciopelo «chiffon-rubí» con cuello de «loutre» y el otro, sencillamente, de terciopelo negro liso. Vemos también este género en los «tailleurs» y en los vestidos de tarde. Los primeros son modelos llamativos, de pollera angostísima y saco largo, a «godets»; cuello de piel. Los vestidos de tarde son de terciopelo «chiffon» estampado, o bien consisten en una «princesa» de terciopelo liso y un saco «tres cuartos» del mismo, estampado y bordado de piel. Los telares de Italia se han especializado en la fabricación de este género; además del modelo que aquí ofrezco a la consideración de mis lectoras, recuerdo haber visto otro aun más notable; un vestido de tarde en terciopelo «chiffon» estampado, cuya pollera toda fruncida caía igual como cae el «crepé» fruncido. Es cierto que estos géneros, en cuanto salen del telar, toman el primer tren para la frontera, y más tarde vuelven con sello, nombre, y precio exóticos, pero es que les pasa, a las cosas, lo que a los hombres:

Nemo propheta in patria.


FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
S.
Hace mucho que el
FERNET-BRANCA
figura en toda mesa bien provista; sea como aperitivo, mezclado con agua o soda fresca; sea como digestivo, tomado puro, siempre confirma su reputación de estomacal indispensable.
No falte en ningún hogar
Importadores: HOFER & Cía. - Bs. Aires.


El señor Martín G. Mozotegui, caracterizado vecino, rodeado por un núcleo de amigos que lo hizo objeto de una manifestación de aprecio con motivo de su próxima partida de esta localidad.

LA COLECCIÓN DEL «BRITISH MUSEUM»

Los sabios del British Museum, después de seis años de clasificación, han terminado la lista de los insectos que posee dicho museo. Esta colección, que es la más importante del mundo, no posee menos de 1.018.000 insectos. Hay 325.767 mariposas pertenecientes a 41.210 especies y 398.000 coleópteros divididos en 63.300 variedades. La variedad menos abundante es la de los piojos, que solo cuenta con 21 especies y 140 ejemplares. El British Museum ha sido ayudado en la formación de esta colección por numerosos donantes. Entre ellos se cita uno que dió 230.000 insectos, entre los cuales una colección de 31.130 mariposas diferentes.

ESTADÍSTICAS CURIOSAS

El día que se firmó el armisticio en 1918, figuraban en las nóminas federales de los Estados Unidos (Gobierno civil) 917.760 personas. En Wáshington únicamente había empleadas 117.760 personas. En la actualidad hay 110.000 empleados federales más que en 1916, cuando el número total de éstos era de 438.057.



Verdadera Economía

La economía, en un negocio, no implica la suspensión de cosas necesarias con el propósito de disminuir los gastos. Al contrario, más bien puede implicar que se obtengan mejores resultados de ciertos gastos, o que se reduzcan los gastos sin detrimento de los resultados.

En la mayor parte de los casos el uso de una Máquina de Sumar, de Calcular o de Contabilidad Burroughs tiene la doble ventaja de reducir los gastos y de producir mejores resultados.

Se trata de una ventaja que se traduce en dinero y por la cual la máquina restituye su costo en poco tiempo, quizás durante el tiempo en que se efectúa su pago, ... y de ahí en adelante viene a ser una fuente de ganancias constante y segura.

Esto justifica bien el hecho de que todo comerciante entendedor vea la compra de una Burroughs como una economía y no como una extravagancia.

Estamos a sus órdenes para cualquier información que nos pida.

H.E.Watkins & Co. Ltd.
Importadores
773 - TUCUMAN - 789
Buenos Aires.

Máquinas de Contabilidad, Sumar y Calcular

Burroughs

4385

Bodas de Plata



Señor Mariano Valentini y señora Ada París de Valentini, que conmemoraron sus bodas de plata. — Caballito.



Señor Estanislao Castagnino y señora, con sus descendientes el día que celebraron el 25.° aniversario de su enlace. — Olavarría.



Los esposos, señor César Baldi y señora Alice Marguerite de Baldi, festejando el vigésimo quinto aniversario. — San Miguel (F. C. P.)



Señor Pedro Actis y señora, rodeados de sus hijos en el 25 cumpleaños de sus bodas. — Olavarría.



ESTABA lloviendo desde hacía más de treinta horas, de esa manera que llueve en París cuando le da por llover.

Era una lluvia densa, sin interrupción, sacudida de vez en cuando por violentas ráfagas. Todo chorreaba: las fachadas de los edificios, las paredes interiores de pasajes y entradas, en cuyo interior la humedad condensada se cubría formando regueros sin cuento.

La gente que pasaba, presurosa y cabizbaja, miraba al suelo buscando en él algún sitio donde pisar sin mojarse; saltando para evitar las salpicaduras de algún fiacre que, tirado por un resignado jamelgo, conducía a algún atareado, al pesado trote de los coches de alquiler; esquivando el chorro de agua furioso que algún caño abierto escupía; huyendo de la catarata que lanzaba, desde algún rótulo o cornisa, alguna ráfaga demasiado fuerte; evitando la llovizna que de las varillas de un paraguas mal gobernado podía introducirse en el cogote como un rocío de mercurio helado.

Era un triste día de invierno. Atardecía ya y empezaba a enrojecer la llama de gas que durante el día no se había apagado en el mostrador de la *crémerie*, desde donde la dueña del establecimiento presidía el ir y venir de los parroquianos.

Atenta y solícita, la dueña preparaba platillos de postres, echaba sumas, devolvía cambios. La mujer dió órdenes a un mozo y éste se fué a buscar, en la obscuridad, el alambre con la esponja impregnada de alcohol, con lo que después fué encendiendo los brazos de gas de las paredes laterales. El establecimiento se iluminó y con él los soportes de platos y potes de conservas y las botellas artificiosamente llenas de polvo: ornatos de escaparates, cebo para el transeunte hambriento y poco holgado de dinero; rebanadas de jamón guarnecidas de perejil, docenas de chuletas sin descoyuntar, pirámides simétricas de las cuatro frutas que, junto con el queso, son postre obligado de todo ágape parisiense pobre: pasas, nueces, higos secos, avellanas, los cuatro «mendiants», como allí dicen; cuatro recuerdos de la patria para todo meridional a quien sus ocupaciones o los azares de la vida han llevado a tierras de allende el Loira.

No había casi nadie en el establecimiento, pues no era hora de comer y la de almorzar hacía rato que había transcurrido. Contra las dos paredes laterales del rectángulo que formaba la tienda, había, a distancias iguales, unas mesitas con unos manteles más o menos blancos, y en ellas platos, servilletas caprichosamente retorcidas, saleros, potes de pimienta y de mostaza y las indispensables vinagreras. Todas las mesas carecían de comensales, excepto una, a cuyo alrededor se hallaban sentados varios catalanes que hablaban en voz queda con otro que le escuchaba y que parecía escribir lo que aquellos, contradiciéndose, le dictaban.

— ¡Esperemos al barcelonés! — dijo, parando en seco, el que escribía. — Quizá él hallará medio de hacer saber la desgracia de manera menos violenta. No me atrevo a poner telegramas ni menos a escribir cartas a personas que desconozco.

— Ya las conozco yo — dijo Jaime Ambord, sin insistir en que el otro acabara la carta empezada.

Y todos, silenciosos, removían, para que durara, la taza de café, frío ya, o chupaban los apagados cigarros, como recurso de los momentos vagorosos... Se miraban mutuamente, movían la cabeza con tristeza y a lo más cambiaban unas cortas frases, lamentándose: «¡Pobre chico!» ¡Qué desgracia!

— ¡ Cuando su madre lo sepa! — decía Ambord... — Yo no me explico — prosiguió después de un minuto de mutismo, — no me explico, a fe, cómo ha podido suceder ésto. Si hubiese caído al río, por casualidad, *él*, que sabe nadar como un pez, se habría salvado... Que se haya echado adrede, ni lo quiero sospechar... ¿por qué motivo? Si todavía es un niño, y cuando se tienen pocos años, las tristezas no penetran muy adentro.

Otro silencio, interrumpido por Armenter, otro emigrado, como Ambord y como todos los allí reunidos.

— ¿Y si lo hubiesen asesinado?... Sí, yendo por la vera del río, le hubiesen acechado unos pilletes, para robarle, y después, para borrar las huellas de su crimen, le hubiesen echado al agua?

— Ya hemos pensado en ello — observó el señor Benito, de Cambrils — pero el cadáver no tiene huella de violencia alguna. Su piel está completamente lisa; no hay señales de lucha. Y no es admisible que que se haya dejado prender sin defenderse.

— ¿Y si fueran desengaños de amor? ¿Sabéis si tenía amores? — objetó Jerónimo.

— ¡Callad, por Dios, callad! ¿Quién se va a dar un remojón en el Sena, voluntariamente, con este tiempo metido en agua? ¿Y eso por desengaños de amor? ¡Ni que me lo juréis!

Y, esperando al barcelonés, que no llegaba, unos a otros se repetíam los preliminares de la tragedia, lo que no era supuesto o imaginado, sino la fría realidad... Una gran piedra blanca por tabla o mesa, más alta en la cabecera que en los pies y bordeada por un pequeño surco, colocada bajo un grifo abierto que chorreaba un hilo delgado de agua sobre *su cuerpo*, azulado aquí y allá por los golpes recibidos y manchado por las huellas que la corriente del río había dejado en él; ese cuerpo, yerto, rígido por la temperatura glacial de la «Morgue»... Y allí, a la vera, prendidas en un hierro, las ropas de que le habían despojado al depositarlo en aquel lugar, esperando a alguien que le reconociese o a que otros desventurados ocuparan su lugar.

Veían al pobre compañero, al amigo de la numerosa colonia que desde la noche de San Daniel se había alejado de España, al jovenzuelo entusiasta, con los cabellos echados hacia atrás y la pequeña barba incipiente, que estaba allí con los ojos cerrados para siempre, rígida la nariz, sellada la boca, desnudo el pecho, desnudas las piernas, teniendo encima del vientre una hojalata pintada de negro en la que se leía, en letras blancas, el nombre de quien lo había recogido y la hora y el sitio del hallazgo.

Uno que todavía no desesperaba, el señor Benito, repetía por centésima vez que se si le hubiesen presentado a aquel difunto, al preguntarle quién era, no habría titubeado en responder; pero que examinando bien los vestidos colgados allí, junto al cadáver, uno podía tranquilizarse.

— Esos vestidos me esperanzan. Nunca me haréis creer que se haya suicidado o que se haya ido por casualidad a la vera del río vistiendo levita negra... y sin chaleco...

— ¿Y la camisa? — objetaba Jaime Ambord. — La camisa, con sus iniciales, P. S., y el pañuelo, con una J. . . y los pantalones marcados con el nombre de un sastre de Ginebra, de donde venía *él*, precisamente, cuando llegó a París. . . ¿qué nos dice todo eso?

— Todo lo que quieras... Sentía mucho el frío y la ropa que ese llevaba es demasiado delgada... Decidme — añadió luego dirigiéndose a los demás — ¿le habéis visto jamás con levita negra?

Unos no habían reparado en ello; otros sí, otros opinaban como él; pero lo que decía Jaime Ambord era de peso:

— ¿Y las iniciales de la camisa? ¿Y aquellas P. S. y aquella J. del pañuelo?

Llegó por fin el barcelonés. Llamábase Rosendo Valls y estaba empleado en casa del banquero Gil, un banquero catalán establecido en el bulevar de los Italianos. En cuanto llegó, todos se le echaron encima, sin dejarlo respirar.

— ¿Y bien, que hay? ¿Quién lo ha visto, además de vosotros? Y usted, ¿lo ha visto otra vez?

— Y en su casa, ¿qué? ¿Ha vuelto a su casa? — añadió aquel que todavía tenía esperanzas.

□□

El barcelonés, mojado como un pato, sacudió el sombrero entre dos mesas desocupadas de la «crémerie»; pateó fuerte en el suelo para escurrir algo el calzado, refregó un tanto las mangas con la mano, también para escurrirlas, acabó de cerrar el paraguas, y, sin sentarse siquiera, respondió con aflicción:

— Todos le reconocen. He ido al café de Mulhouse, donde acostumbraba a reunirse con los artistas que allí van. He hallado a dos o tres, hemos recorrido juntos no sé cuántos talleres de pintor, más de una docena, por lo menos, y hemos vuelto a la «Morgue». Todos opinan que sí, que es *él*. Todos, menos uno, Escosura, que dice que el muerto tiene la nariz demasiado correcta, pues nuestro amigo la tenía un tanto *desdibujada*... es decir, un poco desviada.

— ¿Y cómo sabe él? — interrumpió Ambord, pareciéndole imposible que un *madrileño* se hubiese fijado en los perfiles de la nariz del pobre muerto mucho más que él, que Jaime Ambord, natural de Reus, vecino de Tarragona y amigo del ahogado desde hacía «mil» años...

— Hemos vuelto a casa...

Rosendo Valls y el *muerto* vivían en el mismo departamento, 22, *rue d'Antin*.

— ¿No ha comparecido verdad?

— No — añadía el otro, dejándose caer en la silla más próxima, extenuado por el cansancio, por las continuas emociones y por la tristeza.

— ¿Comíais juntos? — preguntóle Jerónimo.

— Durante la semana, muy raras veces. El trabajaba al otro lado del Sena, en la *rive gauche*. Y yo, para estar a la hora en la oficina, como cerca de casa. Cuando podíamos comer juntos, solíamos ir a un restaurante de la calle *Notre Dame des Victoires*, que está situado en un rincón. Nadie le ha visto desde hace días... Yo no he dormido en toda la noche, pareciéndome alguna vez que le oía subir por la escalera; nuestros dormitorios se tocan y cuando nos retirábamos juntos, no dejábamos nunca de darnos las buenas noches al acostarnos.

— Yo creo... — objetó el señor Benito, volviendo a la suya y rascándose un tanto el mostacho que le guarnecía la bondadosa boca y le daba al propio tiempo un no sé qué que lo militarizaba. — ... oiga usted: ese madrileño, ese que opina que el muerto tiene la nariz tan perfecta, ¿no ha reparado en la ropa?

— No. ¿Por qué? — dijo Valls, dando poca importancia a la pregunta.

— Por la levita. ¿Tenía levita, él? ¿Llevaba levita?

— Nunca le he visto con levita...

— ¿Lo veis? ¿Lo veis? ¡Ya lo decía yo!... ¿Cómo diantre queréis que se fuera a disfrazar para echarse al río? ¡Y sin chaleco! ¡Sin chaleco, con esa humedad!

— ¡Quizá tenga razón!

— Mire usted: éramos muchos, allí, y apenas si nos hemos detenido a examinar las ropas. El guardia nos ha dicho que no le habían hallado encima ningún papel ni ningún objeto.

— ¡Volvamos a la «Morgue»! — dijo Valls. — Volveremos a entrar al restaurant donde acostumbraba a ir, y como ya es hora de comer, si por ventura está vivo, quizá lo encontremos allí.

□□

Sin pensar más que en el amigo, aquellos buenos corazones se fueron sin comer, uno tras otro, alejándose de la *crémerie*, caminando arrimados a los muros de las casas para no mojarse demasiado con la lluvia persistente, buscando por la calle rostros amigos que engrosaran la comitiva...

Y yo, arrellanado como un fraile en mi butaca, sentado ante mi mesita acostumbrada, con los pies secos y el corazón tranquilo, compartía, con una ideal y fina inglesita a quien disgustos domésticos habían conducido a la casa donde vivíamos Valls y yo, una suculenta docena de ostras.

Ella fué (no la docena de ostras, sino la inglesita) la causa de todo; pues desde hacía dos días que, olvidando tareas penosas, dando pábulo a los caprichos de la juventud y sin darnos cuenta de la lluvia, recorríamos ambos los alrededores de París. Y hacía media hora que acabábamos de llegar de Versalles, con un apetito de estudiante.

Estábamos ambos tragando una ostra, después de haberla sazonado bien, cuando como por ensalmo, oímos un coro de interjecciones catalanas y con su conjunto de tapabocas catalanes y trajes que revelaban el corte reusense o el garbo vilafranqués, irrumpió en el restaurant la cohorte de amigos que me andaba buscando.

El primero que, al mirar al fondo del establecimiento, me había reconocido, llamó a los demás que estaban, ya sin aliento, esperando en la vereda de enfrente. La noticia se propagó hasta dos o tres que habían ido a la cercana plaza de la Bolsa, donde había una parada de coches.

Unos y otros fueron entrando, dejando abiertas las puertas, cerrando a medias los paraguas, mojando a todo el mundo, no pidiendo *pardon* a nadie, enviando a paseo a los mozos que les interpelaban y lanzándoseme al cuello como si quisieran ahorcarme.

— *¡Dear! ¡Dear!* — exclamó mi gentil compañera, sin salir de su asombro. Después dijo que aquellos *fellows* querían asesinarme.

— ¿Qué hay? ¿Qué sucede? — decía yo, un tanto avergonzado de aquel escándalo.

— ¡Maldito sea tu pellejo! — exclamaba Jaime lloriqueando.

— No vales tanto tú como el disgusto que nos has dado — añadía otro.

— ¿Dónde diablos te has metido estos días? — exclamó por fin el señor Benito, mirando de reojo a la inglesita.

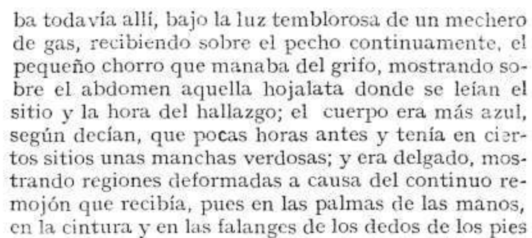
— ¿Dónde has dormido? — me preguntaba Valls, enternecido.

Por fortuna, todos ellos hablaban catalán y mi convidada no les comprendía.

□□

Me contaron el caso: el gran parecido, las coincidencias de las iniciales, la ausencia... y hablando, hablando, se sentaron alrededor de la mesa como pudieron.

Cuando se terminó la comida nos fuimos todos a la «Morgue» incluso la inglesita. El infeliz ahogado esta-



ba todavía allí, bajo la luz temblorosa de un mechero de gas, recibiendo sobre el pecho continuamente, el pequeño chorro que manaba del grifo, mostrando sobre el abdomen aquella hojalata donde se leían el sitio y la hora del hallazgo; el cuerpo era más azul, según decían, que pocas horas antes y tenía en ciertos sitios unas manchas verdosas; y era delgado, mostrando regiones deformadas a causa del continuo remojón que recibía, pues en las palmas de las manos, en la cintura y en las falanges de los dedos de los pies tenía la piel completamente arrugada, dándole sus extremidades la apariencia de una persona mucho más vieja de lo que su frente y su barba incipiente demostraban.

Y tanto se parecía a mí, que aun yo mismo creía que aquél era yo, notando, empero, después de un cierto espacio de tiempo, durante el cual se me quedó helado el corazón por la gran piedad que hacia *él* y hacia mí mismo experimentaba, que la observación de Escosura estaba muy bien fundada; el ahogado no tenía la nariz *desdibujada*.

¡Pobrecillo!... ¡Tan joven y, hastiado de la vida, había querido volver al no ser!

Enternecidos todos, lloramos ante aquel cadáver desnudo; y el guardia, que era ya un camarada para mis compañeros, a causa de las muchas visitas que durante aquellos días habían hecho en aquella lúgubre casa, al enterarse de que el *muerto* que aquellos lloraban estaba *vivo*, se encaró conmigo y mirándome de hito en hito murmuró enérgicamente:

— «C'est frappant!».

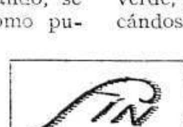
Le preguntamos si aquél, *el otro*, no había sido todavía reclamado y con triste ironía nos respondió que allí raramente reclamaba nadie...

No sabiendo cómo demostrar nuestra simpatía al pobre muerto, *que podía haber sido yo*, que parecía llorar torrentes de lágrimas sobre su miseria por todas las sinuosidades de su cuerpo y por todos los cabellos de su remojada cabeza; que súbitamente nos inspiró gran lástima para los seres que debieron amarle y que aún le esperarían... cada cual metió la mano en el bolsillo y sacó de él una moneda que depositó en el cepillo destinado a recaudar limosnas para socorrer a quienes van a parar en aquella casa y no resultan completamente muertos.

□□

Uno de mis compañeros, hombre ya de cierta edad, emigrado por tercera o cuarta vez, ex miguelete, ex jamancio, ex *cuerpo franco*, un terrible revolucionario, un traga curas, un quema frailes, un ateo, en fin, removió su bolso, un bolso verde, de estambre, sujeto con anillos, y acercándose al guardia le dió unas cuantas monedas diciéndole con el mejor francés que pudo:

—*Sa* por *vus*... *Sa* (un napoleón), *pur* que *vus* le hagais decir una *misse*.





A J E D R E Z

Nota de la redacción. — Toda la correspondencia para esta sección diríjase a nombre del redactor de la «Sección Ajedrez» de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

PARTIDA JUGADA EN EL IX CONGRESO NORTEAMERICANO, DE NUEVA YORK

APERTURA: PEON - DAMA

	BLANCAS D. Janowsky	NEGRAS Eduardo Lasker
1.	P 4 D	P 4 D
2.	C 3 A R	P 3 R
3.	P 3 R	P 4 A D
4.	P 4 A (1)	C 3 A R
5.	C 3 A	C 3 A
6.	A 3 D	P D×P (2)
7.	A×P A	P 3 T D
8.	O — O	P 4 C D
9.	A 3 D	A 2 C (3)
10.	P 4 T D!	P 5 C
11.	C 4 R	P×P
12.	P×P	C 4 T D (4)
13.	T 1 R	A 2 R
14.	A 4 A R	O — O
15.	T 1 A D	T 1 A
16.	T×T	A×T
17.	C×C jaque	A×C
18.	D 2 A!	C 2 C
19.	A×P jaque	R 1 T
20.	A 3 D (5)	A×P
21.	C×A	D×C
22.	A 8 R!	D 4 D
23.	D 2 R	P 4 A
24.	D 5 T jaque	R 1 C
25.	T 3 R	C 3 D
26.	D 6 C	T 2 A
27.	P 3 C D (6)	D×P (7)
28.	T 3 T!	D 8 D jaque
29.	A 1 A	C 1 R
30.	D 7 T jaque	R 1 A
31.	T 3 D	D 8 A
32.	D 8 T jaque	R 2 R
33.	D 4 T jaque	R 1 A
34.	D×P jaque	R 1 C
35.	T 8 D	A 2 D
36.	P 3 T!	R 2 T
37.	D 4 T jaque	R 3 C?
38.	A 4 A	D 8 D
39.	R 2 T! (8)	D×P (9)
40.	A 2 R	Negras abandonan (10)

Notas. — (1) Muchos jugadores fuertes prefieren 4, P 3 C D, seguido por A 2 C.

(2) En esta variante del Gambito de Dama rehusado, no es recomendable el cambio de Peones en el centro, a esta altura de la partida, mejor es 6..., A2R, seguida por O—O

(3) En el torneo de Londres, 1922, Rubinstein contra Morrison, adoptó la continuación más fuerte de 9..., P×P; 10, P×P, C5CD!

(4) Una jugada débil que más adelante origina al negro muchas dificultades. No podía jugar 12..., C×P; debido a 13 C×C jaque, D×C; 14 C×C, D×C (?); 15, A5C! jaque.

Probablemente no habría nada mejor que 12..., A2R.

(5) Posiblemente estaría Janowsky apremiado por el tiempo, pues hubiera podido sostener fácilmente su PD por medio de A 4 R.

(6) Un cebo para alejar la Dama contraria del Alfil en 5R, para que el blanco pueda jugar T 3T.

(7) La mejor respuesta era 27... P 5 A. El señor Lasker calculaba quizás sobre 28 A×C, D8D jaque; 29 A1A, D×A.

(8) ¡Muy ingenioso! Si 39... D×A; 40 D5C jaque, R2T; 41. T×A, T×T; 42 D 5T jaque, etc., ganando Caballo y Torre.

(9) Si 39..., C3A; 40. T8TR, amenazando mate en dos jugadas, por T6T jaque! ¡40... T2R; 41. A5R!

(10) Y si ahora, 40... C3A; 41. A 5T! jaque, C×A; 42. D5C jaque y mate a la jugada siguiente. Un final de lo más instructivo a una buena e interesante partida. **Notas de "Sunday Times". (De la Revista del Club Argentino de Ajedrez).**

CORREO

Carlos Dávila, Rosario. — En esta capital se disputa anualmente un torneo de primera categoría en forma regular, desde la fundación del «Club Argentino de Ajedrez», en el año 1905.

A varios, ciudad. — El señor Fernando L. Bonazzi, de lo que hemos informado en repetidas ocasiones, con escritorio en Sarmiento número 1320, cuenta con un surtido completo de obras de ajedrez en diversos idiomas.

Hugo L. Domínguez, ciudad. — En nuestro concepto la representación argentina en el torneo internacional de aficionados de París, con ser buena no es la mejor que podía presentarse.

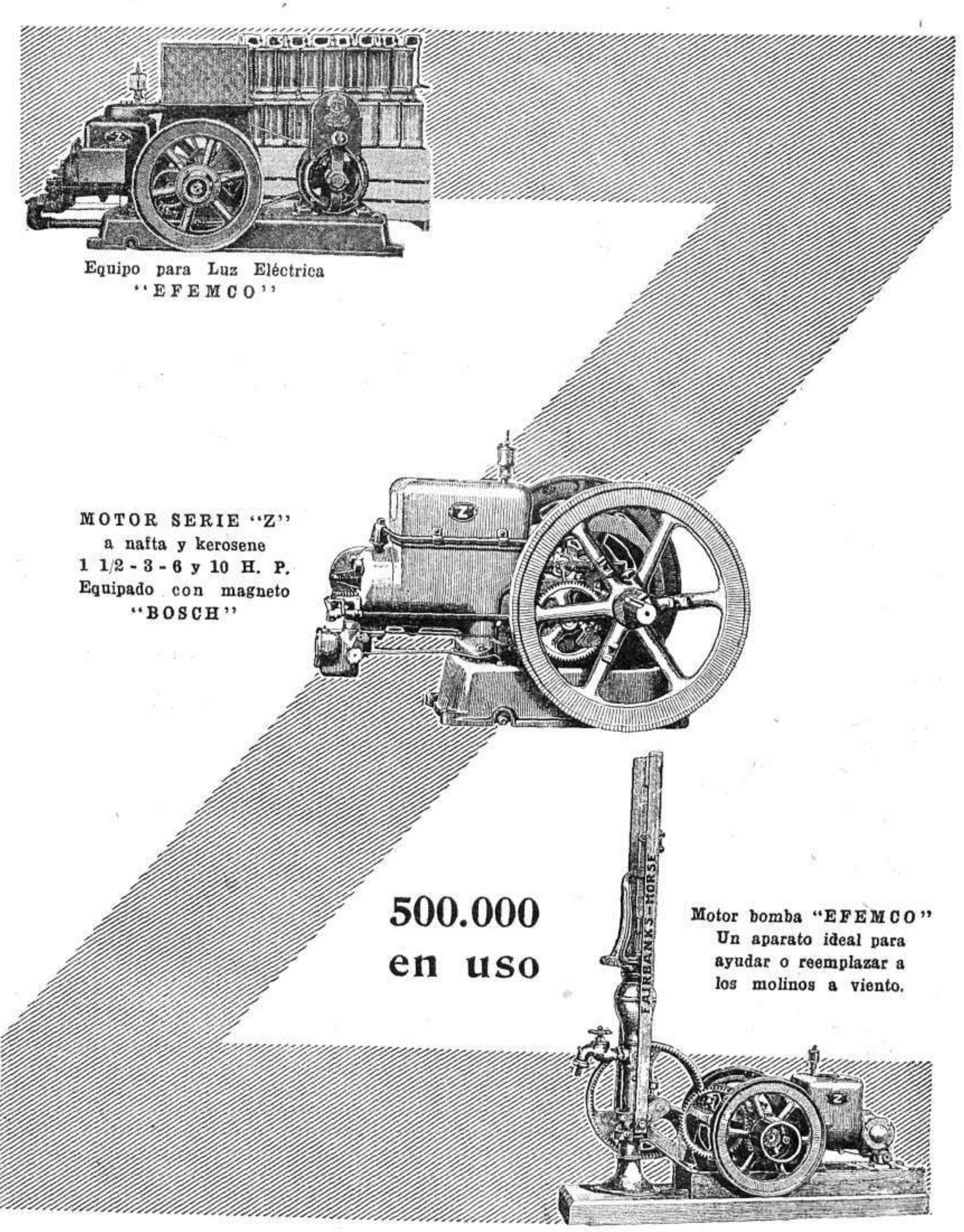
NOTAS DIVERSAS

Ha fallecido un veterano del ajedrez, J. M. Hanham, del Manhattan Chess Club de Nueva York, a la edad de 84 años. En el año 1891 conquistó el campeonato de Nueva York.

Los principales torneos internacionales en que se distinguió, fueron el de Nottingham, en 1886 y en el de Nueva York de 1889. Analizador bien conocido, dió su nombre a una de las variantes de la «Defensa Filidor».

— El torneo internacional de aficionados a disputarse en París, se jugará del 12 al 30 de julio próximo, en el Hotel Majestic, en el que participarán los argentinos, de quienes se espera lucida actuación.

MAQUINARIA
FAIRBANKS - MORSE



PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

HENRY W. PEABODY & Cía.

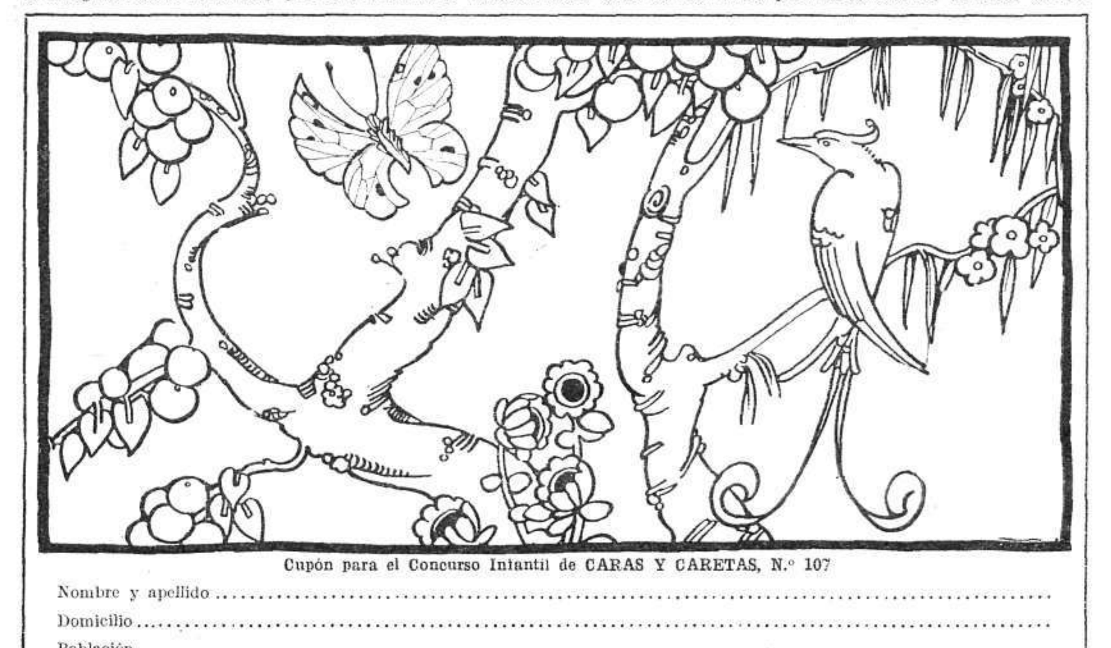
1746, Bmé. MITRE, 1758 — BUENOS AIRES

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151 - 155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de **CARAS Y CARETAS, N.° 107**

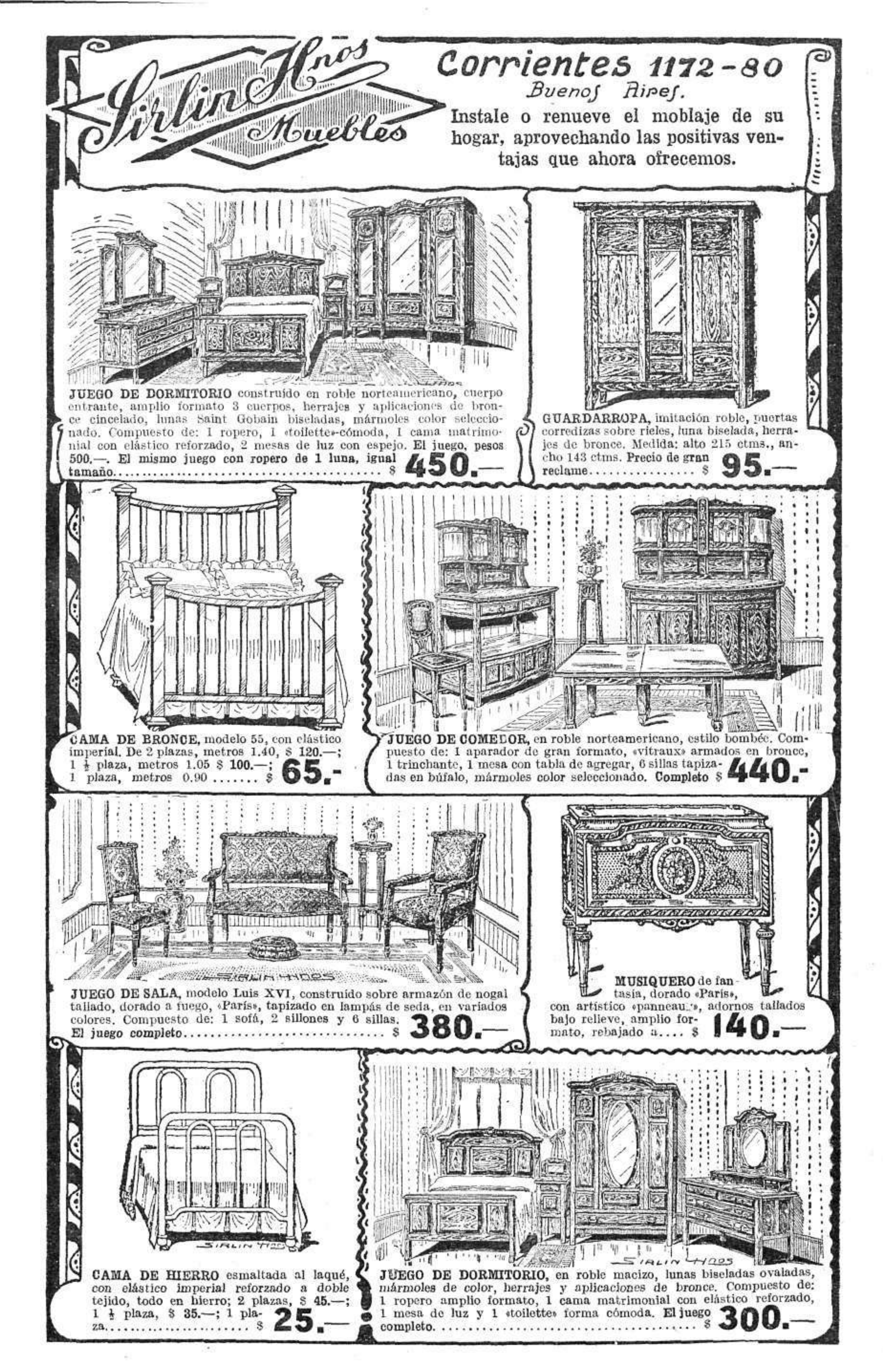
Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

— ¡ Tomá Seneguina y dejáte de toser !


Sirlin Hnos Muebles
Corrientes 1172-80
Buenos Aires.
Instale o renueve el moblaje de su hogar, aprovechando las positivas ventajas que ahora ofrecemos.
JUEGO DE DORMITORIO construído en roble norteamericano, cuerpo entrante, amplio formato 3 cuerpos, herrajes y aplicaciones de bronce cincelado, lunas Saint Gobain biseladas, mármoles color seleccionado. Compuesto de: 1 ropero, 1 «toilette»-cómoda, 1 cama matrimonial con elástico reforzado, 2 mesas de luz con espejo. El juego, pesos 500.—. El mismo juego con ropero de 1 luna, igual tamaño.. $ 450.—
GUARDARROPA, imitación roble, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce. Medida: alto 215 ctms., ancho 143 ctms. Precio de gran reclame................ $ 95.—
CAMA DE BRONCE, modelo 55, con elástico imperial. De 2 plazas, metros 1.40, $ 120.—; 1 ½ plaza, metros 1.05 $ 100.—; 1 plaza, metros 0.90 .... $ 65.-
JUEGO DE COMEDOR, en roble norteamericano, estilo bombée. Compuesto de: 1 aparador de gran formato, «vitraux» armados en bronce, 1 trinchante, 1 mesa con tabla de agregar, 6 sillas tapizadas en búfalo, mármoles color seleccionado. Completo $ 440.-
JUEGO DE SALA, modelo Luis XVI, construído sobre armazón de nogal tallado, dorado a fuego, «París», tapizado en lampás de seda, en variados colores. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas. El juego completo............................... $ 380.—
MUSIQUERO de fantasía, dorado «París», con artístico «panneau», adornos tallados bajo relieve, amplio formato, rebajado a.... $ 140.—
CAMA DE HIERRO esmaltada al laqué, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, $ 45.—; 1 ½ plaza, $ 35.—; 1 plaza....................... $ 25.—
JUEGO DE DORMITORIO, en roble macizo, lunas biseladas ovaladas, mármoles de color, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de: 1 ropero amplio formato, 1 cama matrimonial con elástico reforzado, 1 mesa de luz y 1 «toilette» forma cómoda. El juego completo.. $ 300.—
SIRLIN HNOS

¡¡Han tocado las sirenas!!

TEXTO Y DIBUJOS DE REDONDO



Sarrasqueta, que estaba durmiendo profundamente, se toma un gran susto, porque han tocado estrepitotosamente todas las sirenas.



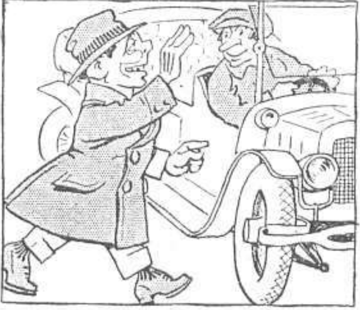
Toma la heroica decisión de saltar rápido de la cama para tomar por derecho a la Avenida y enterarse del gran suceso.



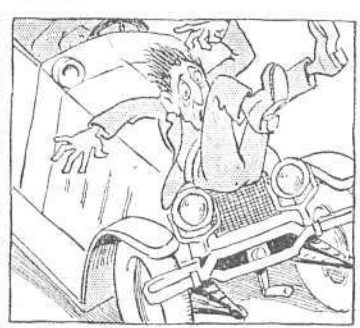
Toma el sobretodo para no tomar un resfrío, y toma plata para poder tomar un auto y algo más en el camino.



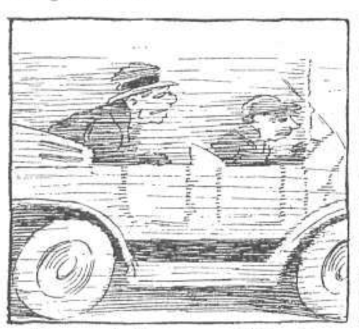
Toma la puerta de la casa para salir a la calle, y al cerrarla se toma con ella el dedo meñique, tomándose un gran dolor.



Toma un auto para tomarse el gusto de saber él, la noticia antes que todo el mundo.



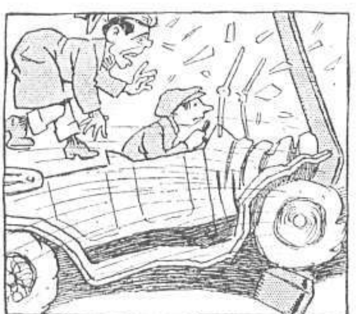
Toma una gran velocidad, y tomando por delante a un transeunte que estaba algo tomado, lo voltea.



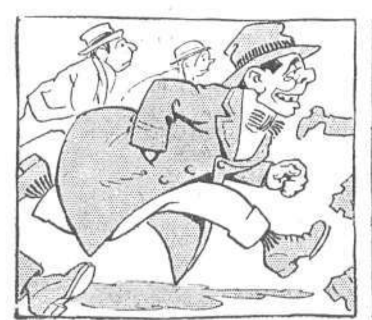
Toma el firme propósito de no ser detenido por nada ni por nadie y manda apresurar la marcha.



Toma de refilón y por sorpresa a un varita que quería tomarle detenido, consiguiendo no ser tomado.



Toma con muy buena puntería el centro de una columna, arrugándola y tomando el auto la forma de acordeón.



Toma la determinación de finalizar a pie la carrera hasta las pizarras, donde al saber la gran noticia, tomará descanso.



Toma al público empujones para tomar delantera en la fila, y al leer el sensacional suceso cree que le han tomado el pelo.



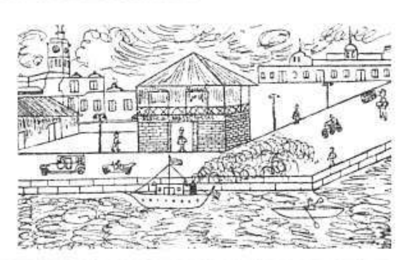
Lo que le hace tomar un gran *estrilo* que le durará hasta que en París sea restablecida la hora normal y las modas de invierno.



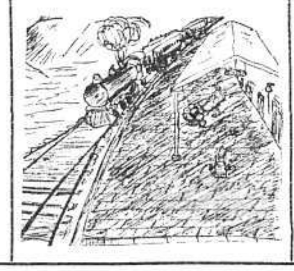
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



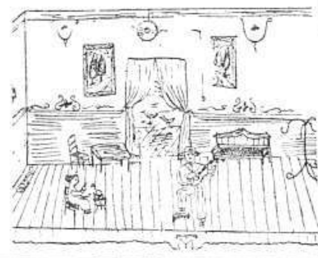
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



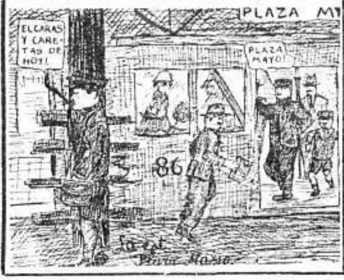
1711 — El barrio de la Agencia.
JUAN CARLOS SOSA.



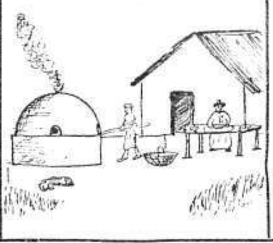
1712 — Una estación del ferrocarril.
ALBERTO A. MÁRQUEZ QUIROGA.



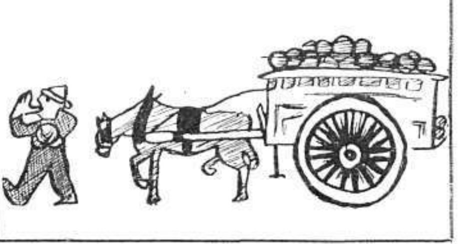
1713 — Una escena en el Marconi.
MARIO RIVAS.



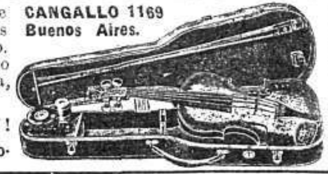
1714 — La estación Plaza de Mayo.
RAMÓN A. VÁZQUEZ.



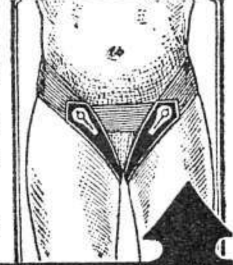
1715 — La panadería de mi pueblo.
DARDO A. PAZ.

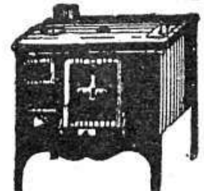


1716 — El verdulero.
ARTURO FODARO.









De Rosario

Carrera de las 6 horas en la pista del Club Provincial



A. Duger y V. Chiavaglia, ganadores de la tercera categoría.

Cifarelli y Verduna, ganadores de la prueba con 28 puntos.



Berger y Peralta, que ocuparon el 2.º puesto.



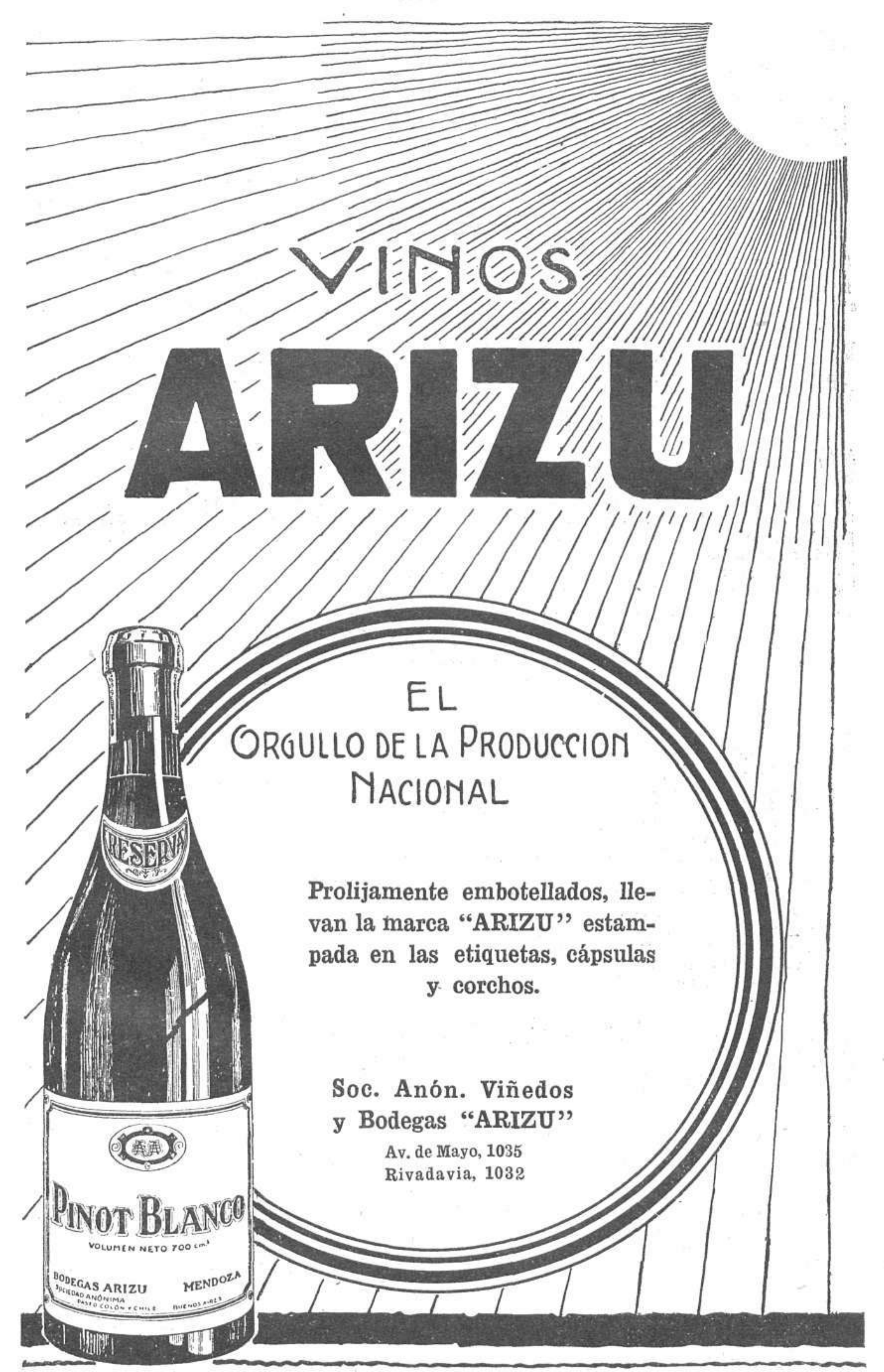
Fidani y J. Chiavaglia, que se clasificaron en el 4.º puesto.



Arogarena y Rosadilla, que obtuvieron el 5.º puesto.

Durante el desarrollo de la prueba.




VINOS
ARIZU
EL
ORGULLO DE LA PRODUCCION
NACIONAL
Prolijamente embotellados, llevan la marca "ARIZU" estampada en las etiquetas, cápsulas y corchos.
Soc. Anón. Viñedos
y Bodegas "ARIZU"
Av. de Mayo, 1035
Rivadavia, 1032
RESERVA
PINOT BLANCO
VOLUMEN NETO 700 cm³
BODEGAS ARIZU
MENDOZA

EN EL MANICOMIO





HACÍA tiempo sentía el vivo deseo de visitar un manicomio. Me inspiran todos los desequilibrados un hondo amor de compasión. Varias veces había intentado observarlos de cerca, pero siempre desistí de mi propósito, embargado por no sé qué vago temor desconocido. Temía ser víctima de mis propios nervios. Soy un temperamento excesivamente nervioso. La más pequeña impresión produce en mí tal efecto, que me hace temblar con violencia.

Al fin cedí a la tentación, y una mañana me encaminé hacia el manicomio, enclavado a dos kilómetros de la ciudad.

Ya en la puerta, pregunté al portero, y, guiado por sus indicaciones, atravesé varios pasillos, hasta llegar al despacho del director, para el cual llevaba una carta de recomendación. Suponiendo que lo fuera un señor de aspecto distinguido, que aparecía sentado ante una mesa de escritorio, y con la vista fija en el techo, como sumido en una profunda abstracción, le saludé, exponiéndole el objeto de mi visita. Después de interesarse por la persona que me recomendaba, se levantó del asiento, poniéndose incondicionalmente a mi disposición.

— ¿De manera es, que siente usted deseos de conocer de cerca a mis enfermos? — me preguntó, mientras cruzábamos inacabables pasillos.

— Sólo por simple curiosidad.

— ¡Muy bien, muy bien!; yo le daré todas las explicaciones que desee.

Abrió una puerta y penetramos en un jardín cercado por altas paredes. Por todos sitios, bajo la sombra de los árboles, veíanse hombres y mujeres, que, al vernos, guardaron silencio, reflejándose en sus rostros la sorpresa y el recelo.

— ¡Ea!, aquí los tiene usted. Estos son los pacíficos. Los otros, los que sufren ataques furiosos los tengo encerrados a cada uno en su departamento. Sólo salen al jardín por la tarde y muy vigilados, para evitar desgracias.

Guardó silencio durante un rato, mientras yo observaba atentamente a aquella multitud de desdichados. Ningún dolor humano es parecido al dolor que produce la contemplación de los locos. A medida que yo los miraba, sentía una angustia infinita, avasalladora, que se apoderaba por momentos de mi cuerpo y de mi alma entera.

Desvanecida la sorpresa que les produjo nuestra entrada, volvieron a sus conversaciones. Destacándose de la uniformidad de las demás voces, oíanse de vez en cuando fuertes exclamaciones, frases extrañas, risotadas sin fin. Uno de ellos, un hombre alto, de una delgadez inconcebible, que semejaba más que a una persona a una sombra humana, imitaba a la perfección el canto de un gallo, a cuyo sonido, una viejecita de blancos cabellos y dulces facciones, que endurecían un poco la crispación de los labios y el extravío de los ojos hundidos, contestaba imitando admirablemente el cacareo de una gallina. A una pregunta mía, me explicó el director, que la locura de aquéllos dos consistía en creerse las aves cuyo canto imitaban.

De pronto, un señor de barba venerable y grave aspecto se acercó a nosotros, saludándonos ceremoniosamente.

— Puesto que usted volverá a la ciudad — murmuró sin dejar de estrechar mi mano — he de pedirle un favor.

— Usted dirá — contesté yo.

— Es una carta que quiero que lleve al juez, en la cual le explico la injusticia que cometen conmigo, teniéndome encerrado aquí como a un loco. ¡Es un crimen; sí, señor! ¡Ah, pero ya sé quién es el causante! Ya me vengaré el día que salga. Lo que tiene que como tarde mucho, acabaré también por contagiarme de las chifladuras de estos individuos. Están locos de remate. Usted no sabe lo que sufro al verlos... Le contaré a qué obedece el encontrarme aquí.

— No es necesario — le interrumpió el director.— Ya le he explicado al señor su historia.

— ¡Ah!, ¿la conoce? Entonces me ahorro de molestarle. Ahora mismo voy a escribirle la carta. — Y saludándonos desde lejos, se perdió entre los demás.

Según luego supe, la obsesión de aquel individuo era la de creerse encerrado por un hermano, el cual se había valido de tal medio para heredar él solo una cuantiosa fortuna. Algo había de verdad, según ciertos rumores.

— Como éste — siguió diciéndome el doctor,— hay otros varios más, que se creen encerrados aquí sin estar locos. Una historia parecida a la que usted ha oído, es la de ese señor bajito, que está apoyado en la pared. Conociendo su esposa la neurastenia inofensiva que padecía, le denunció como loco furioso, aportando pruebas falsas para librarse de él, e irse a vivir con un amante que tenía. Tal impresión produjo en su naturaleza débil la maldad de su mujer que, efectivamente, se volvió loco... Si usted los oyera hablar a todos, quedaríase absorto de la lógica con que defienden sus razones. Si no fuera por la tenacidad con que repiten sus ideas, creeríase que eran los seres más cuerdos de la tierra. Bien es verdad que lo son, aparte de cuando hablan de sus monomanías. Hay una clase de locos, cuya locura, de una apariencia ridícula, despierta la risa. ¡Pero si usted viera qué fondo de tristeza más amargo dejan! Hay también muy generalizados, los locos vanidosos y los locos cuyo trastorno mental fué producido por algún fracaso. A la primera clase pertenece esa señora elegante que se pasea con aire solemne. Jamás habla con nadie. Las pocas veces que lo hace adopta un gesto altivo y soberano. Según ella, es una emperatriz destronada. A la segunda clase pertenece aquel señor que tiene aire de artista. Efectivamente lo es. Su nombre es bastante célebre. Triunfó en el libro y en el periódico. Pero su obsesión era el teatro. Escribió un drama en el cual fundó todas sus esperanzas, y, la noche del estreno sufrió un fracaso ruidoso. Este fracaso produjo el desequilibrio mental que ahora padece. Todo el día se lo lleva recitando y maldiciendo del público ignorante que no supo comprender la

excelsitud de su obra. Este espejo que sanará muy pronto, en el momento que le aplique mi nuevo sistema.

Mientras me hablaba, por nuestro lado pasaban con frecuencia algunos enfermos que me miraban atentamente, con una mirada que producía mi espanto, y sonriéndome al alejarse, con una sonrisa que era más bien una siniestra crispación de labios. Confieso que, aunque iba con el director, me encontraba ya bastante inquieto.

En esto se ofreció a mis ojos una escena extraña por demás. Aislado de todos, un hombre alto, delgado, bien vestido, permanecía en cuclillas, escarbando la tierra con las uñas. A su lado, una vieja desgarraba fuertemente, apretándose el vientre con las manos. De vez en vez, exclamaba:

—¡Ahora, ahora... ¡Tenga cuidado, no se vaya a escapar!

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunté al director?

—Es muy curioso. Cree que tiene un sapo en la estómago y todo el día se lo lleva desgarrando para devolverlo. Tiene deshecha la garganta. Acabará por morir de ello. El es también un tipo interesante. Pero él mismo le explicará quién es. ¡Don Juan, don Juan!

El llamado dejó de escarbar la tierra y se acercó a nosotros.

—Este caballero quiere saber a qué obedeció la quiebra de su casa de banca.

—Es sencillísimo. No estaba conforme con el inmenso capital que poseía y quise ganar más. Soñaba con ser el hombre más poderoso, más rico de España. Quería ver a todo el mundo doblegado ante mi grandeza. Jugué a la Bolsa todo mi capital. La suerte me fué adversa, y, en menos de un mes, lo perdí todo. Jugué el capital de mis socios, y también lo perdí. Entonces, los idiotas, los miserables, sin dejar que me desquitase, me denunciaron y me metieron en la cárcel como ladrón. ¡Ah! pero ya me las pagarán. Me creen vencido, a mí, al eterno invencible. Ya les probaré que aun tengo fuerzas para derrotarlos a todos juntos, para volver a ser dueño y señor, el león de los negocios. Ahora estoy haciendo experimentos. Mire la excavación que he hecho allí. Me parece que muy pronto daré con el filón de oro. ¡Ah, y entonces... Pero vuelvo a continuar mi tarea. Adiós, señores.

Y dando media vuelta se apartó de nosotros. Al verle alejarse, creí que era la viva encarnación de Gabriel Borkman, el protagonista de la genial obra *Ibseniana*.

—Como usted observará, casi todos los locos poseen almas privilegiadas. Tal vez ésta sea la principal causa de sus locuras. Son seres diferentes a los demás; todo en ellos es grandeza, exaltación. Si estuviera más tiempo aquí, escucharía pensamientos tan originales, que para sí quisiera el más profundo pensador. Y es que la locura es la última y más grande genialidad del hombre de genio. Por eso los cuerdos, los vulgares, ante un ser que piensa y siente distinto a ellos, lo achacan a locura, sin precaver que la locura es el más alto galardón de un hombre. Todos los progresos, todas las grandes obras de la humanidad, las eternas, las inmortales, tanto de ciencia como de arte, se deben a los locos. Y en pago a ello, la humanidad, roída por la envidia y la maldad, cuando vivieron, los trató de locos, creyendo ofenderlos, sin saber que los ultrajes de la chusma sólo logran enaltecer la grandeza de los genios.

Siguió haciéndome una razonada defensa de la locura, tan extraña y original, que produjo mi admiración y mi asombro. Unos minutos me quedé mirándole fijo, creyendo que sus palabras serían cosa de broma. A otra causa no podrían obedecer.

—¿Qué, se sorprende usted de lo que le digo? —agregó sonriendo.— No es extraño. A fuerza de convivir con la locura acaba uno por contagiarse. Mas dejemos tal cuestión. Ya que conoce a éstos, le llevaré adonde están los locos furiosos. Para éstos son todos mis cuidados. Hace tiempo persigo una idea, que el día que la realice llamará la atención del mundo entero. Es un nuevo procedimiento para curar la locura. Estoy seguro, segurísimo de acertar. Bien es verdad que me ha costado mucho trabajo. Toda mi vida la he dedicado a ello. Sólo me falta ya hacer ciertos experimentos. Perdone que no le dé más explicaciones. Temo que alguno se aproveche de mis datos. Pero puede usted afirmar, rotundamente, lo que le digo. Tardaré muy poco en poner en práctica mi descubrimiento. Espero la muerte de uno de los recluídos para comprobar ciertos extremos, analizando por dentro su cerebro.

De pronto veo aproximarse a nosotros dos celadores, y en medio de mi estupefacción, uno de ellos agarra bruscamente al director, llevándoselo con él, mientras el otro se encaraba conmigo.

—¿Quiere usted decirme quién le ha dado permiso para entrar aquí y hablar con ese señor?

—El mismo; ¿acaso no es bastante? —contesté yo enfadado.

—Como usted comprenderá, un loco no es quién para conceder nada.

Al oir esto, tal fué mi sorpresa, que tuve que hacer un gran esfuerzo para dominar el violento temblor que se apoderó de mi cuerpo. Durante unos minutos temí ser víctima de mis nervios y perder la razón.

Después de varias explicaciones por parte de ambos, logramos saber lo ocurrido. El que había estado conmigo era un recluído, cuya locura él mismo me había explicado. Era un médico famoso que, a fuerza de estudiar las enfermedades mentales, se había vuelto loco. Su obsesión era la de creer que había inventado el medio de curar la locura.

Aprovechando un descuido de los celadores, penetró en el despacho, donde yo le encontré, en el momento en que el director se había ido a comer, usurpando él sus funciones. Ya varias veces había intentado hacer lo mismo. Durante una hora, temiendo que se hubiera escapado, le buscaron por los alrededores del manicomio.

—Espéreme un momento —me dijo el empleado cuando se enteró de la carta que llevaba para el director, —que le voy a llamar.

—No; ya no es necesario —repliqué. —He visto lo que tenía que ver. Salúdele de mi parte. Y gracias por todo. A sus órdenes.

Salí a la calle. Por el camino volví corriendo y mirando para atrás, como huyendo de una pesadilla. No he vuelto ni volveré jamás a visitar un manicomio. Tengo la plena seguridad que, de hacerlo otra vez, me quedaría dentro.

J. DELGADO CARRASCO

De Rosario

Por la copa campeonato 1.ª división

Equipo del "Club Newells Old's Boys", que venció al "Belgrano" por 2 goals a 0.

Team del "Club Belgrano", que a pesar de su brillante juego, resultó vencido.

F. Bearzotti, deteniendo un ataque de Celli.

Libonatti anula en brillante forma la acción del guardavalla del "Belgrano", marcando el primer goal.

Interesante instantánea tomada en el momento de caer vencida por segunda vez la valla del "Belgrano".

De Rosario

FIESTAS MAYAS. — Autoridades políticas, militares y eclesiásticas en el salón de la Municipalidad, después de realizado el tedéum, el 25 de Mayo.



Periodistas italianos y rosarinos que se reunieron en fraternal ágape, por invitación de los segundos, con el fin de estrechar vínculos de camaradería.

La señora que se enorgullece de su mesa

ofrece siempre a sus convidados las mejores Salsas Inglesas, como la de Lea & Perrins que por muchas generaciones ha sido la preferida de la nobleza y de las clases elevadas de la Sociedad. La citada firma posee cédulas de nombramiento como proveedora de las Casas Reales de Inglaterra y España.

La verdadera SALSA INGLESA

LEA & PERRINS

La calidad de esta deliciosa y antigua Salsa Inglesa ha sido mantenida constantemente durante cinco generaciones. La firma de Lea & Perrins, escrita con letras blancas sobre el fondo rojo del rótulo, es como la marca del fiel contraste y garantiza que es la Salsa primitiva y genuina de Worcestershire.



Firmeza y perseverancia, grandes remedios.

La mayor parte de la humanidad doliente son víctimas de su propia impaciencia, de su nerviosidad. Buscan remedios, y cambian todos los días de ellos, prejuzgando sobre su bondad. No han tenido tiempo de observar sus efectos y ya abandonan tal tratamiento. Con ese sistema jamás curarán sus males; antes bien, los agravarán.

Numerosos son los enfermos que están muy preocupados de sus molestias, de las que hablan incesantemente y que constituyen para ellos una verdadera obsesión. Constantemente procuran indagar tratamientos nuevos, sometiéndose preferentemente a los más extravagantes y mostrándose sumamente crédulos... Se encaprichan con un médico durante ocho días y lo denigran al noveno, en que están persuadidos de la incurabilidad de su mal y no cesan de repetir, en el interrogatorio a que se les somete, que es inútil tratar de curarlos, que saben muy bien que no hay nada que hacer; lo cual está en contradicción con su farmacomanía, con sus investigaciones incesantes de nuevos medicamentos.

El tipo de estos gastrópatas era Voltaire, que difamaba a los médicos; pero que constantemente iba en busca de nuevos remedios y empezó a quejarse del estómago a la edad de 26 años.

¡Qué contraste con los enfermos que han remediado sus males con las

PILDORITAS REUTER!

Ellos no cambiaron, fueron perseverantes en su uso y hoy la vida les sonríe. A medida que transcurren los años se afianzan más y más los prestigios que las Pildoritas Reuter han conquistado como tonificantes del estómago e intestinos, estimulantes del hígado y por expulsar del organismo las bacterias que pululan en nuestros intestinos al producirse la digestión.

Siendo la estancación de los productos digestivos en el intestino uno de los factores más esenciales de la autointoxicación, se comprenderá la alta utilidad que prestan las Pildoritas Reuter con sus seguros efectos laxativos.

Unicos Importadores: **ILLA y Cía.** MAIPU, 73 BUENOS AIRES



PELIGROS DE LA CAZA DEL AVESTRUZ



Pocas mujeres tienen idea de los riesgos y fatigas que supone la adquisición de las plumas valiosas y de otros productos del reino animal que, para realce de su belleza, han de irse a buscar a remotos países. Y aun hoy, las granjas o criaderos de avestruces, de garzas y de otras aves permiten obtener las plumas de adorno sin graves peligros; pero no ocurría lo mismo en otro tiempo, cuando para cazar las aves que las proporcionan había que correr peligrosas aventuras. Todavía, en algunos casos, se exponen a ellas los cazadores, en el deseo de obtener algún lucro de su deporte favorito, como lo prueba el caso que vamos a referir, ocurrido en la Damaralandia, en lo que hasta hace poco fué el Africa Occidental Alemana.

El país de los damaras es una región abundante en caza, especialmente en antílopes, y como sucede en todos los puntos de Africa donde estos animales son numerosos, abundan también los leones. Un sportman inglés deseando matar algunos avestruces, cuya caza se acababa de prohibir en las colonias británicas, pasó a dicha región, contratando los servicios de un cazador profesional para que le sirviese de guía y de auxiliar.

Un día, como las provisiones fuesen escaseando y el inglés tuviera pocas ganas de salir a cazar, el guía marchó a buscar un pequeño grupo de antílopes orix, que se había divisado a larga distancia del campamento al salir el sol. Aun para un iniciado, la caza de los orix no es cosa baladí, por vivir siempre estos cuadrúpedos en terreno muy abierto. Cuando se está todavía lejos de ellos, hay que echarse al suelo y avanzar arrastrándose, o poco menos, a favor de todos los accidentes del terreno, hasta tener la pieza a tiro, lo que exige acercarse mucho, porque si no se mata al primer disparo se corre el riesgo de no volver a ver los antílopes. Por fortuna, en aquel sitio había muchos nidos de termes o comejenes, que favorecían no poco la tarea, y el cazador partió seguro del éxito, después de beberse una taza de café y llevándose consigo un buen trozo de tasajo.

"A mediodía — escribe el inglés — mi hombre volvió, pero completamente cambiado. Venía con las manos vacías, y ya no era el alegre muchacho que horas antes se separara de mí. Naturalmente, le pedí la explicación de aquella mudanza, y después de descansar un poco y de haberle dado tabaco me contó lo que le había ocurrido.

"En un terreno ideal para aquella clase de caza descubrió el pequeño rebaño de antílopes, entre los cuales se erguía un soberbio avestruz macho. Como esta ave podía valerme cerca de cien libras esterlinas, mi cazador, queriendo proporcionarme una alegría, resolvió matarla, y para que no se le fuese, a favor de las termiteras se acercó cuanto pudo, hasta que consideró seguro el éxito. Detúvose entonces para comprobar que su rifle estaba cargado, y como, sin saber por qué, le ocurriera echar una mirada en torno suyo, con el horror que puede comprenderse descubrió a menos de treinta varas una pareja de leones, que se habían ido acercando a él mientras él se acercaba al avestruz. ¡El cazador estaba a punto de ser cazado! Inconscientemente, sin echarse siquiera el rifle a la cara, apretó el gatillo y salió el tiro, que se perdió en el aire. Pero aquel disparo involuntario fué probablemente lo que salvó la vida a mi guía, pues al oirlo los leones se alzaron del suelo, le miraron un instante y, volviendo grupas, se retiraron lentamente, más sorprendidos que asustados.

"Evidentemente, las fieras habrían acudido a aquel lugar atraídas también por el deseo de apoderarse de un antílope; al ver a mi hombre marchando a gatas, lo habrían tomado por algún animal desconocido y lo irían siguiendo largo trecho, esperando sólo el momento en que se detuviera para lanzarse sobre él."

Este sucedido tiene cierto parecido con otro que ocurrió en el desierto de Kalajari, y del que estuvo a punto de ser víctima un indígena del país, un bushman, que se hallaba cazando avestruces según el procedimiento local, es decir, disfrazado de avestruz con una especie de caparazón hecho con el cuerpo y el cuello del ave, y las piernas pintadas de blanco. Al acercarse a un bando de avestruces auténticas, con objeto de disparar su arco contra el mejor ejemplar, de entre unas matas de cactus salió una leona que se quedó mirando al falso pajarraco, sin duda notando en él algo extraordinario. Si el bushman hubiera tenido serenidad para continuar en su papel, tal vez la fiera no le habría hecho nada, pues no suelen los leones atacar al avestruz; pero le faltó esa serenidad y echó a correr, arrojando el disfraz para que no le estorbase en la fuga, y la leona salió en su persecución. Por dicha para el infortunado cazador, no lejos de allí pastaban algunas cebras, que emprendieron alarmadas el galope, y la leona se detuvo indecisa, como vacilando entre ir en pos de aquella nueva caza o continuar detrás del hombre, y estos momentos fueron suficientes para que el bushman pudiera ocultarse.





ganará $

Prepárese para ocupar puestos más elevados, estudiando uno de nuestros cursos profesionales.

Mande su dirección y recibirá gratis un *manual para aprender a escribir a máquina* y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por *correspondencia.*

TENEDOR DE LIBROS
TAQUIGRAFIA
ORTOGRAFIA
ARITMETICA
ELECTRICISTA
DIBUJO ARTISTICO
CONSTRUCTOR
CONTADOR MERCANTIL
CORRESPONDENCIA
CALIGRAFIA
MECANICO
DIBUJO MECANICO
CHAUFFEUR
MAQUINISTA

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

1059, LAVALLE, 1059 BUENOS AIRES
(La escuela más grande del mundo)

Nombre.................................

Dirección.................................

Localidad.................................

C. C.



HERSILIA (F. C. C. A.). — Banquete al señor Santiago Aicardi, jefe político del departamento de San Cristóbal, con motivo de su reelección en el nuevo período de Gobierno del doctor Aldao.

UN GRAN DIQUE DE CASTORES

En nueva Brunswick existe un gran dique construído por los castores a través de un río poco profundo. Mide esta obra de ingeniería animal tres cuartos de kilómetro de largo, por cinco de ancho y tres de alto. Estos incansables trabajadores del mundo zoológico han construído más arriba del dique principal varios diques de menor importancia para formar pantanos en los tiempos de sequía; y es de notar que algunos diques construídos por el hombre han sido arrastrados por las aguas de este río, mientras que los construídos por los castores permanecen intactos y son bastante más antiguos que los otros. A más de $ 100.000 sube la cantidad que habría que gastar hoy en la construcción del conjunto de diques hechos por los castores.



Encerrar en su pecho un rayito de sol

en los días grises de una enfermedad, es el secreto maravilloso que abrevia la convalecencia. Conservando la fe en un pronto restablecimiento y manteniendo un estado de ánimo alegre, el organismo pronto reacciona. Allí es donde estriba mayormente la eficacia de la acción de la Malta Palermo. Sin ser un medicamento, por los elementos tónicos que la componen, influye favorablemente sobre el sistema nervioso haciendo renacer la confianza, mientras que sus altas propiedades nutritivas vigorizan todo el organismo y enriquecen la sangre, contribuyendo notablemente al restablecimiento completo. Si dudara, consulte a su médico.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES

Malta
PALERMO



DESNATADORAS
Y
MAQUINAS DE ORDEÑAR

Instalaciones de Cremerías
con elaboración de Caseína.

CATALOGOS GRATIS

Goldkuhl y Brostrom Lda.
CHACABUCO, 199. BUENOS AIRES

URINARIAS

(AMBOS SEXOS)

Para el tratamiento rápido de las enfermedades de las vías urinarias nada puede considerarse más eficaz y de resultado más satisfactorio que la

INYECCION 918

Esta inyección uretral es única en su género, debido a sus propiedades electroactivas.

Dos inyecciones diarias bastan para aliviar en 8 a 15 días las citadas enfermedades. Aunque fueran casos de 15 a 20 años de antigüedad, lo alivia igualmente, pero, naturalmente, en algo más de tiempo.

Su empleo es sencillísimo, no habiendo necesidad de tomar nada por vía bucal ni seguir régimen especial.

Ensaye un frasco. Se vende en todas las buenas farmacias.

Depositario exclusivo :

ERNESTO LE RICHE

Galería Güemes, 462. - Buenos Aires.

Envío con reserva folleto explicativo a quien lo solicite.



El **MELLIN** da carnes duras, huesos sólidos y robusta salud.

Hace que las criaturas estén siempre contentas y tranquilas y las madres también. Los niños debiles se reanimaan pronto cuando se les da **Alimento Mellin;** pueden digerirlo con facilidad y así se benefician de la alimentación completa que les ofrece.

Alimento Mellin

(Mellin's Food)

Muestra y librito útil a quien los pida
a H. W. ROBERTS & C°
31, Calle Esmeralda, Buenos Aires
o a MELLIN'S FOOD Ltd. LONDRES S.E. 15 (Inglaterra)

QUEMADURAS

No es necesario desesperarse, correr, gritar, sin atinar con lo que debe hacerse en un caso de quemaduras. Teniendo a mano una BUJIA de «AMBRINE» del Dr. Barthe de Sandfort no hay más que prenderla (como si fuese una vela común de estearina) dejando caer las gotas de «Ambrine» derretida sobre la quemadura y el dolor desaparece de inmediato. Pero lo más extraordinario de este maravilloso descubrimiento francés, es que no solamente calma el dolor, sino que reconstituye la piel sin dejar señal alguna de cicatriz. Millones de soldados curados durante la guerra lo atestiguan. La bujía de «Ambrine» debe tenerse en todos los hogares. La más elemental medida de precaución lo aconseja. Además, por su untuosidad y propiedades calmantes, cicatriza las llagas más rebeldes, úlceras varicosas, eczemas, etc.

La «Ambrine» se vende en todas las farmacias en Bujías chicas y en Bujías grandes (triples equivalentes a 5 chicas) y en tabletas chicas y grandes que se derriten al Bañomaría para los casos de gravedad.

Depositarios Generales:

ILLA & Cía. - Maipú 73

BUENOS AIRES



Murió en su ley

DESDE las riberas del Mar Pacífico hasta el «Cerro de las Brujas» que está en los Andes, nadie ha tenido reputación más siniestra que aquel don Jenaro Montalván, llamado «Remington» como sus parientes de la provincia por el uso abusivo del rifle, pero más frecuentemente «El Mocho» por la oreja de menos que le rebanaron los chinos vindicativos en una antigua sublevación peruana. Con *el Mocho* atemorizaban las madres a los niños. «Ya viene *el Mocho*», decían las gentes, y la provincia entera temblaba si en su erizado y espumante caballo de paso acudía a una pelea de gallos. Llegaba, trayendo en su alforja a su *Ají seco*, tan temido por lo menos como su dueño, un gallo desplumado y feroz, invencible en las *canchas* de los contornos.

Un entusiasmo temeroso encendía a los gañanes cuando, arropado en su poncho negro, don Jenaro los hipnotizaba con aquella mirada magnífica bajo las cejas frondosas, exclamando:

—¡Cincuenta soles de plata al que derrote a mi gallo!

Crispado en el menudo redondel, seguro de la victoria como su dueño, el gallo medía a su rival con el ojo redondo, maliciosamente, y de un salto brusco tajaba la cabeza con la navaja atada en el espolón.

Don Jenaro recompensaba entonces al propietario de la víctima, murmurando con respeto.

—¡Murió en su ley!

Le enfadaban únicamente los gallos que eludían el combate y los perseguía fuera del redondel con su revólver.

Así, decían las gentes del país había perseguido a sus parientes.

Porque una aversión misteriosa como las querellas de la clásica antigüedad iba acabando con la raza de los Montalván, raza hermosa y bravía de jinetes rencorosos que se exterminaban impune y recíprocamente por querellas de agua de riego o de política, en la soledad de un cañaveral.

¡Quién iba a condenarlos si eran ellos los caciques del departamento, diputados o senadores que con la amenaza de revolución, hacían temblar en Lima a los presidentes!

Pero ninguno se había aborrecido tanto como Jenaro y su primo Jacinto, poderoso hacendado también.

Desde veinte años atrás, esta lucha abierta era el drama popular de la provincia. Se perseguían a balazos por una carretera; dos o tres veces, capitaneando la peonada a caballo, se invadieron mutuamente las haciendas; y con algún emisario secreto, se envenenaban periódicamente el agua de una tinaja. La provincia, dividida en *jacintistas* y *jenaristas*, miraba con asombro aquel encono perdurable y sin causa aparente. Sólo los viejos peones de las haciendas, los «negros bien hablados» y casi brujos que saben donde están escondidos los tesoros de los «gentiles» y porqué la viuda blanca salta al caballo del viajero nocturno para clavarle las uñas como aguijones, sólo los viejos muy canosos podían contar que «hace tanto tiempo, mi amito», don Jenaro halló en una cabaña de pescadores, junto al mar, a su joven esposa en brazos del primo Jacinto. Casi desnudo, a galope, pudo éste huir sin que lo persiguiera nadie, pero la esposa de don Jenaro Montalván, la suave y pálida Clorinda que lloraba sin término, fué atada como estaba, sin más vestido que sus cabellos, en el lomo de la cabalgadura y llevada así a la hacienda. Los peones del camino vieron pasar el cortejo lento con un asombro creciente que iba a ser terror en toda la comarca. Don Jenaro llevó de la brida al caballo hasta llegar al edificio de la molienda y en la inmensa paila en que hierve el moreno zumo de la caña de azúcar, a pesar de los llantos clamorosos y de las indias que se arrastraban de rodillas implorando la clemencia del amo, arrojó a su romántico amor. En la paila fué quemada viva doña Clorinda de Montalván y durante dos años por lo menos nadie quiso probar azúcar que parecía tener sabor a sangre.

Aquel don Jenaro tan buen mozo que ostentaba en la feria los mejores caballos de paso, los ponchos de relumbrón y esos sombreros de Catacaos tan sutiles que sólo pueden tejerlos manos de mujer en una noche de luna, acabó por ser este viejo mugriento de cejas foscas y poncho negro, gallero insigne y amparador de bandidos.

—Estaba en su ley — observaban las gentes con esa ruda justicia de mi tierra. — Jué culpa de la finadita que le faltó, pues, señor. El agarró y se desgració: quedaron parejos. El gallo tiene su espolón.

Así decían añadiendo un «¡Pobre don Jenaro!» los peones ancianos para explicar la ruina de aquella vida. Con los años parecía relajarse su crueldad antigua. Ya no ataba a los culpables del más simple delito con un cepo de clavos que los hacía ulular toda la noche. Y cuando circuló por las haciendas comarcanas la noticia de que estaba muriéndose, la compasión fué general. Pero noticias más extrañas acrecentaron la curiosidad y la simpatía. Se estaba arrepintiendo al cabo el tremendo autor de tanta fechoría, el viejo hereje que instalaba en la capilla de la hacienda una cancha de gallos. Había pedido confesión y como el penitente era de fuste, el reve-



rendo obispo del departamento no vaciló en cabalgar dos días para traer los Santos Oleos.

Tal Extremaunción fué, por supuesto, una de las más ejemplares fiestas de la provincia. En los curatos lejanos se decían misas por don Jenaro, y el alma romántica de las gentes se entusiasmaba con la santidad de aquel epílogo. Milagro fué de Santa Rosa que en su capilla del Carmen Alto, circundada de cañaverales de azúcar, parecía mudar toda la dulzura ambiente en un irresistible don melífico. Por las noches, cuando pasaban las carretas, los gañanes detenían los bueyes para dejar en la capilla la flor que llaman la bandera. Junto a la casa de la hacienda se habían visto luces rojas en la noche. «Yo la vide, comadre, se le juro por estas cruces», aseguraban los cortadores de caña, besándose el pulgar y el índice cruzados. Era mandinga, era el diablo el que venía a llevarse el alma prometida; pero, en su lucha con la santa, ésta había vencido de tan celeste manera que don Jenaro manifestó el deseo de ver, antes de morir, a su primo Jacinto para perdonar los rencores pasados. Al saberse el proyecto de reconciliación sublime, la provincia entera tuvo el entusiasmo de un espectador de quinto acto. El lunes, con el alba, en medio de repiques de campanas, salió el obispo a *Tambordn*, el fundo del primo Jacinto; y el martes por la tarde su regreso fué triunfal en el patio de la hacienda decorado con arcos y guirnaldas. Vestidos de fiesta los peones esperaban la bendición como en las romerías.

Sin descalzar espuelas ni quitarse el poncho, don Jacinto Montalván avanzó, precedido por el obispo, al cuarto en donde el primo Jenaro exhalaba a trechos un quejido anhelante con la mano crispada en el corazón.

— Jacinto — dijo el moribundo, desde el solemne lecho colonial, entreabriendo los ojos. — Te he llamado para que me perdones.

Con voz asmática explicaba el pasado, se sinceraba mezclando a Dios y los santos y concluyó diciendo:

— ¡Dame un abrazo, hermanito!

En el cuarto obscuro rezaban algunos servidores. «Jesús, María y José» gimió una vieja estremeciéndose y besando el suelo por humildad. Dos voces de mulatos sollozaron. «¡Mi amito!» Conmovido también, Jacinto se inclinó sobre el lecho para dar el abrazo de paz; pero retrocedió bruscamente. El viejo se había erguido a medias; el revólver que ocultaba en las sábanas brilló un momento en sus manos inhábiles y cayó al suelo con un ruido fúnebre. La voz de don Jenaro, enronquecida por la agonía, silabeó entonces con desaliento:

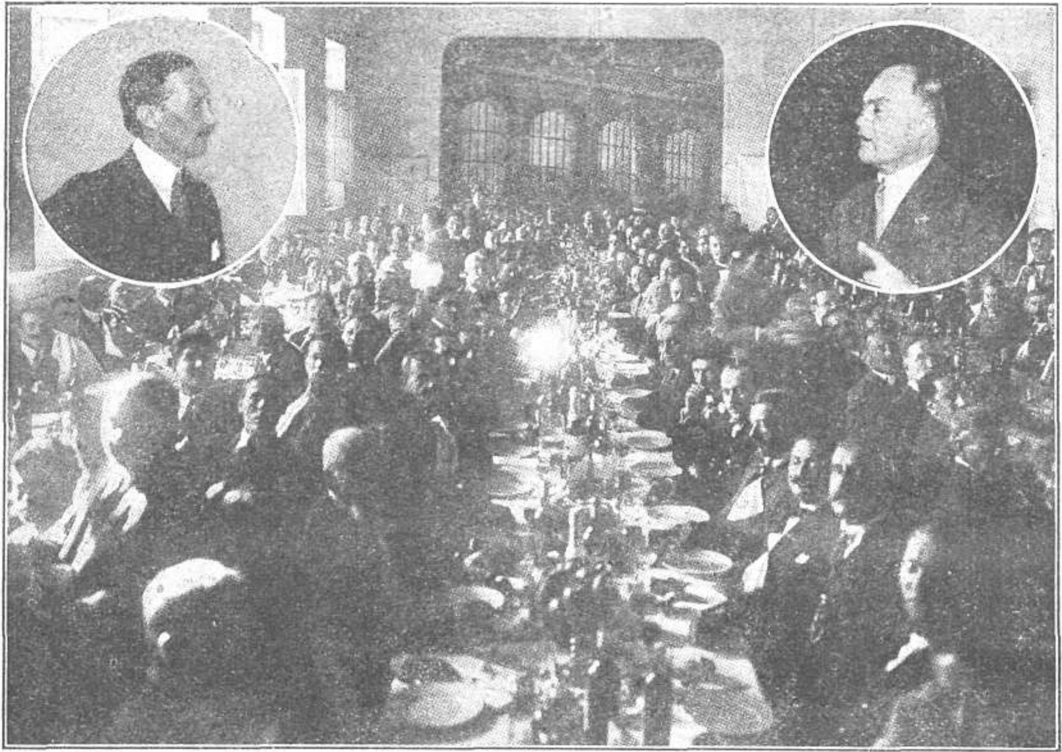
— No puedo... Hijo de... perra!

Estaba muerto ya y tan pavorosa expresión reflejaban los ojos vidriosos, que el mayordomo de la hacienda le tendió sobre el rostro un pañuelo de colores. El obispo y sus familiares rodearon con estupor indignado a don Jacinto Montalván, excusándose de lo ocurrido, temiendo tal vez que los creyeran cómplices de la emboscada aviesa. Su Ilustrísima acompañó hasta el caballo a don Jacinto silencioso y ceñudo. Pero cuando éste se hubo afianzado en los estribos de cajón, le oyeron que murmuraba con un asombro respetuoso ante aquel rencor magnífico:

— ¡Pobre don Jenaro! ¡Murió en su ley!

VENTURA GARCIA CALDERON


Herwig y Cia
Rosario.
LA TRIGUEÑA!_
el mejor Carabanchel.



VILLA DOLORES. — Aspecto del banquete que le fuera ofrecido al Gobernador doctor Julio Roca, celebrando la colocación de la piedra fundamental del dique del río "Los Sauces". En círculos: El doctor Rothe, Ministro de Gobierno y el doctor Eliseo V. Segura, que hicieron uso de la palabra.

Tomar el aceite de Hígado de Bacalao es un placer, gracias a la



Extracto concentrado orgánico de Hígado fresco de bacalao. Poderoso tónico reconstituyente para niños y adultos. Gusto agradable. Se toma fácilmente en gotas mezcladas con agua o caldo. 2 gotas equivalen a una cucharada de sopa (de aceite) y el frasco a 5 litros. Legítimo producto francés. Premiado en todas las Exposiciones de Medicina. Certificado N.º 4890. Venta libre.

Depositarios Generales:

En Buenos Aires: Illa & Cía., Maipú 73
En Montevideo: Calle Uruguay 816.
En Río de Janeiro: A. Lameiro, rua Sao Pedro, 268

Concesionarios - Importadores en Sud-América
BIRABEN & Cie. - Casilla de Correo 81 - Montevideo

VESTIDOS a $ 0.80

¿Cómo?

Comprando un paquete de la maravillosa ANILINA ALEMANA

VENUS

Unica en el mundo que tiñe instantáneamente toda clase de tejidos, por finos y delicados que éstos sean, sin dañarlos. No mancha las manos ni los utensilios.
Siguiendo las instrucciones del folleto el resultado es maravilloso, no siendo necesario usar sal ni vinagre, etc., por lo que hace que, la maravillosa ANILINA ALEMANA VENUS sea única en su género y de tan fácil uso que hasta un niño puede teñir.
Nuestra maravillosa ANILINA ALEMANA VENUS, NO viene envasada en tubos de vidrio sino en paquetes; por lo tanto, encarecemos a nuestros consumidores rechacen todo colorante que no vaya acompañado de nuestra marca registrada,



que es sello de bondad

SOLICITE MUESTRA GRATIS

En venta en las principales farmacias, droguerías y casas de ramos generales, al precio único de $ 0.80 el paquete. Si no tiene su proveedor pídala a sus concesionarios:

CODINA & Cía. - Tacuarí, 24 - Buenos Aires



Sinsabores Continuos

son los que las indigestiones producen. Efectivamente, si el estómago o los intestinos no funcionan como es debido, no es posible tener ni un solo momento de tranquilidad. Hay que vencer ese estado de cosas, procediendo a una limpieza radical, y al mismo tiempo suave, de las vías digestivas, empleando a ese objeto las



Remitiéndonos cinco centavos para el franqueo, gratuitamente le enviaremos una muestra.

Unicos Agentes:
F. SCHWEIZER y Cía. - 25 de Mayo, 11 - Bs. As.
U. T. Avenida 4225

¿ESTÁ Vd. HERNIADO?



Si usted está herniado es seguro que habrá usado bragueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe usted desechar esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorables referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación, sin sufrir ninguna molestia.

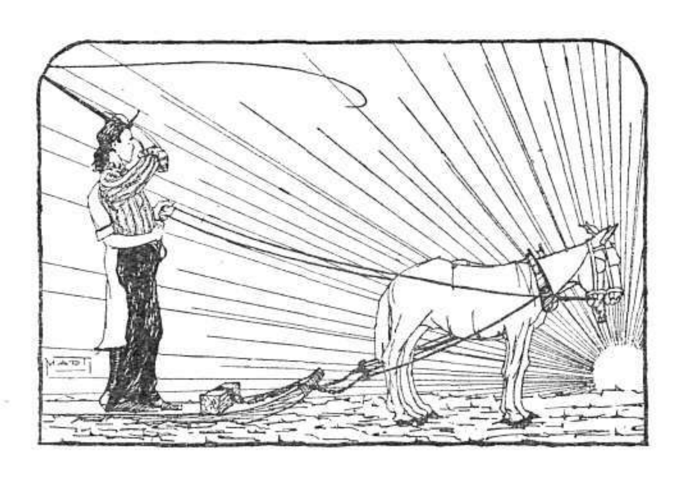
No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

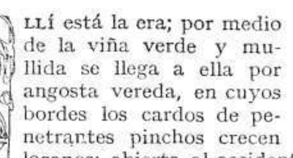
Escríbame sin demora, y a vuelta de correo recibirá gratis un precioso folleto que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídalo ahora mismo a

S. MORASSUT (ESPECIALISTA)
SARMIENTO 1584 — ROSARIO (Argentina)

La Trilla





Allí está la era; por medio de la viña verde y mullida se llega a ella por angosta vereda, en cuyos bordes los cardos de penetrantes pinchos crecen lozanos; abierta al occidente y cerrado el oriente por la línea de colinas que terminan un poco más allá, dejando ver el mar, en cuya azul y plana superficie vese, como pañuelo que se agitara saludando a la tierra, la vela triangular de algún falucho costeño. Por detrás y allá a lo lejos aparece la masa informe del trasatlántico que se marcha dejando una espesa espiral de humo gris, y por aquel puertecillo es por donde penetra el viento que ha de hacer levantarse la paja de los viergos al tiempo que el grano cae limpio y brillante formando geométrica pila. La tarde desciende, el sol se va hundiendo poco a poco tras los llanos, y ya los mozos encargados de *echar la parva* comienzan a moverse y a quitar los *atados* para dejar que la gavilla se desparrame sobre las piedras pizarrosas de la era; por el camino que de la finca viene se ve a Antonio Chaves con la escopeta al hombro, pausado y pensativo, y ya en los cortijos próximos las mozas se visten las almidonadas enaguas, preparándose para ir en el trillo sujetas a la cintura de algún Hércules de los campos, de algún trillador experto.

Antonio Chaves *el Cortijerito* llega a la era; saluda a los demás con un ronquido profundo, y tirando la escopeta sobre las gavillas se sienta en el *balate* cercano, saca una petaca de cuero color de grosella y empieza a liar en el indispensable papel de Layana el cigarrillo de contrabando. Los trabajadores siguen echando gavilla sobre gavilla, desparraman las espigas con los pies y caen algunos granos, que al meterse por el entretejido de las mieses inferiores semejaban querer perderse bajo su sombra bienhechora; ya las piedras no se ven y la era semeja gigantesca hogaza con las doradas espigas distribuídas descuidada y artísticamente por su plana superficie. Entonces uno de los mozos quita las trabas a los mulos que pacen en el rastrojo próximo y los lleva a la era tirando de los ramales con displicencia, mientras canturrea las melancólicas notas de las murcianas; al llegar allá los acaricia rascándoles la frente, a lo que contestan el *Gallardo* y el *Torillo* con dos relinchos cortos, como si dijéramos con dos saludos de confianza; ata al bocado de uno una corta cadena que sujeta al del otro, y uniendo los largos cordeles a las anillas del trillo espera órdenes volviéndose a su amo.

El *Cortijerito*, como le llaman en el partido por su juvenil edad, anda pensativo; no separa la vista de la hacienda, que, rodeada de altas chumberas y artísticos rosales, se divisa a lo largo por encima de las colinas, y parece que sobre el seto vivo que la cerca cree divisar algo conocido, algún recuerdo dulce que le hace temblar de ansia por volverlo a ver y que lo trae inquieto, moviendo y removiendo los pies de gato de la escopeta y echando cigarro tras cigarro, unos cigarros gruesos que se quemaban desigualmente dejando un residuo de papel amarillento que hacía oscilar la brisa leve de la tarde. Contestó al mozo diciéndole que esperara y le tiró la petaca para que entretuviese el tiempo; lió el otro y púsose a charlar con su amo. Este se levantó de pronto al ver venir lo que esperaba: unos vestidos claros que descendían el carril y se acercaban a la era llevando sus dueñas los abanicos a la altura de la frente para resguardar los rostros del sol, que quemaba de veras.

— Allí vienen las señoritas de *Madrí* — dijo el mozo mirando de reojo a Antonio Chaves.

— Bueno, ¿y qué?

— *Pos ná* — rematό el otro en tono filosófico.

Las señoritas de Madrid se acercaban; habían venido allí con un hermano *ético*, como decía la gente del campo, tuberculoso como dijeron los médicos, que se moría lentamente sin que de nada le sirvieran el clima adorable y los aires purísimos de aquellos sitios; las chicas se aburrían en aquel lugar y el hermano las incitaba a que se distrajesen, y no perdían faena campestre por nimia que fuera ni fiesta de pueblo por lugareña que resultara; luego contaban al enfermo lo visto, adornándolo con detalles y observaciones, y era la distracción favorita del pobre condenado a muerte, a la muerte lenta y terrible de la tisis.

Al llegar a la era ya estaba de pie el *Cortijerito;* adelantóse bruscamente y alzándose el ancho sombrero preguntó por el señorito Pepe, por su padre y la familia; luego dijo a los mozos que se iba a trillar; suavizó el suelo restregando el pie sobre los terrones; echó encima la chaqueta e hizo que se sentaran las señoritas. Carmela, más impresionable que la otra, miraba con admiración las faenas de aquel hombre rudo, y en su corazón se despertaba la sospecha de que quizá aquellas atenciones fuesen para ella, porque sorprendió al *Cortijerito* en diversas ocasiones fijos los ojos en su semblante y con una nube de melancolía suprema en la bronceada y franca fisonomía. La otra, María, que no podía olvidar los salones de la corte, veía tan sólo en Antonio Chaves un criado distinguido, hombre que atendía en el campo, si bien con cierta superioridad, pero que olvidaría al día siguiente de llegar a Madrid, y que no se cuidaría de saludar si lo distinguiera desde los almohadones de su coche mirando atortolado, como buen paleto, el bullicio vertiginoso de las calles de la corte.

— A ver, Tobalo, da dos vueltas a la parva *pa* ponerla lisa — mandó con breve voz el *Cortijerito*.

Pisó el mozo la tabla curvada, apoyó los pies sobre las suelas que hay pegadas a la madera, restralló el látigo y empezaron los mulos a correr

describiendo círculos sobre las gavillas y hundiendo los cascos entre las espigas. Tobalo, echado atrás, chasqueaba la tralla por cima de la cabeza, y a la segunda vuelta entonó con la melodía singular, melancólica y prolongada de los cantos de la trilla, la copla siguiente:

La mujer del alcalde
de Alhaurinejo
pesa cincuenta arrobas
sin el pellejo.

— *Cudiaito* con las coplas — objetó Antonio Chaves; — a ver si *vos* se escapa alguna *barbarid.*

Callóse el mozo y siguió dando vueltas; las madrileñas veían aquello con curiosidad mezclada de algo de admiración; Carmela lo sentía, María lo observaba.

Por fin dijo Chaves que estaba bien; detúvose el otro y pisó el trillo el *Cortijerito;* irguió el busto, restralló con estrépito el látigo y un *arría, Torillo; ré, Gallardo,* puso los mulos en marcha; el talle del mancebo se cimbreaba con los saltos del trillo, el sombrero cayendo hacia atrás hizo ver su pelo enmarañado, y un rayo de sol, al chocar en su frente, hizo aparecer como brillantes las gotas de sudor que por ella caían.

Llegaron las mozas campesinas y saludaron a las madrileñas con cierto respeto envidioso; colocáronse al lado de aquéllas los mozos sus amigos, y Chaves paró en seco y detúvose ante Carmela y María.

— ¿Quién *quié* trillar conmigo? — pregunto sin alzar los ojos del suelo.

Ruborizóse levemente Carmela y vaciló; su hermana dió un salto y púsose al lado del *Cortijerito,* éste le indicó que se agarrase bien, y una vez que la tuvo ceñida soltó dos latigazos a los mulos y comenzó la carrera.

El sol caía ya; la parva se hacía más dorada; los aviones cruzaban chillando por el cielo, y allá de lo inmenso del mar llegaban los silbidos potentes de un vapor que se acercaba. Carmela pensaba que iba a tocarle su vez y se estremecía al considerar que tenía que ceñir con su brazo la cintura del campesino, que quizá ansiaba el momento; quisiera ella estar muy lejos, pero cuando acordó, el trillo estaba parado delante y oyó la voz del *Cortijerito* que la invitaba entre el escándalo y los celos de las mozas del campo. Levantóse y se acercó pálida.

— No hay que tener *mieo,* señorita Carmela — dijo Antonio Chaves con su voz brusca; — agárrase *usté* bien a mi cintura y vamos allá; esto no es lo *mesmo* que andar en coche, pero *tó* es acostumbrarse.

Puso Carmela los pies sobre el trillo; agarróse a la cintura con timidez.

— Apriete *usté* más — dijo el *Cortijerito;* — se *vasté* a caer sino.

Rodeó ya el brazo Carmela a la cintura del campesino, y cuando partió la tabla sintió como un mareo que de su ser se apoderaba; al verse girar en aquella superficie fugaz que volaba sobre las gavillas, al verse abrazada al robusto cuerpo del trillador, un rasgo de pudor asaltó su imaginación y hubiera querido desligarse y volver a su sitio; pero no pudo: la tabla volaba, por encima de su cabeza crujía el látigo, y sintió ensancharse el pecho que ceñía con su brazo y oyó la voz del *Cortijerito* que cantaba:

Yo tenía un corazón
y se lo di a una mujer,
que lo tiene hecho jirones
de jugar tanto con él.

Entonces Carmela sintió una especie de desvanecimiento; el polvillo de la paja la embriagaba; las vueltas vertiginosas del trillo hiciéronle perder la cabeza; quiso hablar y no pudo, y aturdida cayó hacia atrás, arrastrando a Antonio Chaves; al comprender que la señorita se caía, dió media vuelta y la detuvo en el aire; pero perdió el equilibrio y ambos cayeron abrazados sobre la parva, hundiéndose entre las espigas medio trituradas, color de oro.

Ella levantóse pálida; él, por el contrario, rojo; siguió la trilla; las señoritas de Madrid se fueron porque se hacía tarde, y el *Cortijerito* las acompañó a su hacienda, dejando a sus amigos el cuidado de atender a las demás. Durante el camino no habló palabra, ni Carmela tampoco; María los miraba sonriendo y habló por los tres; al fin y al cabo la una era el sentimiento, la otra la observación.

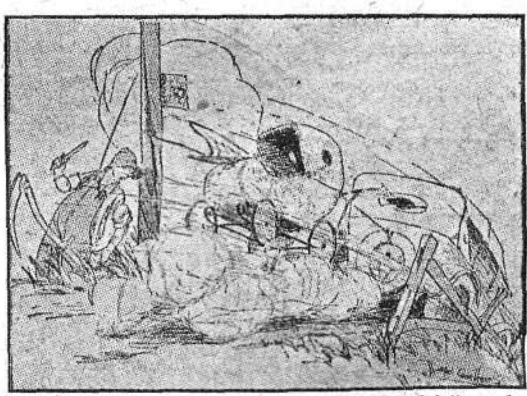
....

Y ahora, muchos años después, cuando Antonio Chaves, viejo ya y con canas, ve cómo trillan sus hijos y sus mozos en las tardes doradas de junio, mientras oye el potente silbar de los vapores allá en el mar azul, piensa en las señoritas de Madrid que no volvió a ver ni de ellas supo jamás desde la muerte del tísico, y recuerda, estremeciéndose nerviosamente, aquella tarde y aquel abrazo digno de ser cantado por Virgilio, verdadero abrazo de sílfide y de sátiro.

JUAN GUILLEN Y SOTELO



El baile en el año de 1930.



— ¡Ah! Es don Pedro que ha sacado a su sobrinito a dar un paseo...

De Tucumán

ECOS DE LAS FIESTAS PATRIAS. — Las tropas del ejército desfilando ante las autoridades provinciales.

Vista parcial de la selecta concurrencia que asistió al te danzante realizado en los salones de "El Círculo" el 25 de Mayo.

Concurrentes al baile organizado por la Comisión Directiva del "Círculo Español", en celebración del aniversario patrio.

De Entre Ríos

CONCORDIA. — El señor Celestino H. Risso, gerente de la *sucursal* del Banco de la Nación, rodeado por el personal de dicho establecimiento, que le hizo objeto de una demostración de aprecio, con motivo de acogerse a los beneficios de la jubilación.



CONCORDIA. — Parte de la selecta concurrencia que asistió a la recepción ofrecida por los esposos Legeren - Lesca, el día en que celebraron sus bodas de plata matrimoniales.

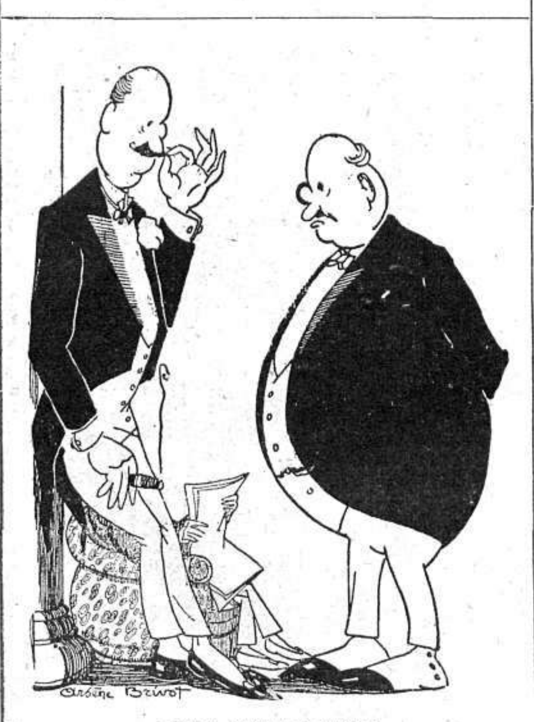

LA IMPERIAL
VICTORIA ESQ. PIEDRAS Bs AIRES
500
269
1252
872
N.º 500—Práctico y abrigado saco en punto tricot de pura lana, con amplio cuello forma echarpe, de lana raspada, en todos colores, precio de ocasión...... $ 12.50
N.º 269 — Regio Tapado en finísima piel de lutre «Electric», de la mejor calidad, todo forrado en ricas sedas negras, precio de verdadera ocasión, a $ 230
N.º 1252—Rico Tapado en fino velour gamuza, de la mejor calidad, artículo de mucho abrigo, cuello y puños de imitación piel, en todos colores, a $ 49
N.º 872 — A precio verdaderamente increíble, vendemos esta elegante chaquetita confeccionada en fina piel de lutre «Electric», con fino forro fant., a $ 170



PAGINA HUMORISTICA



—¿Pero invitas a los Pérez a que vengan a pasar ocho días con nosotros? ¡¡Estás loco!!
—¡Qué voy a estarlo! ¿No ves que con el gran luto que tienen no vendrán, y nosotros quedaremos bien?...



EN LA CASA DE JUEGO

—Hace mucho que no se le veía a usted por aquí.
—¡Ah, querido! En seis semanas he perdido a mi mujer, a mis dos hijos y a mi suegra...
—Pues entonces le ha llegado a usted el momento de ganar...



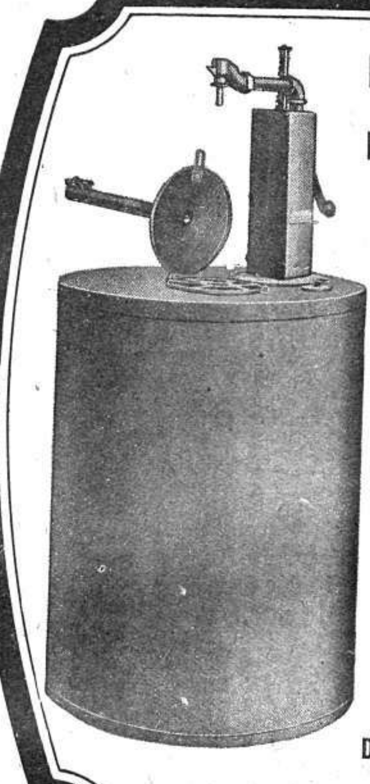
—¿Pero quiere usted casarse conmigo? ¿Con su cocinera?
—¡Sí! He calculado que me costará usted mucho menos...



—¿Dónde has pasado la "soirée"?
—Hemos ido al teatro.
—"Hemos"... He aquí un plural que me parece muy singular...



—Me pongo a sus pies... ¡La amo, Juanita!
—¡Ah! Yo creía que era usted pedicuro...



METODO MODERNO

PARA EL

EXPENDIO DE KEROSENE AL DETALLE

SISTEMA

BOWSER

Casa Establecida en 1885

TIPO ECONOMICO, FABRICADO EXPRESAMENTE PARA ALMACENES

Mide automáticamente en medidas de $\frac{1}{4}$, $\frac{1}{2}$ o 1 lit.

Capacidad del depósito: **200** litros.

SE EVITA

el uso de medidas, derrames, pérdidas de tiempo y mercaderías contaminadas por el kerosene.

VENTAJAS

Rapidez del despacho, medida exacta, higiene y seguridad, etc., etc.

PRECIO: $ 180.— m/n., en mensualidades.

Descuento por pago al contado.

Soliciten detalles o inspecciónese en el local de sus UNICOS REPRESENTANTES

DONNELL & PALMER - 554, Moreno, 572 - Bs. Aires.

Agentes en Rosario; **FANAGAN y Cía. - Santa Fe, 1053.**





Jabón y Polvos Hiel de Vaca

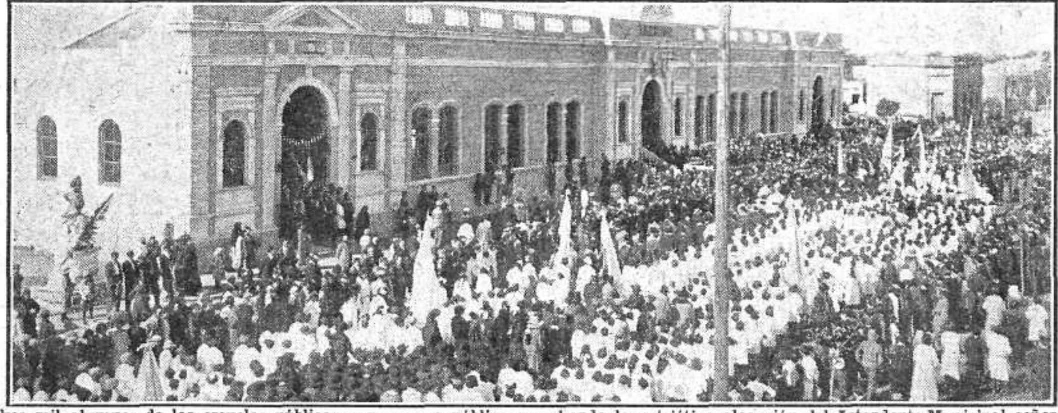
Su uso continuo hace desaparecer las PECAS, BARROS, ARRUGAS, GRANOS, SUCHOS, ESPINAS, PAÑO y toda mancha de la piel. Intensamente perfumados.

Rhum - Quinquina Crusellas

La LOCION TONICA de mayor consumo, de intenso y agradable perfume, elimina la caspa y evita la caída del cabello. Peine a sus niños con Rhum-Quinquina y jamás serán calvos. Estos productos han sido inventados en el año 1879 por Crusellas Hnos. y Cía. que ostentan los títulos de proveedores de la Real Casa de España y de los Infantes de Orleáns. Son los legítimos y están premiados con medalla de oro en todas las Exposiciones.

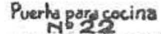
Importadores: CASTRO Hnos. y Cía. - Cerrito, 277.

De San Luis



Tres mil alumnos de las escuelas públicas y numeroso público escuchando la patriótica alocución del Intendente Municipal, señor Rolando de Ollogui, el día del patrio aniversario.

¿Porqué se imponen nuestras puertas y ventanas de cedro?





Porque en razón de su construcción perfecta y sólida dan un rendimiento insuperable.

Porque son más baratas que las de madera inferior.

Porque la enorme demanda de ellas las consagran como lo mejor que se fabrica en Puertas y Ventanas.

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo: **1-2-3-4-11-13-14-15-16-17-18-19-20-21-22-23-24-25-26-27-35-36-47-48-51-52.**



Ventana Nº 17

de cedro

PUERTA N.º 22		
De 2.00 × 0 70	c/u.	$ 47.—
» 1.80 × 0.70	»	» 45.—

VENTANA N.º 17		
De 1.00 × 0.60	c/u.	$ 26.—
» 0.80 × 0.55	»	» 24.—
» 0.60 × 0.40	»	» 19.—

PUERTA N.º 2		
De 2.40 × 1.10	c/u.	$ 80.—
» 2.20 × 1.10	»	» 78.—
» 2.00 × 1.00	»	» 75.—

VENTANA N.º 14		
De 2.00 × 1.00	c/u.	$ 66.—
» 1.80 × 0.90	»	» 61.—
» 1.60 × 0.80	»	» 57.—



Solicite Catálogo

TARTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 — Buenos Aires

Acordamos 5% descuento

A. ASTRALDI - SARMIENTO, 1042 BUENOS AIRES

PRECIO UNICO $ 245.—



GRAN DORMITORIO lustrado a muñeca en color roble Norteamericano, finos espejos y aplicaciones de bronce cinceladas, compuesto de ropero con 3 espejos, cómoda toilet con 3 espejos, cama matrimonial con elástico reforzado, mesa de luz con repisa, una percha, 1 toallero y de regalo un fino reloj c/plata 800.

$ 245.—

EMBALAJE Y ACARREO GRATIS. — SOLICITE EL NUEVO CATALOGO ILUSTRADO.



VEALO BIEN

SULKY "AEROPLANO"

vale solamente

Desarmado, embalado, puesto sobre vagón Buenos Aires.

$ m/L 165

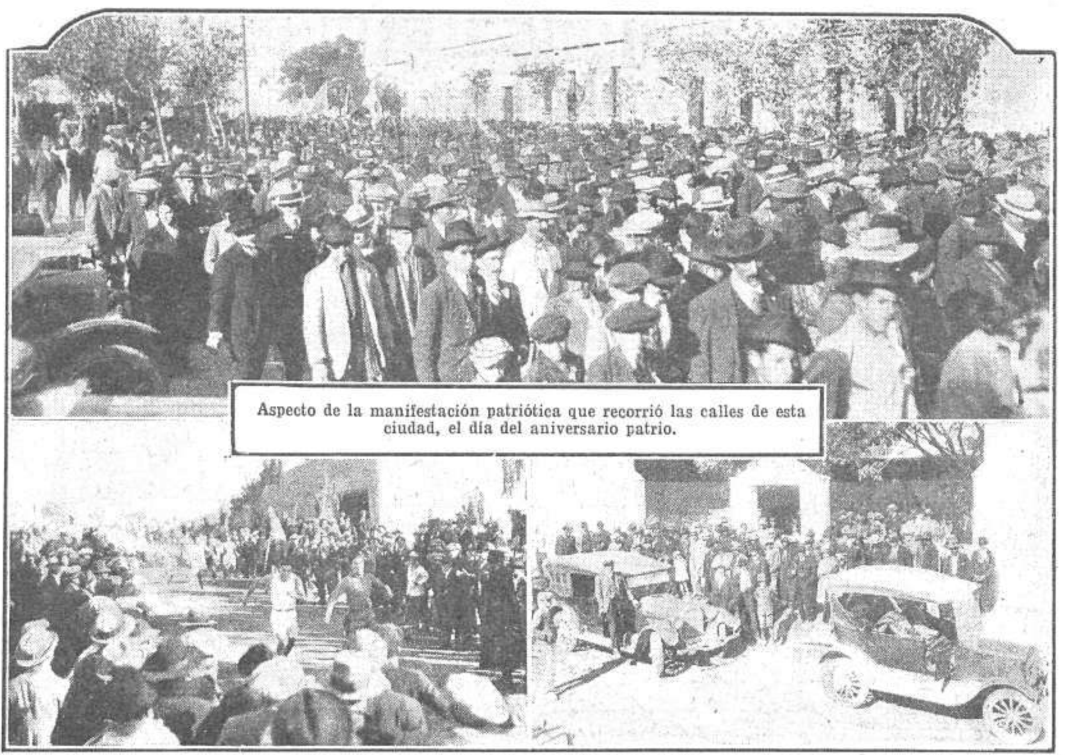
Pídalo directamente a

CASA DICHIO

CALLAO, 255. — BUENOS AIRES

No anotamos el pedido si no viene acompañado del importe.

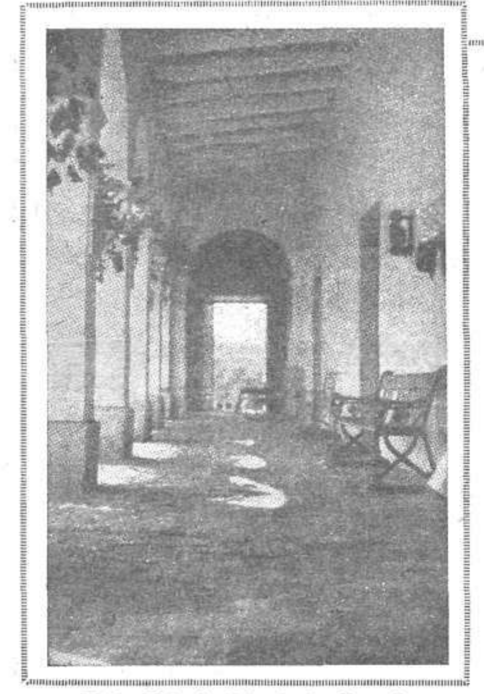
Hasta el 15 solamente.



Aspecto de la manifestación patriótica que recorrió las calles de esta ciudad, el día del aniversario patrio.

Los corredores Sánchez y Aguiar, ganadores de la carrera de 100 metros en el torneo atlético realizado en celebración del 25 de Mayo.

D. DE ALBARDON. — Autoridades locales y público que asistió al acto de la inauguración de la sucursal del Banco Provincial en esta localidad.



Galería del frente. Estancia San Bernardo.



Como era lógico que pasara, una vez que nos hubimos arrellanado en el rechinante Ford, que sin merecerlo mayormente se encaprichara el destino en brindarnos, en viaje desde las proximidades de Valle Hermoso rumbo a Mina Clavero y por sobre la Sierra Grande de Córdoba, al espíritu debieron acudir reminiscencias del buen número de mentados trayectos y panoramas, que, ya en cercanas, ya en lejanas tierras, a algunos de los circunstantes nos había sido dado conocer. Nada hay que valga lo que el punto de comparación, para en ciertas ocasiones mejor sentir, gustar o estimar.

Por supuesto que tampoco tardan en ocupar su ubicación correspondiente los nombres de Cárcano y Pagliari, desde que no es posible dejar de invocar a esos dos meritorios ciudadanos frente a este imponente camino abierto por entre la piedra abrupta y conocido por de las Altas Cumbres, cuyo costo de varios millones declárese en justicia, sobrado se va pagando con los fecundos resultados obtenidos para el comercio y el turismo.

La atmósfera está algo pesada y una ligera niebla envuelve las cimas de la Sierra Grande allá hacia la parte de Los Gigantes. Corremos por una suave pendiente cubierta de arboleda serrana, de entre la que a ratos emergen bosquecillos de sauces diseminados a orillas de apacibles arroyuelos. Los primeros contrafuertes cierran el horizonte de nuestra visión, diríase que celosos de las perspectivas y bellezas que se anidan a sus espaldas. De pronto, tras una curva sombreada y fresca, a la vera de la ruta, un campanario asoma; es el Convento de San Antonio, circundado de huertas y montes de frutales. Apenas una que otra modesta vivienda se alza por las inmediaciones; soledad que parece sentarles a las mil maravillas a unos cuantos frailes y novicios que, munidos de escopetas y sendas presas de caza, encontramos a pocas cuadras de allí.

OPTIMISMO EMPAÑADO

El camino ahora francamente ascendente, serpentea sin cesar, descubriendo cada vez más abundantes, a diestra y siniestra, hermosos bloques de cuarzo y mica; en algún sitio profundas excavaciones denuncian la riqueza del suelo, como así también la punzante avidez humana.

A todo esto la temperatura va enfriándose sensiblemente y al arribar a una eminencia donde una general exclamación saluda la serie de ondulaciones que de allí se divisan, advertimos que la línea superior de las Altas Cumbres se ha coronado de espesas nubes.

—Pésimo presagio. — ¡Temporal! —Mas el caso es que estando en el baile...

—Adelante Herrera; puede que no sea sino amago, tormenta de verano... — Herrera, cordobés de pura cepa, es el propietario y piloto del trajinado vehículo que nos arrastra crujiendo por los cuatro costados y el que no hay vertiente en la que no tengamos que pararlo para apagar el fuego devorador de sus entrañas. — Cluc, cluc, cluc, cluc — continuamente jadea la boca del refrigerante.

Fuera de un par de jinetes andando al trotecito de sus diminutas mulas, no nos hemos cruzado con nadie desde el medio día; y una exigua cabaña denominada Los Tres Cocos, habitación de camineros, es el último poblado que hemos advertido. Carteles ostentando prudentes recomendaciones: «Despacio», «Curva peligrosa», «cargue agua», son de las escasas muestras de civilizada existencia que vamos recogiendo; mal recibidas por cierta clase de excursionistas, si se ha de inferir de los rastros de bala dejados en aquéllos.

La niebla se ha espesado y siguiendo a la humedad otras gangas: viento, frío, lluvia, relámpagos, truenos y la invisibilidad más impertinente fuera de un radio de veinte metros. La diligencia auto-ómnibus, que viene cuesta abajo, a corneta limpia y huyendo del maltrato atmosférico, pasa a nuestro costado como una exhalación.

Claro está que llegamos a Copina deseosos de abrigo; pero aquí no hay más que un cuartucho estrecho, morada del caminero de esta zona, el que con su mujer e hijos en fila bajo el alero de cinc, muéstrase alarmado por los repiqueteos irregulares del motor. Hacemos alto.

— Buenas tardes... Y... ¿qué tal estará eso?

— Llueve... — responde con una sonrisa giocondina, el hombre; un serrano petizón emponchado y con gorra inglesa.

— Ya vemos que cae agua; pero no será pasajera...

— ¡Quién sabe!...

Nuestros ojos ante la reserva del montañés pasan a clavarse en los de la mujer, que parece conmovida de nuestro aspecto húmedo y desazonado. Es nuestra esperanza esta humilde mujer; lo que ella diga dará la pauta de la alternativa a tomar. O bajamos de los 1448 metros que hemos alcanzado o trepamos contra viento y marea, en busca de cielos azules, de cimas imponentes, de espléndidos panoramas. Nuestra muda interrogación es apremiante, candente.

— Pues que llueve — nos repite también ella, con acento ibérico marcado, mirando de soslayo a su cara mitad — ... llueve hoy y lloverá mañana, señores míos...

— Y tal vez pasado — añadió aquél, abriendo al fin opinión.

— Se nos ocurría que



Don Bernardo D'Elía con un grupo de chicuelos, sus mejores amigos.

mientras las nubes llenan los valles, podía suceder que el sol brillara en las alturas... Marido y mujer se miraron sonrientes y a los chiquillos les bailaron las pupilas.

No había nada que hacer sino que bajar y bajar hasta el punto de partida. Mas la buena fortuna encarnada en la persona de una criolla locuaz, nos insinuó luego en pleno descenso, la posibilidad de lograr asilo en el establecimiento San Bernardo, distante unas leguas de ahí, y cuyas alamedas divisáramos a lo lejos horas antes.

UN HOMBRE ORIGINAL

Entregue estas tarjetas al dueño o encargado — dijimos a un peón que había acudido a abrirnos la tranquera de acceso al casco de la estancia.

Instantes después don Bernardo D'Elía salía al frente del edificio; joven de treinta años, desenvuelto y amable, nos estrechó la mano como si precisamente nos hubiese estado esperando.

Pocas palabras bastarían para establecer una franca cordialidad entre las partes. Señoriales arcadas claustrales bordean la amplia y antigua casa, que recorremos de punta a cabo, alentados por un algo de positiva hospitalidad que sentimos flotar a nuestro alrededor. Servidumbre dispuesta a adivinarnos el pensamiento, mastines empeñados en acariciarnos, enredaderas de rosas y jazmines perfumando el ambiente. Y decenas de camas preparadas que denotan la preocupación de no querer ser sorprendidos con la llegada fortuita de visitantes conocidos o desconocidos. Indudablemente nos guiaba en el trance la mano de un hada bienhechora.

Un altar de grandes dimensiones, provisto de imágenes, cirios encendidos y demás accesorios, abarca todo el ancho de la alcoba de nuestro hombre; vis a vis, pendientes en la pared, carabinas mauser, revólveres, lanzas, sables. En las habitaciones contiguas, vitrinas repletas de medicamentos, de frascos rotulados; la garrapata, el tábano, la lombriz... Mesas cubiertas de aparatos de cristal: microscopios, filtros, retortas...

En tanto investigamos, el gramófono nos hace oir el más exquisito repertorio clásico. Nos sentamos a la mesa catalogando a nuestro anfitrión de singular hombre de mundo:

—¿Ese anillo de compromiso que adorna su mano?

—No es de compromiso, está para contentar al saltarín.

—¿Al saltarín?

—Sí; el saltarín le llamo yo al corazón del soltero. Lea usted la inscripción interior.

—«Q.riosa-estoy va-cante».

. . . .

—Entonces ¿cuántas personas son las que ha vacunado usted contra la viruela? — preguntámosle al día siguiente, recorriendo los puestos de su rico latifundio.

—Ocho mil el último verano. Tal es brevemente este hombre, de quien falta agregar que cuida cual si fuese cosa propia, de los carteles del camino instalados en previsión de accidentes; el que los compone o repone cuando transeuntes «espirituales» los dañan o destruyen.



El altar colocado en el patio de la entrada, listo para la misa a que había sido convocado el vecindario.

INSISTIENDO EN LAS ALTAS CUMBRES

Después de tres días de lluvia incesante, tenemos, al fin, cambio favorable de tiempo; el viento sud ha barrido totalmente la tupida cortina de bruma que impedía la continuación de nuestro viaje. Nos despedimos pues, con efusión, dejando atrás a ese caballero de trato delicado e inclinaciones filantrópicas, entregado a sus ocupaciones pastoriles; cerca de la naturaleza, mucho más, por cierto, que nosotros, plantas de ciudad, repletos de la febril inquietud de un siglo desorbitado. El telón al descorrerse presenta ante nosotros un mar de montañas hacia los cuatro puntos cardinales. Las más cercanas, verdes y de líneas alargadas; las más distantes envueltas en una tonalidad que bien podría por similitud, antojársele al observador, la piel rugosa y gris obscura de los elefantes. Cuando de nuevo abordamos Copina, recién nos damos cuenta de los inconvenientes que habrían menudeado, de haber acometido la empresa en medio del temporal. El trecho que comprende los cinco puentes de piedra colma nuestro espíritu de belleza, y los veteranos en paisajes deben confesar que ello es magnífico.



Corral de piedra en el establecimiento San Bernardo.

Herrera, que recorre con el anteojo los caseríos de Córdoba, Cosquín, Valle Hermoso, La Falda, La Cumbre, al distinguir el rincón de su morada recibe como un golpe en el pecho:

— Dios; si ya me parece que siento el calor de mi Manuela...

Unos cuantos enviones y algunas descontadas «panne» y estamos en la temida Pampa de Achala. Un lagarto de color turquesa, trepado sobre una piedra nos observa; disminuímos la velocidad, pero el muy ladino no nos pierde pisada y en un segundo no le vemos ya más. Casa Negra y Los Huecos, inhabitados refugios para excursionistas, representan toda suerte de peripecias serias, de las que afortunadamente hemos salido ilesos.

La Pampa de Achala sugiere en el presente instante la impresión de un vasto hacinamiento de pequeños lagos japoneses. Trasponemos este páramo con las sienes momentáneamente oprimidas, la animación y las fuerzas decaídas; efectos conocidos que produce el brusco cambio de altitud experimentado. Luego, con distinto panorama hacia el poniente, el descenso por entre piedras, piedras y más piedras, de uniforme coloración rosa te; media hora de estupendo festín de granito. ¡Espectáculo catastrófico! — exclama un compañero. ¡Paisaje lunar!—agrega otro. Justamente; de paisaje lunar es como corresponde clasificar el cuadro. Abrumadora sinfonía de piedra que marea y conmueve, y que no se interrumpirá hasta que alcancemos las pródigas plantaciones que circunvalan el pueblecito de Mina Clavero.

CÉSAR VIALE



Templo de Santo Domingo, construído por los indios en el siglo XVII, y cuyo tercer centenario ha sido celebrado con grandes festejos.

Vista interior del templo que, dada su sólida construcción, se mantiene en perfecto estado, constituyendo justamente una venerada reliquia histórica.

NECESIDAD DE USAR TACOS ALTOS

Hasta ahora nos ha parecido una noción corriente que los tacones altos de las señoras no son higiénicos. Pero, no; nada hay estable bajo el sol y, especialmente, en el campo médico... He ahí que un higienista expone en el «Daily Mail» una serie de argumentaciones a favor de los tacos altos, que comprimen, ante todo, los miembros de la pantorrilla en la contracción, ayudando así a su desarrollo. En las mujeres del campo, que llevan en su mayoría tacones bajos, es más fácil notar defectos de simetría en las pantorrillas y en las piernas que en las muchachas de la ciudad; y esto se debe, no sólo al hecho de que la ciudadana camina habitualmente por pisos planos, sino también al ejercicio provocado por el tacón alto, que contribuye a la gracia y a la esbeltez de la apariencia. Se dice que es dañoso que la presión del cuerpo, con el tacón alto, se desplace hacia la punta del pie; pero todos se equivocan; el caminar sobre la punta de los pies es un ejercicio sportivo de primer orden, y hasta muchos pies estropeados se han curado con los tacones altos.



CADA nuevo paladar que saborea la rica bebida estimulante **HESPERIDINA**, ya sea sola o en "cocktail", es un adepto más, definitivamente conquistado.

Es que jamás se ha logrado nada tan exquisito, con la sencilla combinación de la cáscara de naranja, azúcares finos y excelentes elementos fortificantes.

Para acompañar este aperitivo, pida las agradables Galletitas "Cocktail" de Bagley.

HESPERIDINA

El aperitivo único.

EL IDIOMA CASTELLANO EN LA ARGENTINA




Por **FLORENCIO GARRIGOS (Hijo)**

(Continuación)

Una vez que se dió el pase a «desilusionar», sin otorgárselo a su principal componente, el buen sentido aconsejaba extender la benevolencia a «desilusión», tanto más cuanto que sus componentes son de larga data y de insospechable procedencia. Así parecen entenderlo nuestros poetas y escritores. «Viene aquí en las tardes el que da la estrofa — que nido ha de hacernos en el corazón — Viene aquí en las tardes el que filosofa — el que bien nos siembra su *desilusión*.» (Arturo Capdevila, *El poema de Nenúfar*.) «No es necesario trompetear al verdadero talento, y cuando él no existe es vanidad encender ese fuego de paja, al cual suceden tremendas *desilusiones*.» (Santiago Estrada, *Teatro*.)

DIPLOMAR

No por el hecho de recibir un *diploma* debemos decir que uno ha sido o es *diplomado*, pues esto es tan gracioso como afirmar que estamos *medallados*, por habérsenos dado una «medalla», o que hemos sido *insigniados*, por habérsenos colocado una «insignia».

Otorgar un diploma que acredite capacidad o competencia en algún ramo del saber humano, no es *diplomar*, ni recibirlo es *diplomarse*, y si el desbarro puede ser tolerado en estudiantes indisciplinados, es reprobable en profesores recibidos en institutos donde se enseñan humanidades.

DISTINGUIDO

Una vez que vale «noble», «ilustrado», «esclarecido» — asientan conocidos lexicólogos — incurren en grave falta las personas que se lisonjean con este calificativo cuando no son acreedoras a una *distinción* especial.

Es cierto, pero la observación carece de importancia no bien se observa la función social, diríamos, que ha adquirido el vocablo: éste ha pasado a ser, siguiendo probablemente la misma evolución de «don» y de «señor», un término de cortesía, conveniente y hasta útil en el trato de las personas. Empleado con distinto valor o sin denotar la idea que envuelve en pasajes en que el contexto lo exige, creemos podría merecer reprobación. En este descuido incurrió Eduardo Wilde en *Aguas Abajo*: «Un italiano, señor bastante *distinguido*, pasó por allí e instalado en un cuarto de puerta a la calle, trabajaba a la vista del público». Pero más adelante hallamos empleada la voz en la misma obra, conforme a la exigencia académica: «Doña Visitación había nacido en Tucumán y pertenecía a una familia *distinguida* de origen español».

EDUCACIONAL Y EDUCACIONISTA

Deducido el primero al modo de «jurisdiccional», «nacional», «oracional» y «regional», no hay duda que su formación, además de ajustarse a las leyes de la derivación castellana, resulta una síntesis lógica de «lo que pertenece o concierne a la educación».

El segundo se emplea abusivamente en lugar de «educador» y quizá su admisión en el catálogo oficial de las voces dependa en resumidas cuentas de la humorada de algún académico, como aconteció con «coleccionista» — otrora neologismo — que se aposentó en el Diccionario, no obstante los títulos que le oponía el castizo y pulcro «coleccionador».

(Continuará)



Cuatro Productos Remington De Alta Calidad

ACEITE REM

Engrasa, limpia y lustra. Es de gran utilidad en el hogar, en la oficina y en el campo. Especial para armas de fuego, máquinas de coser, escribir, bicicletas, etc.

DISOLVENTE PARA POLVORA

Para limpiar y quitar los residuos de pólvora y metal del interior de los cañones de las armas de fuego, no hay nada que iguale a este disolvente REMINGTON. Conserva los cañones de las armas en perfecto buen estado.

QUITA HERRUMBRE

Es de gran eficacia para combatir y quitar la herrumbre y corrosión. No daña las superficies metálicas.

GRASA PARA ARMAS

Protege las armas de fuego y superficies metálicas contra la herrumbre y corrosión. Especialmente útil en climas húmedos.

Los productos Remington están en venta en todas las buenas armerías.

REMINGTON ARMS COMPANY, INC.
25, Broadway, New York. E. U. A.

Representantes:
DONNELL & PALMER
Moreno, 562. — Buenos Aires.



¡DEBILIDAD!
¡ANEMIA!
¡CLOROSIS!
¡NEURASTENIA!

deben curarse a tiempo, so pena de amargar la vida. Consecuentemente, cualquier persona que desee librarse de esas funestas enfermedades, debe iniciar HOY MISMO, una curación radical por medio de

Bioforina Liquida de Ruxell

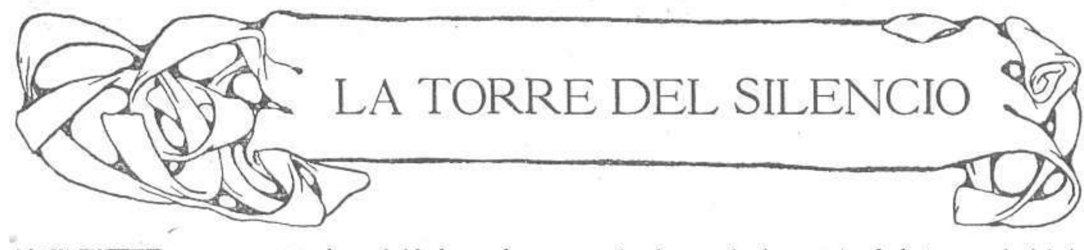
poderoso tónico reconstituyente que enriquece la sangre, fortalece el organismo y dota a cada hombre y mujer, de energías vitales para toda la vida.

Venta en farmacias.

Concesionario:
Federico Tauber
Estados Unidos, 1439
U. T. 1789. Mayo
Buenos Aires.







A veces un nombre olvidado vuelve a la superficie en el torrente de las conversaciones, como despojos arrancados momentáneamente a su lecho de arena por el capricho de un remolino.

— A *propósito*, ¿qué ha sido de él? Después de su ruina partió para el Canadá. ¿Ha recibido alguien noticias suyas?

— No: debe estar allí sin duda todavía. Es aquel un país maravilloso donde se puede vivir por nada.

Y se pasa a hablar de otra cosa.

Me hallaba hace pocas semanas en ese país, *maravilloso seguramente*, pero en el cual no es cierto que se pueda vivir por nada. No, no, es así. Hasta se ha visto morir gente de miseria allí; y las tumbas de compatriotas, encontradas de trecho en trecho a lo largo del camino, vienen frecuentemente a entristecer, a los ojos del viajero, el paisaje más bello del mundo.

Visitando un campamento indiano, el misionero me mostró su jardín, su casa amueblada por ebanistas salvajes, la pequeña iglesia de madera y el cementerio donde me sorprendió ver una piedra grabada, perdida en medio de las cruces de abedul, impresionándome más aun leer sobre ele pitafio un nombre citado en otro tiempo por nuestros diarios en la *sección informaciones mundanas*. Aquel muerto era uno de esos emigrantes que olvidan dar sus noticias, algunas veces por razones perentorias, según le había sucedido a éste, a quien llamaremos d'Ormeville.

Completamente arruinado por el juego, dirigióse a Québec como «pasajero de adelante», en un vapor que conducía ochocientos viajeros de la misma categoría. Su mujer y su hijo lo acompañaban. Para dar una idea del régimen de a bordo, bastará decir que los labriegos italianos que huyen del hambre, lo juzgan duro. Pero al fin desembarcaron los tres desterrados al pie de la vieja ciudadela, testigo de la bravura y de la muerte de Montcalm.

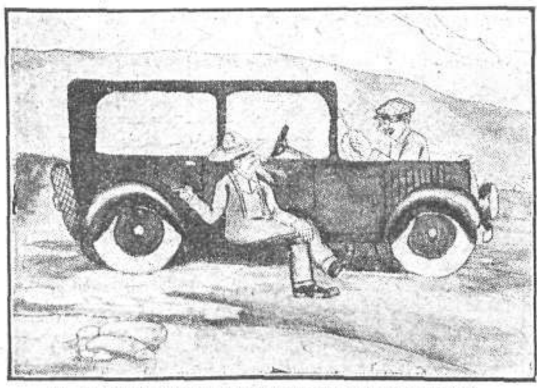
Tres días después de haber tocado tierra, Jacobo d'Ormeville volvía a tomar ruta hacia el Norte. Del otro lado del lago San Juan, a cien leguas de Québec, encontró colocación en un «molino de pulpa», donde se reducía a pasta el abeto para la fabricación del papel.

Al cabo de un año los negocios comenzaron a andar mal; el molino cerró sus puertas y en el pequeño cementerio de la Misión vecina se excavaba para recibir un primer despojo: el de la señora d'Ormeville, *muerta por el frío, las privaciones y la tristeza.*

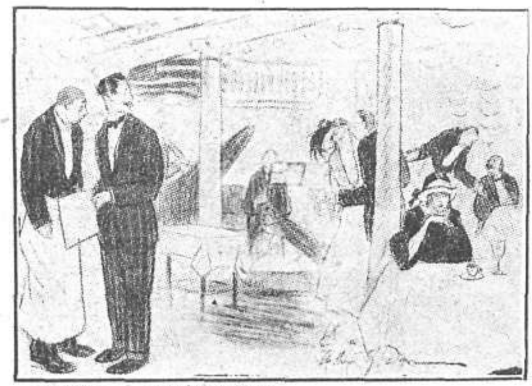
Jacobo y su hijo, de edad de trece años, regresaron a Québec donde la víctima de la pasión del juego, lo suficientemente castigado, bien podía creerse, pudo conseguir un empleo — poco solicitado, por cierto — que los ponía al abrigo del hambre y del frío. Tratábase de mantener, en el bajo del San Lorenzo, *con una anchura en ese sitio* de veinte leguas por lo menos, la luz situada sobre una roca apenas de bastante tamaño para servir de base a la torre de madera, pero lo suficientemente grande para causar el naufragio de más de un navío extraviado en la bruma.

Durante el buen tiempo, el guardián tenía como distracción la pesca y la visión de los buques que pasaban en alta mar. Pero cuando la tempestad rugía, o la niebla impedía ver a diez metros, el lugar, indudablemente, carecía de atractivo. Entonces Jacobo d'Ormeville encerrábase en su torre exigua y hacía estudiar vagamente al pequeño Pablo. Fácil es adivinar, por otra parte, que la biblioteca hallábase poco provista. En cambio, el almacén de víveres lo estaba copiosamente para el caso en que una tripulación abordara a la roca después de la pérdida del navío, acontecimiento que se había producido más de una vez.

Un vaporcito encargado del servicio aparecía cada quincena para inspeccionar el faro, renovar la provisión de aceite, de carbón y de conservas. Aquel día se comía carne y legumbres frescas. Pablo d'Ormeville, puesto al corriente del oficio de lamparista, tomaba la vigilancia durante una cuarta parte de la noche, mientras su padre iba a dormir. Desacostumbrados ambos de todo deseo, de toda pena, de todo pensamiento, libres del temor de tener que soportar las privaciones conocidas en otro tiempo, eran mucho menos desgraciados de lo que pudiera imaginarse en esa existencia de moluscos ligados a un arrecife de granito.



— Me han dicho que tu mujer se fué con el "chauffeur"...
— Sí. ¡Yo siempre dije que ese "chauffeur" era muy arriesgado!



El mozo. — ¿Cuánto cobro?
El maitre d'hotel. — 8 pesos.
El mozo. — ... pero es ella quien paga...
El maitre. — Entonces 12 pesos.

Por tal razón d'Ormeville turbóse vivamente cuando, en los primeros días de noviembre, su inspector le hizo una comunicación que, a decir verdad, no tenía nada de inesperada:

— Mi amigo; en su próximo viaje mi barco los llevará a ustedes fuera de aquí. Pronto va a ser el agua apresada por los hielos. Los buques se harán tan raros en el San Lorenzo como en la Pradera del Manitoba. La luz del faro resultará, pues, inútil hasta la próxima primavera. Por lo tanto, tendrá usted licencia: prepárese a partir.

El antiguo miembro del club pasó la mano sobre sus cabellos tempranamente grises; después preguntó:

— ¿Estoy, acaso, obligado a partir? ¡En ese caso me sería necesario buscar casa, contraer relaciones, tomar nuevamente los hábitos civilizados, todo por algunos meses! Prefiero permanecer donde vivimos tan absolutamente tranquilos.

El inspector sintióse embarazado.

— La verdad, dijo, que es la primera vez que oigo una petición de este género. Me parece indiscutible su derecho a habitar el faro, puesto que es usted su guardián. Consultaré a mi administración. Pero tenga en cuenta que ha de permanecer aquí cinco meses sin la posibilidad humana de recibir una visita; cinco meses durante los cuales su hijo podría asistir a las clases.

— Yo lo hago estudiar. ¿Qué dices tú, Pablo?

— ¡Oh, quisiera quedarme! — replicó el niño, con la indiferencia de los seres que han empezado a sufrir demasiado jóvenes.

El viaje siguiente trajo el inspector, con la autorización pedida, un aprovisionamiento completo de ropas y combustibles.

— ¿No ha cambiado usted de intención? — preguntó.

Y una vez oída una respuesta firmemente negativa, desembarcó su cargamento. Listo ya para partir.

— He aquí un regalo; tómelo usted. Enseñe el *piqué* a este muchacho. Tendrán bastante tiempo los dos para sus partidas.

Jacobo, con gran asombro del inspector, hizo en el primer momento un gesto de horror. Las cartas habían sido la causa de la muerte de su mujer, habiéndolos conducido, a él y a su hijo, a esa tumba donde se enterraban vivos. Pero pronto su cara tomó la expresión glotona del borracho mal corregido a quien se muestra una botella. Guardó las cartas en el bolsillo, dió las gracias balbuceando, y murmuró:

— Hasta la vista.

Y el barco se alejó.

La misma noche Pablo aprendía a distinguir el *coeur* del *careau*, y el *trefle* del *pique*. Presto hízose un jugador pasable. Al cabo de un mes hacía frente a su padre y — singular ejemplo de atavismo — se apasionaba por el juego.

Desde entonces, el niño arruinado por las cartas y el autor de su ruina pasaron largas horas frente uno del otro, combinando sus jugadas y contando sus bazas en la torre de madera, en medio del desierto de hielo que los separaba del resto del mundo.

Una noche, absorbidos por las cartas, se olvidaron ambos de mantener el fuego. En la pequeña habitación, rodeada por una atmósfera de cuarenta grados, en seguida la temperatura volvióse glacial. Jacobo d'Ormeville se acostó temblando con escalofríos que hacían castañear sus dientes. Al siguiente día deliraba. Dos días después moría, a pesar de los esfuerzos de su hijo, quien debía tener un temple muy sólido para no volverse loco en presencia del espantable *tête-a-tête* a que se veía condenado. El muerto, naturalmente, permanecía en su lecho: ni la roca inatacable ni la mar congelada podían recibir su cuerpo.

Instalóse Pablo en un cuarto del piso superior y pasó haciendo maquinalmente solitarios, libre a lo menos de una preocupación: el frío que matara a su padre se encargaba de conservar los despojos inertes en la sala donde el mismo mercurio se había solidificado.

Sin embargo, cuando, llegada la época del deshielo, el inspector hizo su primera visita al faro, retrocedió sobrecogido de pavor a la vista del ser irreconocible que le abría la puerta. Al verlo, preguntóle con voz insegura:

— ¿Dónde está su padre?

El niño no sabía ya hablar. Tratando de decir «dónde estaba su padre» cayó al suelo sin sentido.

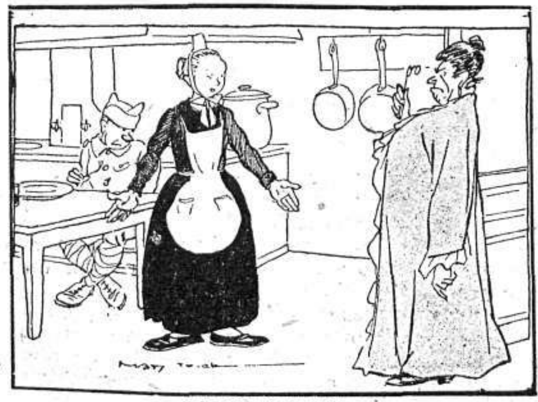
En el pequeño vapor embarcóse al muerto y al sobreviviente. Más adelante, habiendo recobrado la palabra y las fuerzas, Pablo d'Ormeville dió explicaciones y detalles.

He ahí por qué el marido y la esposa duermen bajo la misma piedra, en el estrecho recinto de la Misión, al borde del lago perdido en la selva, adonde la canoa de corteza de un indio me condujo el último otoño.

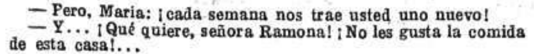
Pablo, todo un joven ahora, estudia en la Universidad de Québec por cuenta del Gobierno. Quise verle; es bellísimo, distinguido, lleno de inteligencia y de vigor. Me respondió, simplemente, cuando le pregunté si deseaba volver a Francia:

— ¡No; mi pobre madre lloró mucho allí!

HENRI JALOUX



RAZON PLAUSIBLE



— Pero, María: ¡cada semana nos trae usted uno nuevo!
— Y... ¡Qué quiere, señora Ramona! ¡No les gusta la comida de esta casa!...



PALABRAS AMENAS

— ¡Mi madre, señorita, era extraordinariamente bella!...
— Entonces usted debe parecerse a su padre...


ROSARIO DE LA FRONTERA. — Vista general el puente en construcción para el ferrocarril a Huaitiquina, en uno de los lugares más peligrosos y pintorescos de esa línea.

TODO ES NADA Y LO MISMO

¡La célula! Esa unidad orgánica tiene de dimensión una milésima y hasta una diezmilésima de milímetro.

¡El átomo! Es un elemento desconocido e hipotético. Si le concedemos una dimensión casi conforme con lo verosímil, basándonos en la pequeñez de los elementos anatómicos, nos encontraremos con que en una esfera de materia del diámetro de una cabeza de alfiler hay un número de átomos representados por un ocho seguido de veintiún ceros: de suerte que para contar todos los elementos primordiales de una cabeza de alfiler, a razón de uno por segundo y por hombre, la humanidad entera, ocupada en ello sin descanso, invertiría en esa tarea doscientos mil años.

Y de ese polvo está hecho el globo.

Y el Globo mismo no es nada en el Universo.



Receta para ser bonita

Los últimos diarios y revistas llegados de Europa, nos hablan de los buenos resultados que se obtienen en el embellecimiento del cutis mediante el uso de la siguiente receta, de fácil preparación.

Se trata de mezclar en un pocillo la mitad del contenido de un frasco de crema Lechuga con una cucharadita de tintura de benjuí. Hecha la mezcla se aplica en el rostro, escote y manos al acostarse y al levantarse, pudiendo si se quiere, ponerse en seguida los polvos de tocador.

El uso continuo de esta receta hace que el cutis se vuelva terso y suave, quitando las arrugas, pecas y manchas si las hubiera.







COLONIA BARON (PAMPA). — Comisión de señoras y señoritas que tuvo a su cargo el bazar-rifa en el festival benéfico organizado por la C. D. del Club Sportivo Independiente.

SE PARECEN PERO NO SON IGUALES

***ESTA AFIRMACION** podrá hacer Vd. cuando al adquirir un instrumento musical le ofrezcan un instrumento cualquiera en lugar de un verdadero instrumento "AMERICA".*

La perfección de nuestros instrumentos, su construcción sólida y esmerada, su sonoridad armoniosa, fuerte y uniforme, sus líneas perfectas y de gusto artístico refinado, pueden ser imitados, pero no igualados.



N.º 3004 $ 30.-

Grandioso surtido en ACORDEONES A PIANO, SEMITONADOS Y CROMATICOS, artículos finos y modelos de "STRADELLA".— BANDONEONES ALEMANES.

N.º 3005 $ 39.-

ACORDEONES

De las afamadas MARCAS

"AMERICA" y "PIEMONTE"



Reemplazan ventajosamente una orquesta. Oferta especial:

N.º 6007. — **Bonito ACORDEON** de 8 bajos y 19 voces. Sonido vibrante. Lo remitimos con método para aprender sin maestro y embalaje gratis.

$ 19.80

Solicítese catálogo ilustrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

N.º 3004. — **GUITARRA "AMERICA"**

Boca de Estrella

Rico instrumento en madera extrafina de Nogal. Con método para aprender sin maestro y embalaje gratis.......................... $ **30.-**

N.º 3005. — **REGIA GUITARRA**

Valenciana, legítima

madera extrafina de nogal de los Pirineos. Con método para aprender sin maestro y embalaje gratis $ **39.-**

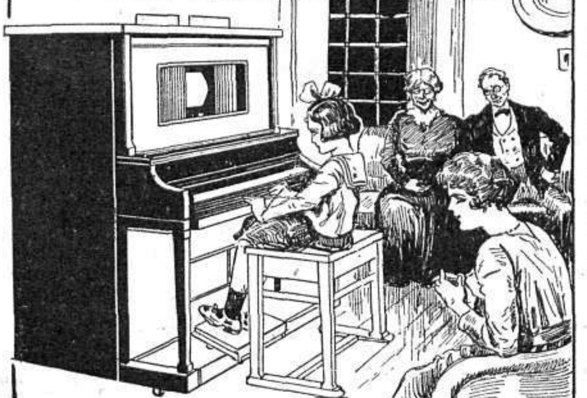
Otros modelos de Guitarras desde $ 12.— hasta $ 500. Gran catálogo ilustrado N.º 23 remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

N.º 4102 bis. —

Hermoso Violín de orquesta

tipo de auténtico STRADIVARIUS, buen barniz, voces armoniosas. Completo, con estuche, arco pez y embalaje gratis................ $ **45.50**

Otros modelos de Violines desde $ 25.— hasta $ 2.500. Solicite gran catálogo ilustrado N.º 24 enviando $ 0.20 en estampillas.



MAESTROPIANO

ES EL PIANO IDEAL PARA ESTUDIO Y CONCIERTO

Lo toca el más profano i ual que el ran pianista. Acordamos facilidades de pago para su adquisición.

ROLLOS perforados de 88 notas. — Gran surtido en todos los repertorios. — Solicite catálogo N.º 31.

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

AVENIDA DE MAYO 979 BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS



Romería a la "La Plata" por las calles de Sevilla.

Las costumbres típicas

Romería a "La Plata"



Hace algunos años los vecinos de la placita de Molviedro, donde radica la capilla del mismo nombre, constituyeron una hermandad para la organización y fomento de una Romería a la ermita de Valme. Llevaríase en la fiesta, procesionalmente, a la Virgen de los Reyes que se venera en la capilla mentada, en la misma forma y al mismo lugar que la que en el propio día celebran los vecinos del alegre pueblecito de Dos-Hermanas.

Bien pronto se llevó a cabo el propósito, pues los hermanos fundadores no se dieron reposo hasta que el cabildo eclesiástico aprobó las Reglas de la Cofradía; quedó terminada la carreta de plata donde habría de ser conducida la Virgen, y los ricos bordados y las filigranas de la saya y el manto que la habrían de engalanar.

Organizóse el primer año la procesión: la hermandad montando hermosos y ágiles corceles; la Virgen luciendo su belleza en el trono resplandeciente de la carreta de estilo mudéjar y los romeros con su entusiasmo y sus fervores llenando coches, carros y carretas engalanados con flores y con vistosos pañuelos de Manila.

Y allá fué a Valme la romería, al cerrillo donde cuenta la tradición que acampó el ejército de San Fernando cuando se afanaba en la conquista de Sevilla, en donde después labró el Rey Sabio una ermita dedicada a la veneración de Nuesera Señora, y ahora es vecino el Cortijo de Cuarto, criadero de la ganadería de toros bravos del famoso Miura.

Entraron al mismo tiempo en el campo de la fiesta las Hermandades de Sevilla y de Dos-Hermanas, y en los primeros momentos todo fué regocijo, efusión filial y todos somos unos, pero no tardó el vino en encender las hogueras de la pugna y de los celos, y la fiesta terminó de manera que no quedó a los romeros de Sevilla — que eran los intrusos — maldita la gana de volver para los años sucesivos al pintoresco lugar.

Así aconteció. Y desde el año siguiente se celebra la romería en la poética y frondosa huerta de «La Plata», cuyo caserío da a la orilla izquierda del Guadalquivir, rodeado de verdes naranjales, en el termino de la Dehesa de Tablada y frente al famoso pueblecillo de Gelves.

En uno de los domingos claros y apacibles del otoño se lleva a cabo la romería. La vistosa procesión de gente flamenca a caballo y de muy lindas y graciosas mujeres en carretas atraviesan las principales calles y los jardines de la ciudad; transpone el extenso predio comunal de Tablada y, atravesando ricas huertas, llega al fin a la de «La Plata», de la marquesa de Santa Teresa, en la capilla de cuyo blanco caserío se reverencia a la Virgen sevillana por unas breves horas.

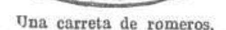
Terminados los cultos (una misa rezada, una plática sencilla y una salve en tono mayor) los romeros se esparcen por los campos a dar fin de las sabrosas viandas y del vino reluciente como el oro, hasta enloquecer.

Y luego a bailar, y a cantar, y a no cesar de dar vivas a la Virgen y de entusiasmarse mientras hay sol y vino y aquella abundancia de alegría que es don de la bendita tierra donde sentó sus reales el buen humor y la gracia y el querer como hermanos a todo el mundo.

Bien entrada la tarde se torna a la ciudad, que recibe a la bulliciosa romería con los besos de sus luces y con sus admiraciones.

Y los hermanos comienzan a pensar en añadir a la romería, para el año venidero, nuevas gracias y nuevos atractivos.

J. MUÑOZ SAN ROMAN



Una carreta de romeros.

RIO NEGRO (Fuerte General Roca). — Destacados miembros de la colectividad italiana que ofrecieron una demostración de aprecio al señor Guillermo J. Miró, juez de paz de la localidad, con motivo de su partida para la Capital Federal.



Concurrentes al acto de la inauguración del "stand" del Tiro Federal Argentino, cuyo presidente, señor Monetti, elogió en un brillante discurso la obra realizada.

F U M A D O R E S



para los cuidados de la boca, contra el mal aliento, dolores de garganta y tos, empleen las

TABLETAS OXYMENTHOL PERRAUDIN

De venta en todas las Farmacias.

Lab. de los PRODUCTOS SCIENTIA

21, rue CHAPTAL - PARIS

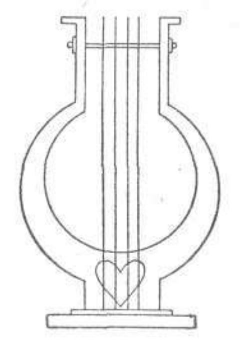
COÑAC

Marqués del Mérito

GONZALO SAENZ y CIA;

MAIPÚ 24

REVELACIONES INTIMAS DE RUBEN DARIO



VIII

Los tres libros en proyecto.—Los tres mueren en tres ensayos. — Dos fotograbados más. — Ricardo Palma y Valero Pujol. — ¿Quién era éste último?

Aparte del libro de cuentos, que con el título de «Cuentos Nuevos», se proponía terminar Darío, llevaba *in mente* otros dos que acariciaba con menos intensidad, pero en los que soñaba también. Ambos se completaban. En el primero debían figurar una serie de estudios de escritores y hombres de letras, personalmente conocidos por él que campearía bajo la denominación de «Fotograbados», colección de retratos encuadrando en troquel de verso, figuras de alta personalidad en el arte, la política, la historia y la literatura.

Del primero de esos volúmenes en fragua, sólo salieron: «El buen Dios», «Betún y Sangre» y «La novela de uno de tantos»; del segundo: «José Joaquín Palma», «Ricardo Palma» y «Valero Pujol»; del tercero: «J. J. Palma», «Catulle Mendes» y «Walt Whitman». Los otros que aparecen en la segunda edición de «Azul» fueron escritos con anterioridad. Por los días en que escribió el último de estos sonetos, tenía obsesión del extraño lírico norteamericano. Luchaba por leerlo en su propia lengua que apenas conocía y sin embargo, por ese don intuitivo de que he hablado, lograba desentrañar la idea y hasta el ritmo y fraseología, tan caprichosos y difíciles como son en aquel gran intérprete del espíritu de su raza. Solía ayudarle en su labor y me maravillaba esa facilidad casi taumatúrgica.

Los dos «Fotograbados» del libro *nonnato*, son los siguientes.

RICARDO PALMA

«Fuí desde el Callao a Lima por sólo conocerle, en febrero de 1888. De bordo a tierra iba con un chileno que me decía: «No vaya usted a verle; es como un ogro de terco». Yo pensaba para mi coleto: «De un regaño no ha de pasar. .» Y ¡cáspita! Recordaba mi canto épico a las glorias de Chile.

«Llevado por un coche que encontré en la calle de Mercaderes, después de caminar un buen rato por aquellas calles de la alegre ciudad de los Virreyes, me encontré a las puertas de la Biblioteca Nacional. Entré, y tras pasar algunos corredores, llegué al departamento del señor Director. Frente a la puerta de su oficina me detuve un momento para admirar el célebre cuadro de Montero «La Muerte de Atahualpa».

Por fin, valor y adelante. Dos golpecitos en la puerta... De un regaño no ha de pasar...

—«¡Oh, mi señor don Darío Rubén!... Ante una mesa toda llena de papeles nuevos y viejos, viejos sobre todo, estaba Ricardo Palma y me recibía con una amable sonrisa que me daba ánimos debajo de sus espesos y canosos bigotes retorcidos. Figura simpática e interesante en verdad. Pequeño de cuerpo, ágil, a pesar de su gruesa carga de años, ojos brillantes que hablan y párpados movibles que subrayan a veces lo que dicen los ojos; rápido gesto de buen conversador, y palabra fácil y amena, tal era el otro. — ¡Oh, mi señor don Darío Rubén! — Así me saludó, así, poniendo el apellido primero y el nombre después. Mi pobre nombre tiene esa capellanía. En diarios sudamericanos he leído: «El escritor que se oculta bajo el seudónimo de Rubén Darío...» Sí, unos lo creen seudónimo, otros lo colocan al revés, como el ilustre ingenio de las «Tradiciones», y otros, como Valera, dicen que es un nombre contrahecho o fingido...»

«¡Válgame Dios! Pero dejo para otra vez por qué mi nombre es judaico y mi apellido persa, y vuelvo a don Ricardo. Me habló de su vida entre papeles antiguos, llenos de polvo y polillas, de literatos chilenos amigos suyos, de su querida Biblioteca, que está restaurándose, de la guerra del Pacífico, (ahora viene el regaño pensé) de tantas cosas más. Luego me llevó a conocer todos los departamentos del edificio, el salón de pinturas y esculturas nacionales, el de lectura y los extensísimos de los libros y manuscritos. No pude menos que exclamar: «¡Rica biblioteca!» Encendí la pólvora. Vino el regaño, pero no para mí; no apareció el ogro, sino el hombre culto, vibrante y patriota: «Rica antes que la destrozaran los chilenos. Cuando la ocupación entraban los soldados ebrios a robarse los libros. Vea usted, mi señor don Darío, vea usted.» Se acercó a un estante y tomó un precioso incunable, en una de cuyas páginas estaba escrito con letra de Palma, que el libro había sido comprado en dos reales a un soldado de Chile. Me narraba atrocidades. Me dijo todo lo que había sufrido en los tiempos terribles. Y al oirle hablar todo nervioso, con voz conmovida, yo pensaba:

¿a qué hora le llegará el turno a mi «Canto Épico?» No le tocó.

«Libros ingleses, libros alemanes, libros italianos y americanos, libros españoles, la vieja legión de clásicos y casi todos los autores modernos, estaban en aquellas estanterías; y luego el amarillento archivo colonial, los cronicones vetustos, la vasta mina escabrosa de donde el brillante y original trabajador peruano saca a luz del mundo literario el grano de oro sin liga que resplandece con brillo alegre en sus tradiciones incomparables.

— «Me da tristeza — me dijo — que la parte americana sea tan pobre. — Y, en efecto, hacían falta muchas notables obras chilenas, argentinas, venezolanas, colombianas, ecuatorianas y, con especialidad, centroamericanas. Recuerdo que entre los libros de Guatemala, encontré algunos de autores cubanos. Batres Montúfar al principio de los «conteurs» en verso, estaba allí, pero no García Goyena, el egregio fabulista, honra de la América Central, aunque nacido en el Ecuador.

«Pasamos luego a un gran salón donde están los retratos de los presidentes del Perú, destacándose entre ellos el del General Cáceres en su caballo guerrero de belfo espumoso y brava estampa... Vi también el de aquel indio legendario que, correo de guerra, tomado por el enemigo, se comió las cartas que llevaba antes que entregarlas; y murió fieramente. Palma me explicaba todo, complaciente, afable, citando nombres y fechas. Hasta que volvimos a su oficina, donde llama la atención en una de las paredes, un gran cuadro formado por billetes de banco y sellos de correo peruanos.

«Mientras él me hablaba de sus nuevos trabajos y de que pensaba entrar en arreglos con el editor Cazavalle de Buenos Aires para publicar una edición completa de todas sus «Tradiciones», yo recordaba que en el principio de mi juventud me había parecido un hermoso sueño irrealizable, estar frente a frente con el poeta de las «Armonías», de quien me sabía desde niño aquello de:

«Parto ¡oh Patria! desterrado.
De tu cielo arrebolado
Mis miradas van en pos.
Y en la estela
Que rïela
Sobre la faz de los mares,
¡Ay! envío a mis hogares
Un adiós.

«Y con el autor de tanta famosa tradición, cuyo nombre ha celebrado la prensa del mundo, desde el «Fígaro», de París, hasta el último de nuestros periódicos. Y veía que el ogro no era tal ogro, sino un corazón bondadoso, una palabra alentadora y lisonjera, un conversador jovial, un ingenio en quien, con harta justicia, la América ve una gloria suya.

«En sus juicios literarios, se deja ver su conocimiento del arte y su fina percepción estética. El es decidido afiliado a la corrección clásica y respeta a la Academia. Pero comprende y admira el espíritu nuevo que hoy anima a un pequeño, pero triunfante y soberbio grupo de escritores y poetas de la América Española: el modernismo. Conviene saber: la elevación y la demostración en la crítica, con la prohibición que el maestro de escuela anodino y el pedagogo chascarrillero penetren en el templo del arte. La libertad y el vuelo y el triunfo de lo bello sobre lo perceptivo, en la prosa, y la novedad en la poesía: dar color y vida y aire y flexibilidad al antiguo verso que sufría anquilosis, apretado entre tomados moldes de hierro. Por eso él, el impecable, el orfebre buscador de joyas viejas, el delicioso anticuario de frases y refranes, aplaude a Díaz Mirón, el poderoso, y a Gutiérrez Nájera, cuya pluma aristocrática no escribía para la burguesía literaria, y a Rafael Obligado, y a Puga y Acal y al chileno Fondreau y al salvadoreño Gavidia y al guatemalteco Domingo Estrada. Deleita oir a Palma tratar de asuntos filosóficos y artísticos, porque se advierte que aquel cuerpo que se halla a las puertas de la ancianidad, contiene una sangre viva y joven, y en aquella alma arde un fuego sagrado, que se derrama en claridades de nobilísimo entusiasmo.

«Es la primera figura literaria que hoy tiene el Perú, junto con mi querido amigo el poeta Márquez, insigne traductor de Shakespeare. Y, a propósito de poetas, en una de sus cartas me decía una vez don Ricardo: «Yo no soy poeta». Ante esta declaración, no hizo sino recordar su magistral traducción de Víctor Hugo, donde aparece formidable y aterrador aquel ojo que desde lo infinito, está fijado mirando a Caín, en todas partes. En cuanto a sus versos, ligeros y jocosos, pocos hay que le aventajen en gracia y facilidad. Tienen la mayor parte de ellos, un algo encantador, y es la nota limeña.

«¡Lima! Ya lo he dicho en otra parte: Si Santiago es la fuerza, Lima es la gracia. Si queréis gozar, los que leáis estas líneas, id a Lima, si tenéis dinero, y si no tenéis, también id. Hallaréis un delicioso clima, muchas flores, un cielo azul y radiante. Y sobre todo, allí encontraréis a la andaluza de América, a la mujer limeña, breve de pie y de mano, de boca roja y ojos que hipnotizan, incendian y enloquecen. Id al hermoso paseo de la Exposición lleno de kioscos, alamedas, jardines y verdores alegres; id en las tardes de paseo, cuando están las mujeres entre los árboles y las rosas, como en una fiesta de hermosura, o en concurso de gracias, dominadoras y gentiles. O pasad por los portales, cuando envueltas en sus mantos negros, pasan las damas que sólo dejan ver algo del blancor rosado del rostro, en el que incrustados, como dos estrellas negras, están encendidos de amor los ojos bellos.

«El pueblo de Lima canta como arpa. La cerveza de Lima es excelente. En la ciudad de Santa Rosa se fabricó un palacio de Alegría. Lima gusta de los toros, como buena hija de España. Sus teatros son a menudo visitados por buenas «troupes» y el público es inteligente y entusiasta por el arte. Flota aún sobre Lima algo del buen tiempo viejo; de la época colonial. Lima tiene paseos, plazas, estatuas. Sobre una gran columna, que conmemora el célebre 2 de Mayo, se alza líricamente una Fama que em-

boca su sonoro clarín. En otro lugar he visto a Simón Bolívar en su caballo de bronce, con la espada victoriosa en su diestra de héroe. Lima es católica, pero está llena de masones. En Lima hay familias de noble y pura sangre española. En el pueblo de Lima se puede notar la más extraña confusión de razas: chino y negro, blanco y chino, indio y blanco y las variaciones consiguientes. El cholo es débil, pero canta claro y es añagacero. Lima es pintoresca, franca, hospitalaria, garbosa, complaciente y risueña. El que entra en Lima está en el reino del placer. En Lima no llueve nunca. La tradición (en el sentido que Palma ha impuesto al mundo literario) es flor de Lima. La tradición cultivada fuera de Lima, y por otras manos que no sean las de Palma, no se da bien, tiene poco perfume, se ve falta de color. Y es así como Vicuña Makenna fué el primer santiaguino de Santiago, Ricardo Palma es el primer limeño de Lima.

«Me despedí de él con pena. ¡Quién sabe si volvería a verle! Y ya en el coche, que volaba, camino del hotel (donde tenía que ver a Eloy Alfaro) con los ojos entrecerrados, satisfecho de mi visita, sonreía al pensar en que el ogro no era como lo pintaba mi amigo el chileno, y guardaba con orgullo en mi memoria, para conservarlo eternamente, el recuerdo de aquel viejecito amable, de aquel buen amigo, de aquel glorioso príncipe del Ingenio.»

Para mejor comprender la silueta trazada con magia de pluma por Darío sobre Valero Pujol, bien está decir algo del maestro, uno que como yo, tuvo la suerte de recoger sus lecciones de historia, en las que se aprendía elocuencia práctica en su verba y filosofía sana en su idea.

Los muchachos, en la cátedra de Pujol, estudiábamos poco y aprendíamos mucho.

Entraba el profesor, flaco y pálido; una osamenta que se pronunciaba a través de sus vestidos casi como si se le viera con los rayos X. Parecía apenas sostenerse sobre sus miembros escuálidos. Tomaba asiento; llamaba a un alumno para que diera la lección señalada. El discípulo titubeaba, de veras casi siempre, por simulación otras. Lo que deseábamos era dar cuerda al gran instrumento, provocar una conferencia. «¡Siéntese!» Eramos todo oídos. Y se desbordaba el torrente. Era una hora corta y una disertación larga. Un desfile de personajes y de hechos, con el comentario firme, el juicio sereno; a veces el anatema candente, en otras el elogio soberbio y sano. Mucha verdad y mucha luz. Cuando sonaba la campana anunciando que la hora de clase era ida, nos levantábamos con pena. Algo como la tristeza del que abandona un lugar de recreo nos invadía. ¡Cuántas cosas nobles y buenas bullían en nuestros cerebros y sin haber abierto un libro, habíamos aprendido muchas páginas eternas, llenas de sapiencia y de ejemplos, que provocaban en nosotros ambiciones de gloria, deseos de justicia, aspiraciones de bien. Y el viejo, aquel espíritu que nos habló como un inspirado, desaparecía casi como si se lo llevara el viento como una hoja seca.

Pujol, después de la caída de la República en España, vagó por varios países y un día, atraído por la reforma que se efectuaba en Guatemala, gracias a la acción redentora de Justo Rufino Barrios, quiso venir a esa pequeña nacionalidad donde se abría campo a todas las luces. Se hacía lo que hasta mucho tiempo después se ha hecho en otros países más grandes y más prósperos del Continente. Hizo mucho bien desde que pisó las playas guatemaltecas. No sólo trabajó en la cátedra de los institutos y de las universidades; dió también conferencias a los obreros. La conferencia no era, como ahora, la gran fuerza difundidora de luz. Pujol la aprovechó. El cimiento de principios e ideas que hace hoy del pueblo guatemalteco, pese a los trabajos del obscurantismo, una fuerza de progreso, se debe, en gran parte, a este apóstol de la libertad.

Pero mejor oigamos a Darío:

VALERO PUJOL

«Le sostiene lo que él llama «sus jarcias», el cordaje vibrante de sus nervios, la red viva que impele y conmueve esa organización de trabajador incansable. Su raro y potente cerebro está en continua y copiosa producción. Esta plétora intelectual tiene cauces abiertos en el don de una palabra desbordante que brota a ondas, y en la facultad extraordinaria de una pluma que no tiene tropiezos ni detenciones, pluma ágil, de vuelo eléctrico, que donde pone el pico siembra una idea. Otro que Pujol, quien no poseyese su armazón acerada y elástica o su fogosa energía, habría sucumbido en medio de la fatiga. Porque nada hay que desgaste y aniquile como el oficio de pensar: tarea dura tenemos en el mundo los que sacamos el pan del tintero. ¡Y luego que él ha enseñado tanto tiempo en la Cátedra! Años y más años ha pasado hablando y escribiendo este botarate de luz, derrochador de pensamientos. Ved los libros que ha escrito; nada son en comparación de los que ha conversado. ¿No es verdad, vosotros que habéis tenido la dicha de comer el pan de su mesa y de gozar de su conversación? No es el «causeur». No hay chispa alegre en su palabra, sino cierto superior relámpago. Aprenderéis oyéndole. Es un torrente de frases y un torrente de ideas que bien pueden pasar de los labios a la prensa, sin que haya que enmendar ni corregir un ápice. Hay algo, sí, ¡por vida mía! ¡Sus bravas interjecciones aragonesas, de sonoro cobre español! Es apasionado como un poeta, convencido como un apóstol, audaz como un soldado. Parapetado en convicción, bien armado de sólidos principios, se bate y avanza. A cada instante miráis el fogonazo. Defiende su ideal; pelea por su causa con el valor de un cruzado, y sobre su cabeza flamea al viento la soberbia bandera de la libertad y del progreso. Serán diez contra él, serán cien, serán mil, será la inmensa muchedumbre enemiga: él defenderá su credo, él sonará su clarín y caminará para la victoria porque se llama legión. A veces suele venir en medio del combate, en lo más áspero de la brega, un segundo de desaliento al mirar cómo brota

aquí un abrojo, allá una cambronera, acullá una ingratitud, o una inconsecuencia. Pero esto pasa. Él se vuelve a la juventud y le grita: ¡adelante! Y los jóvenes, los nuevos, los recién llegados, nos sentimos poseídos de sus entusiasmos y de su fe, y tenemos confianza en el triunfo del porvenir. Así Pujol ha gastado la mayor parte de su vida.

«¿Ven los ojos sociales en su verdadero valor las labores de la inteligencia, los esfuerzos de los hombres pensadores? ¡Ay, no! ¡Tiempos sin amor, tiempos sin ideales! «Ya casi es ridículo pensar», dice Pujol. Dichoso el sembrador del campo que después de sus tareas, después de abrir el surco o echar el grano, después de derramar sudor y crear músculos, cuando ya la espiga alegra el campo con su oro que mece el aire, tiene el aplauso del sol y la canción del pájaro, y la troje que aguarda y el arcón que se llenará por el provecho. Para nosotros no hay sino el juicio de la mayoría impasible, seca, obesa, la burguesía que en su egoísmo o cretinismo ve nuestra consagración como un deporte cualquiera, sin advertir nuestros prematuros decaimientos, nuestro gasto de flúido vital, nuestras neurosis, nuestras tisis, nuestras dolencias cerebrales. Hay más: se nos mira en la comunidad como consumidores que nada producen, pues quien escribe un artículo es hombre que pierde su tiempo; y el que escribe un verso se coloca en cierta categoría especial que está entre el cómico y el prestidigitador o el saltimbanqui. ¿Digo mal, amigo Palma? Y luego, ese maldito sol que se mete en la cabeza: bondad, generosidad, nobleza, para luego recibir la vuelta en moneda falsa. Pujol, con sus elementos, con su larga vida laboriosa, estaría esperando una vejez tranquila, o realizaría su sueño de la aldea, la serena vida de terrateniente campesino y filósofo que dialoga con la naturaleza. Y él no se ha pasado, como la cigarra, cantando el verano entero; a fuerza de labor, más de una vez la fortuna le ha mostrado el bello rostro; pero allí ha estado el sol dentro del cráneo, que le ha impedido ver lo negro del mundo y la fortuna se ha ido.

«Cómo hablaba de la vida de Pujol, en España, de su activa dedicación a la política, esa hetaira traidora; de sus ilusiones de republicano, de su destierro a París, de sus íntimas amistades con todos aquellos soñadores brillantes que tuvo la república española, entre los cuales, la figura que más me simpatiza y atrae, no sé por qué, es la de Roberto Robert.

«Pero esto no es un estudio biográfico, es una tentativa de retrato. La figura de Pujol como pensador, es clara y grande. Su estilo revela lo pujante de su espíritu, su musa es vigorosa, de altiva frente y de opulentas mamas, como la Libertad del yámbico francés. Pujol asombra en su diario por su famosa fecundidad. Nada de afeminamientos. Comprende el arte, pero no es efectista. Antes bien, a veces aparece árido y confuso, que con la delicadeza del virtuoso; mas os explicáis esto viendo cómo ha pasado la pluma al galope. Alcanzáis a ver las chispas que arranca el hierro. Tiene un alma elevada y poética, pero no ha escrito versos, ni los escribe; el instrumento suyo es ese largo período que ondea como una lámina de bronce. Su mina la historia. Posee una memoria singular y prodigiosa que le concede no consultar los libros. Cuando le oigo y me enseña, se me viene a la memoria la figura de los viejos filósofos de Atenas, que daban sus lecciones brillantemente y adoraban a los hermosos dioses de mármol. Pujol, cuando os dice de Grecia o de Roma, es un frecuentador del Pritáneo o un conocedor del Foro. Luego su vocabulario, la frase completa, la palabra propia y el meterlas por los ojos, cuando escribe y pinta. No hay sino oirle: hablará una hora, dos, un día, y no desearéis sino que aquella lengua no se canse. Conforta y alienta, porque todos sus desengaños, todas sus esfuerzos frustrados, no han podido quitar de su alma siempre joven la luz sagrada y auroral de la esperanza. Tiene la gran fe del futuro. Espera para su gloriosa tierra la república, para el decaimiento actual un vasto renacimiento, para el mundo todo, la luz, la libertad. Este capitán tiene para nosotros, los soldados que entramos a la batalla, promesas que nos dan fuego y decisión. Vemos sus heridas, pero nos estimula su ejemplo y sus laureles. En las filas nuestras, entre la muchedumbre de ilusos, de escépticos, de filántropos, de sonámbulos, un hombre como Pujol es necesario y raro. A los que así encontremos a nuestro paso, presentémosles las armas y saludémosles con veneración y respeto. Honor a los que son honrados y nobles y viriles en el tiempo de lívidas decadencias y de fatales miserias. Pujol llevaba en su pequeño cuerpo enfermo un alma grande y resplandeciente. Desearía yo que se le cumpliesen sus deseos de acabar sus días en el campo, en la república de las aves del aire y de los árboles inocentes. Yo pienso como él, y eso que estoy al principio del camino de la vida. El campo es sano y bondadoso; el gran buey de ojos pensativos, el perro fiel, la salve de la aurora en pleno monte, son cosas que dan al espíritu cierta luz desconocida de claridad extrahumana. La ciudad devora la vida con espantosa voracidad. En este siglo dañado ha habido terribles dominadores en el mundo. La pálida hada Clorosis se roba las rosas de las mejillas frescas; las tisis y las neurosis se pasean por los salones, victoriosas; el rey alcohol se divierte y mata. El campo ofrece vida y paz al hombre natural.

«Trabaje, Pujol, nuestro querido don Valero, dándonos sus lecciones y sus bellas páginas, pero no tanto que sea a costa de su sangre. Y luego para descansar, logre su vida de la aldea, tranquila y dulce, con libros, familia, flores, aves, sin pensar en la muerte, esa siniestra y caprichosa loca. Y como es su atmósfera la del pensamiento, piense, con esa rara cabeza que hemos de ver esculpida en lírico mármol triunfal.»

M. SOTO HALL

(CONTINUARÁ)

Comentarios



— ¿Loza es Loza o es Losa?
— Aun cuando Losa fuese,
si él emplea la *z* y no la *s*
tendrá alguna razón muy poderosa
para escribir de un modo tan gracioso
su apellido glorioso.
¡Triunfe la *z!*
— No hay inconveniente.
— La *s* no existe ya.
— Perfectamente.

— Lea con detención este trabajo
que el viejo error arrancará de cuajo.
— Bien. Me resigno y leo.
Me parece muy raro.
— ¡Ya lo creo!
— «Loz zabios que el idioma
nunca toman en broma,
van en zerio a acabar con la rutina.
Ezcribirán: Zabina
Roza, Tomaz, Nemezio,
Blaz, Ambrozio, Aguztina,
Alfonzo, Luiz, Zinezio,
Carloz, Juzto, Feliza, Decorozo,
Deziderio, Zamuel y Zinforozo.
Todo en honor de Loza. Me parece
que Eufrazio, en realidad, se lo merece.

— Loz clázicos ze deben reformar.
Y van a mejorar.
Ze ezcribirá, zeñorez:
«El dulce lamentar de doz paztorez».
¿No tiene máz zentido
«Loz pocoz zabios que en el mundo han zido»?
¿No rezulta eztupendo:
«Zalid, zin duelo, lágrimaz, corriendo?
¿Y no zon muy hermozoz
«Loz vallez zolitarioz nemorozoz»?



— ¡Inzpirado por Loza!
— Es estupendo;
— Proziga uzted leyendo.

Y no ze ocupe uzted de loz ripiozoz
autorez de zainetez y zarzuelaz
y de máz de un bribón de ziete zuelaz
que dirán que el ziztema no ez bonito
y que ezto no parece bien ezcrito.
«Ojoz claroz, zerenoz,
zi de dulce mirar zoiz alabadoz,
¿por qué, zi me miráiz, miráiz airadoz?»
¿Quién niega que zon buenoz?

— Ziga leyendo, amigo.
Ziga leyendo.
—Sigo.
«Grazias a Loza, el caztellano ez zuave.
Ez el canto purízimo del ave,
el rumor de la zelva que la briza
torna en glorioza y criztalina riza,
el zonido del bezo,
el zol que el agua iriza,
el zonorozo río.
¡Qué encanto! ¡Qué embelezo!
¡Qué zuavidad, Dioz mío!»

«Mejor zuerte tuviera
Zagarna, aunque ez zezudo,
si Zagarna con *z* se escribera.
Zagarna no ez zuertudo.»



«Envuélvaze en zu túnica
y murmure el romano: — ¡Hondo mizterio!
¡La de Loza ez la única
z del minizterio!»
No le zorprende a nadie que rebozez
de alegría, eztadizta zin zegundo;
de ti dice, envidiozo, todo el mundo:
¡Loza ez el protegido de loz diozez!»

«Y admiran tu dichoza idiozincrazia
el ziberiano que ze hiela en Azia,
el zardo, el ruzo, el corzo,
la inztitutriz de Grecia
a la que Venuz envidiara el torzo
y el zozialista que prezume en Zuecia.
Maz no orgullozo zin razón te engríaz.
Zin eza *z*, Loza, ¿qué zeríaz?

DIBUJOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Revelaciones íntimas de Rubén Darío, por **M. Soto Hall.** Divagaciones de un confinado, por **Miguel de Unamuno.** Idilio lejano, por **A. Arigós de Elía.** Qué más querés, por **V. Ruiz de Galarreta.** El mosquitero, la quinina y el chucho, por **Protasio Lucero.** De la vida inquieta, por **Eduardo Zamacois.** Ilusión, por **Bartolomé Galíndez.** Plegaria en la noche, por **Roberto Lascano.** Simple balada, por **Alfredo Bufano.** Izapú, por **Ernesto Morales.** La estrella del labriego, por **Eduardo Martín.** Siluetas del tren, por **Cleopatra Cordiviola.** El requiem del cuervo, por **Erkmann Chatriam.** Un entierro en Stambul, por **J. Pin y Soler.** El tonto, traductor, **Luis Astrana Marín.** El perro, por **Nicolás Nikitín.** Lo que sueña despierto Pocholo. Momentos embarazosos, páginas humorísticas de los dibujantes norteamericanos **Swinnerton y Charles Dunn.**